Crónica del Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad de Guatemala

ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

AÑO 1 | GUATEMALA, C. A. | TOMO 1

SEPTIEMBRE DE 1924 NUMERO 2

SUMARIO

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL, 18 CALLE ORIENTE Y 7ª AV. SUR.—GUATEMALA, C. A.

SALUDO AL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1821

Conmemora hoy el Centro de América—convertido por sublime anhelo de independencia en templo de la patria—la fecha gloriosa de nuestra emancipación política, el día en que nacimos a la vida autónoma, el instante de nuestro aparecimiento en el concierto universal de la humanidad. Para las colonias hispanas fué la autonomía separación repentina del régimen absoluto, harto despojado de las antiguas instituciones, que refrenaran los fueros medioevales, entenebrecidos por la fuerza. Duélense los críticos pesimistas de la falta de una evolución, que hiciera viable el gobierno propio; pero es lo positivo que los pueblos necesitan vivir en el ambiente de la libertad para aprender a ejercitarla, como necesitan los pulmones aspirar el aire, a fin de asimilárselo en forma de elemento vital.

Resulta paradógico invocar los errores y crímenes que en nombre de la libertad se han cometido, haciendo de ello un argumento para combatirla y desacreditarla. Las caídas del niño no implican que sea vituperable el movimiento; siempre habrá un eco de esperanza que repercuta aquella voz divina de nueva vida: *Surge et ambula.* El lord Macauley ha dicho, en su brillante estudio sobre Milton: "Los políticos de la época actual acostumbran establecer como principio de verdad incontrovertible, y evidente por sí misma, que ningún pueblo debe ser libre antes de hallarse en aptitud de usar de su libertad; máxima digna de aquel loco que determinó no echarse al agua hasta saber nadar; porque si los hombres hubieran de usar de su libertad hasta después que el ejercicio perenne de la servidumbre los hiciera dignos de salir de ella, por su prudencia y virtud, esperarían eternamente en vano." Sólo hay un remedio contra los males que puede acarrear la libertad, y es la libertad misma. Cuando se sale de las tinieblas a la luz, cabe deslumbramiento; pero no sería cuerdo evitarlo, volviendo a la obscuridad. El tiempo constituye elemento poderoso para suavizar pasiones, destruír asperezas, imprimir fuerzas, vigor y estabilidad. La experiencia que, como alguien dijera, es la salsa amarga de la vida, nos debe aleccionar, a efecto de ir siempre adelante, sin retrocesos vergonzosos, ni estancamientos enervantes. Con orientaciones fijas, y sobre planos de realidad, debemos discurrir resueltamente, sin dejarnos arrastrar por la corriente desorbitada de los acontecimientos casuales, que al fin conducen al caos, ni las impaciencias turbulentas que producen la anarquía.

Reformarse es vivir, ha dicho el inmortal Rodó, y nuestras repúblicas son las que más necesitan de evolucionar, dentro de la órbita amplia del esfuerzo remunerador y de los principios morales; de lo contrario, ha de invadirnos el espíritu disolvente que cunde por otras partes. Nuestra vida pública, en relación con todos los países civilizados, debe ser de justicia, de acatamiento a nuestra soberanía irrestricta; pero, al propio tiempo, de consideración bondadosa y obligación siempre honorable. Debemos imitar los derroteros de la patria de Lincoln, cuando vivía la América del Norte una vida sencilla, fuerte, ascendente, original y democrática.

No cabe desconocer que hoy el Continente Colombino es la tierra de promisión para la humanidad, lo que fuera la Roma augusta, antes de sucumbir su poderío en el orbe. El sol que alumbró la época que está acabando de desaparecer, ha concentrado sus destellos en América, de donde brotará un ciclo nuevo. El centro financiero ha cambiado, trasladándose al Nuevo Mundo, y su radio de acción se extenderá, a fuero de ley ineludible, por nuestro istmo y por las islas del Mar Caribe, en pos del equilibrio mercantil, tendiente a crear nuevos hábitos y a traer la corriente inmigratoria, que rebalsa ya en los Estados Unidos del Norte. El espíritu americano, la democracia, el trabajo libre, la propiedad bien distribuída, y los valores éticos, que son las mayores fuerzas conocidas, harán aparecer la aurora que iluminará los destinos humanos. En las nacionalidades hispanoamericanas existen elementos latentes de portentosa creación, que se desarrollarán cuando la corriente humana los vivifique, como sucede ya en la Argentina y en otros países de la América Meridional.

Las repúblicas istmeñas ocupan una posición geográfica admirable, y tienen que ser—aunque al paso les salgan, a las veces, la intolerancia, el caudillaje y el desbarajuste—un núcleo de cultura y un foco de inauditas riquezas naturales, de suyo provocadoras. Hoy, sin vanos alardes, sin que el patriotismo nos deslumbre, ni nos ciegue el amor a nuestra tierra, así lo anhelamos. Hoy, en este gran día de la patria unámonos todos, en la aspiración generosa de felicidad y engrandecimiento, para Guatemala.

Lejos de enzarzarnos en disquisiciones políticas de partidos históricos, fijemos nuestras miradas en las cuestiones económicas, en los problemas de positivo interés para los pueblos. Cuando soplan vientos de dislocación social, de anarquía demoledora, de fobia arrasante, inspirémonos en los principios de amor, de cooperación y de trabajo, que han de servir de antídoto, en medio del turbión producido por los arrastres de una época que sucumbe, y por los albores de nuevos tiempos, que orean aún la sangre humeante de millonadas de

seres humanos, sacrificados en la lucha criminal de intereses bastardos, dislocadora de la civilización tradicional y desprovista de toda idealidad.

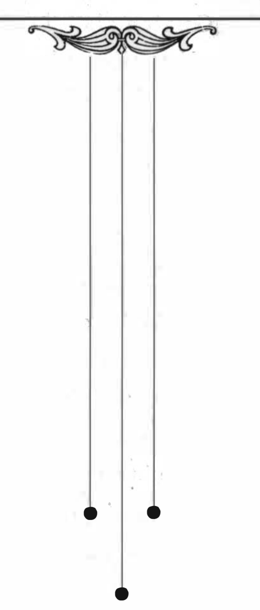
Hubo de ralizarse el vaticinio del más excelso de los poetas, del óptimo vidente, de Víctor Hugo, cuando anunció la hecatombe europea, prediciendo que, después de la infernal conflagración, se alzaría arrogante el vigor de las democracias del Nuevo Mundo, cuyo destino manifiesto lo convertiría en centro de las fuerzas económicas, sociológicas y políticas de las naciones.

¡Qué el recuerdo de la fecha inmortal, que hoy celebramos, haga surgir en el alma de nuestra soberana nacionalidad, no sólo el sacratísimo deber de conservarla incólume, sino el de inspirarnos siempre en el propósito que nuestros Próceres tuvieron, de que fuera cada vez creciendo en grandeza, cultura y dignidad! ¡Que la aurora venturosa del 15 de septiembre de 1821, luzca perenne, inmarcesible, en el cielo de Guatemala, sin que jamás se empañen los colores de nuestra sacra Bandera!

Guatemala, 15 de septiembre de 1924.

ANTONIO BATRES JAUREGUI

Una instantánea, de la ópera Quiché Vinac. Los Vestales escuchan la Profecía.





LA INICIATIVA DE CELEBRAR EL IV CENTENARIO DE LA CIUDAD DE GUATEMALA

"Cuatro siglos se cumplirán el 25 de julio del año entrante, del día memorable en que el audaz puñado de conquistadores detuvo sus caballos frente a los valles admirables que fulguran en las altiplanicies medias de la cordillera. Cuando se está en el fondo de aquel país hermoso, inundado de un sol que recuerda los más gloriosos días de Extremadura, recortado por montañas donde juguetean todas las gamas del verde y el azul, y por volcanes hermosos y solemnes como la ofrenda más digna que la Tierra puede poner en el altar de la Creación, se comprende el gesto, extraño y a la vez luminoso, con que los españoles, sintiendo bajo sus plantas toda la sugestión de la Tierra Prometida, han de haber exclamado: "De aquí no pasamos". Y así diciendo, la primera ciudad guatemalteca fué fundada. La Sociedad de Geografía e Historia, adoptando esta fecha por lema, ha creído que el cuarto centenario debe aparejar una sencilla, pero significativa conmemoración, en que sus primeros resultados prácticos se hagan visibles. Inaugurar un recorrido de tourismo, para esa fecha, desde el río Dulce y el Lago de Izabal hasta Quiriguá, la Antigua, Tecpán Guatemala, donde aquella primera ciudad fué fundada y el Lago de Atitlán, sitio admirable de la vieja corte Tzutohil, piensa que es la forma más digna. Cruel y sangriento como lo es siempre en la naturaleza el choque de dos razas que dentro de planes de civilización contradictorios, y paradógicos en muchos respectos, se encuentran en un momento dado de la historia, la resultante fué el nacimiento del enjambre de pueblos hispanoamericanos, hondo producto de dos razas que en el vasto escenario del Nuevo Mundo produjeron una de las más fuertes transfusiones de sangre que registra el proceso de la humanidad. Consecuencia de esa imperfecta transfusión fué la civilización hispanoamericana, con todas sus ventajas e inconvenientes. Pero cualquiera que sea el balance de saldos de ese acontecimiento, la conmemoración tiene que asociarse a una profunda necesidad de "adelante" en las generaciones que se digan orgullosas de ser las herederas y continuadoras de aquel instante de la humanidad".

(Del *Discurso Inaugural* de la Sociedad de Geografía e Historia.)

DECRETO NUMERO 869

JOSE MARIA ORELLANA,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

CONSIDERANDO:

Que el 25 de julio próximo se cumplirán cuatro siglos de la fundación de la ciudad de Guatemala; y que dicho acontecimiento representa en nuestra historia el nacimiento del pueblo guatemalteco, el cual a través de las diversas vicisitudes de la vida colonial y de las disensiones políticas y luchas de su vida independiente, se mantiene unido en sus ideales de autonomía y progreso;

CONSIDERANDO:

Que el Gobierno está en el deber de conmemorar el acontecimiento de la fundación de la ciudad, que fué el centro de la vida y foco de cultura de todo el Reyno de Guatemala, hoy América Central, así como de robustecer en el sentimiento del pueblo la fuerte noción de patria, cultura y solidaridad entre todos los guatemaltecos;

POR TANTO:

En uso de las facultades que le confiere el Decreto legislativo número 1312, de 5 de mayo anterior,

DECRETA:

Artículo 1º—Se declara día de fiesta nacional el 25 de julio del corriente año, IV centenario de la fundación de la ciudad de Guatemala.

Artículo 2º—Se inaugurará un monumento conmemorativo en el Valle de Iximché, sitio donde fué establecida por primera vez la ciudad.

Artículo 3º—Se manda erigir en la "Avenida Independencia" del paseo "La Reforma" de esta capital, un monumento a la memoria del Licenciado Francisco Marroquín, primer Obispo de Guatemala, prototipo del colonizador humanitario y benéfico, fundador de las primeras escuelas para indígenas y para españoles, iniciador de la Universidad Colonial y modelo de tolerancia y espíritu democrático, como el mejor símbolo del acontecimiento que hoy se conmemora.

Artículo 4º—Del presente Decreto se dará cuenta a la Asamblea Nacional Legislativa en sus próximas sesiones ordinarias.

Dado en la Casa del Gobierno: en Guatemala, el diez y siete de julio de mil novecientos veinticuatro.

J. Mª ORELLANA

El Secretario de Estado en el Despacho
de Gobernación y Justicia

H. ABRAHAM CABRERA.

COMO SE CELEBRO EL IV CENTENARIO

PROGRAMA GENERAL

JUEVES 24 DE JULIO (1)

A las 8 p. m., concierto en el Parque Central, por la Banda de Estado Mayor de México.

A las 9 p. m., baile en los salones del Club Alemán.

VIERNES 25

La Banda de Estado Mayor de México y la Marcial, recorrerán las calles de la ciudad, de cuatro y media a seis de la mañana.

A las 6 a. m., la Bandera Nacional será izada en toda la República.

En todos los establecimientos de enseñanza de la República tendrán lugar actos públicos alusivos, leyéndose la Carta y la Conferencia en que se les explica el significado de este Centenario a los niños, y que han escrito dos socios de la Sociedad de Geografía e Historia.

Actos públicos acordados por las Municipalidades de la República, en conmemoración del IV Centenario de la primera Municipalidad establecida en el país. La de la capital acuñará una medalla de oro con el escudo de la Ciudad de Guatemala y las fechas de la fundación de la ciudad y del IV Centenario, que será obsequiada a las Municipalidades de las Capitales centroamericanas.

Inauguración de la Exposición Agrícola Industrial de la ciudad de Tecpán.

De 2 a 5 de la tarde, desfile por las calles de la ciudad de las agrupaciones indígenas de los departamentos con sus trajes y músicas peculiares.

A las 6 de la tarde, la Bandera Nacional, será arriada, montando guardia, para hacerle los honores, en el Parque Central, la Escuela Politécnica. Concierto de la Banda de Estado Mayor de México, por la tarde, en dicho Parque, y por la noche, de la Banda Marcial en el Parque Gálvez.

Por la noche, conciertos y bailes populares en la Plaza de Armas; cinematógrafo, fuegos artificiales y diversiones públicas organizadas por la Municipalidad.

A las 8 y media p. m., sesión pública de la Sociedad de Geografía e Historia en el Teatro Abril. Entrega, para su publicación, de la obra del Cronista del Reino don Francisco de Fuentes y Guzmán, paleografiada por dos socios. El compositor guatemalteco don Jesús Castillo será condecorado con las Palmas Académicas, que le ha otorgado el Gobierno de Francia. Representación de varios pasajes de la ópera nacional titulada *Quiché Vinac,* del Maestro Castillo.

(1) Estos números han sido pospuestos para otro día (el baile del Club Alemán para el 29) a causa del duelo decretado con motivo del fallecimiento del Ingeniero don Rafael Ponciano, Ministro de Fomento.

Este mismo día circulará el primer número de los "Anales de la Sociedad de Geografía e Historia".

SABADO 26

Por la tarde, conciertos por la Banda de Estado Mayor de México y por la Banda Marcial.

Por la noche, acto lírico-literario organizado por la Universidad Popular en honor de las agrupaciones indígenas procedentes de las diversas regiones de la República.

DOMINGO 27

A las 7 a. m., excursión automovilística a la Antigua Guatemala, Ciudad Vieja y San Juan del Obispo, conforme al programa especial que ha formulado el Comité de la Antigua. En los citados lugares y durante el día, se descubrirán ocho placas conmemorativas en los siguientes lugares:

En el Palacio del Obispo Marroquín. (San Juan del Obispo.)

En el Cabildo de Almolonga. (Sitio donde la segunda ciudad de Guatemala fué establecida.)

En los restos del Palacio de Doña Beatriz de la Cueva. (Al molonga.)

En el Palacio de los Capitanes Generales. (Antigua, lugar donde la tercera ciudad de Guatemala fué establecida.)

En la antigua Universidad de San Carlos.

En la casa donde vivió y escribió el célebre soldado-historiador Bernal Díaz del Castillo.

En la casa donde se estableció la primera imprenta que hubo en Centro América y la tercera que hubo en las colonias hispanoamericanas.

En la casa donde nació el gran poeta de la América colonial Rafael Landívar.

En el acto del descubrimiento de dichas placas, harán uso de la palabra miembros de la Sociedad de Geografía e Historia. En San Juan del Obispo, al pie del volcán de Agua, el estudiante de Derecho don Alfonso Carrillo recitará la "Salutación a la ciudad de Guatemala", de Landívar.

En la antigua Universidad colocará una lápida conmemorativa la colonia nicaragüense, como homenaje a aquel centro que tanto influyó en la cultura del Reino de Guatemala, hoy América Central, haciendo uso de la palabra en dicho acto el Excelentísimo señor Ministro de Nicaragua, Doctor Jerónimo Ramírez.

Por la tarde, conciertos por la Banda Marcial y por la Banda Militar en el Parque Central de la Antigua, entre 4 y 6 p. m. y 7 y 10 p. m.

De 7 a 10 p. m., músicas y bailes populares, fuegos artificiales, etc.

A las 9 p. m., gran baile ofrecido a los excursionistas por la sociedad antigüeña.

LUNES 28

A las 7 a. m., reunión de los excursionistas en el Parque Central de la Antigua, en donde serán despedidos por las Autoridades y Comité de Festejos. Viaje a Tecpán.—Llegada, a las 10 y media a. m.

A dicha hora se hallarán reunidos en el Palacio Municipal de Tecpán las autoridades locales, Municipales y Delegados del Departamento y de otras poblaciones; las escuelas nacionales, colegios particulares y demás invitados.

Recepción en el Salón de honor del Ayuntamiento, de los Supremos Poderes de la Nación, Sociedad de Geografía e Historia, Delegados de la prensa, colonias extranjeras, etc., por la Honorable Municipalidad de la ciudad.

En seguida se desarrollará el siguiente programa:

Himno Nacional.—Lectura del Decreto legislativo número 1530, por el cual se manda elevar a la categoría de ciudad la villa de Tecpán. —Descubrimiento de la placa conmemorativa mandada colocar por la Asamblea Nacional Legislativa.—Discursos a nombre de la Asamblea, de la Sociedad de Geografía e Historia y de la Municipalidad.

Visita a la Exposición Agrícola-Industrial del municipio.

Desfile al Valle de Iximché, en donde fué fundada la primera Ciudad de Guatemala y desarrollo del siguiente programa:

Himno Nacional.—Descubrimiento del monumento conmemorativo mandado a erigir por el Supremo Gobierno.—Discursos en nombre del Gobierno y de la Sociedad de Geografía e Historia. Descripción del lugar y de las ruinas, en lengua Cachiquel (traducida luego al Castellano) por don H. Manuel Ramírez.—Lunch servido a la concurrencia.—Baile organizado al aire libre en el Pabellón construído por el gremio de agricultores.—Regreso a la ciudad de Guatemala.

MARTES 29

Conciertos en el Parque Central de la ciudad de Guatemala, en la tarde y la noche, por la Banda de Estado Mayor de México y Banda Marcial.

MIERCOLES 30

Acto lírico-literario en el Palacio del Centenario, organizado por la Sociedad "El Porvenir de los Obreros".

JUEVES 31

A las 4 y media p. m., gran concierto de música clásica por la Banda Marcial de Guatemala, en el Palacio del Centenario.—Breves conferencias alusivas al acontecimiento que se conmemora por varios alumnos del Instituto Nacional Central de Varones.

SABADO 2 DE AGOSTO

A las 9 p. m., baile de fantasía, con trajes de la época de la fundación de la ciudad, en los salones del Club Guatemala.

Guatemala, julio de 1924.

NOTAS. Habrá invitaciones especiales para la sesión de la Sociedad de Geografía e Historia en el Teatro Abril; para el baile de la Antigua, para el Concierto de la Banda en el Centenario y para los actos organizados por la Universidad Popular, Sociedad El Porvenir de los Obreros, sociedades científicas y literarias, etc. Habrá un programa especial de los actos que, en celebración del acontecimiento, tendrán lugar en las ciudades de Antigua y Tecpán, fuera de los señalados en este programa general.

EXPOSICION DE MOTIVOS

Alocución leída en la solemne Velada del 25 de julio, por el Secretario de la Sociedad de Geografía e Historia, Francisco Fernández Hall.

Señor Presidente de la República,

Señoras, Señores:

Cuatrocientos años cúmplense hoy de haber sido fundada por el audaz conquistador, al que por su hermosura y valentía apellidaran las turbas indígenas Tonatiú o Hijo del Sol, la primitiva población, que nace siendo llamada villa y que tres días después se convierte según sus actas de cabildo en la "Ciudad de Santiago de Guatemala".

Esta fundación la lleva a cabo Alvarado en el sitio que los indígenas llamaban Iximché o sea tierra o *sitio del maíz,* el día 25 de julio de 1524. El establecimiento de aquella primitiva urbe en el suelo de la patria, marca para ésta la iniciación de la obra constructiva y civilizadora. Al darse vida en aquel día memorable al primer Municipio y al elegir a los que por vez primera iban a ejercer en estas regiones los cargos de alcaldes y regidores, quedaba constituída la entidad civil, que conjuntamente con los demás municipios que en Guatemala se establecieron, había de constituírse en paladín de los intereses del vecindario, en defensor de sus fueros y en único germen posible entonces de vida propia del país y de colectiva defensa contra la absorción centralizadora de los delegados de la corona hispánica.

No es ni podría ser jamás la festividad de esta noche como algunos han pretendido creerlo, hecha en conmemoración de la conquista y en celebración del triunfo de las armas ibéricas sobre las valerosas huestes de Tecún. Es muy diversa cosa la que hoy conmemoramos. Es el advenimiento de Guatemala, por la fundación de su primitiva capital, a la existencia de pueblo civilizado, de comunidad culta, de entidad capaz de recibir el beso fecundante de la ciencia y de ponerse al habla con los lejanos pueblos de la Europa.

Es también la celebración centenaria de hoy la de un hecho innegable de nuestra patria historia: al fundarse la primera ciudad cuatro siglos ha en Iximché, se da principio a la fundación de razas que había de producir el pueblo indo-hispano de la América Central. Dentro de la población que entonces se fundaba, principió la convivencia de los dos antagónicos grupos: el de los heroicos hijos de España que capitaneaba Alvarado y que enfáticamente llamaba a la recién fundada *Ciudad de los Caballeros,* y el de los no menos heroicos nativos del suelo de Guatemala.

La fundación de la primera ciudad en Iximché representa, pues, para la patria nuestra, algo así como el primer día de la existencia para

los individuos, y es por consiguiente este cuarto centenario digno de ser conmemorado de solemne manera por un pueblo que ama su historia y que condensa en ella la verdadera alma nacional.

Visto desde este punto y considerado de tal manera el acto de la fundación de la primitiva ciudad, es que la Sociedad de Geografía e Historia, desde el día mismo en que inició sus labores, y aun antes, cuando sólo existía en la mente de los organizadores, tuvo por emblema la fecha del 25 de julio escrita en un jeroglífico Maya, y se propuso celebrar con el mayor entusiasmo la magna fecha de hoy. Sus esfuerzos en tal sentido han logrado éxito completo, obteniendo sus iniciativas la más cordial, la más amplia, la más calurosa acogida por parte de todos los elementos a los que se ha dirigido en solicitud de cooperación.

La sociedad se complace en consignar el hecho, no muy frecuente en Guatemala, por desgracia, de que para esta conmemoración centenaria ha podido contar con todos, con el esfuerzo de todos y la buena voluntad de todos, porque todos, sin divisiones ni prejuicios, se han compenetrado de la importancia histórica patriótica y social del acontecimiento que rememoramos; y porque a este factor decisivo de éxito, ha venido a sumarse la simpática idea de no hacer exclusiva la celebración a esta sola capital, ni a ninguno sólo de los sitios históricos donde ella ha estado establecida en los cuatro siglos pasados, sino que en una cordial y gratísima fusión de glorias y de recuerdos, el homenaje se tributa hoy a LA CIUDAD, haciendo abstracción hasta donde es posible del punto material donde ella se ha encontrado, y viniendo así a tornarse ideológicamente *una urbe sola* la que fundara el día de Santiago hace hoy cuatro centurias don Pedro de Alvarado en Iximché, la que ante escribano público asentara su hermano Jorge en Almolonga, la que llevaran más tarde don Francisco de la Cueva y el egregio obispo Marroquín al fértil valle de Panchoy y la que trajeran por último, no sin coacciones y violencias, a este valle de Las Vacas o la Ermita don Martín de Mayorga y su sucesor don Matías de Gálvez.

A esta idea de unificación en el homenaje y en el recuerdo obedece el hecho de que dentro de dos días marche la Sociedad de Geografía e Historia, acompañada por prominentes personalidades guatemaltecas, para fijar lápidas conmemorativas en varios históricos lugares.

Como son aquel en que "la luz fué hecha", al establecerse la primera imprenta que en Centro América hubo y que es también una de las primeras que existieron en todo el continente colombino, gracias a los esfuerzos del Prelado Fray Payo Enríquez de Ribera; aquel en que Guatemala tuvo un faro que iluminaba intelectualmente todo el suelo centroamericano, al florecer los estudios en la antigua y conspicua Universidad Carolina; aquel en que vivió apostólica existencia el gran obispo Marroquín, al que el Gobierno de Guatemala como un acto de verdadera justicia manda hoy erigir un monumento, que perpetuará siempre el recuerdo del hombre benéfico que fundara escuelas para los indígenas y que justamente con el ilustre Las Casas tantísimo se esforzaba por mitigar el dolor de éstos en la hora trágica de la conquista. También irá la Sociedad a señalar con conmemorativa placa a la casa en

que nació Landívar el gran poeta, y al palacio en que murió doña Beatriz la gran desventurada. Y así en esta peregrinación conmemorativa, nuestra Asociación irá haciendo resurgir de la penumbra de los siglos, cuanto ha valido en la pretérita vida colonial, hasta llegar al sitio mismo donde hace hoy cuatrocientos años Alvarado detuviera sus corceles de batalla, para convertirse el guerrero y el conquistador, el hombre que había sido de destrucción y de ruina, en el fundador de pueblos y en fusionador de razas. El 25 de julio, el día en que la ibérica península festeja a Santiago, el Hijo del Trueno, en Guatemala, el Hijo del Sol, el valiente y audaz Tonatiú daba vida y existencia a la ciudad de los caballeros, viniendo así el hombre de lucha a hacer obra de paz.

La Sociedad de Geografía e Historia aprovecha esta solemne ocasión para manifestar su profunda gratitud por la eficaz manera con que se han servido colaborar en este patriótico festival del cuarto centenario, al Gobierno de la República, a las Jefaturas Políticas de los departamentos de Guatemala, Sacatepéquez y Chimaltenango; a los Municipios de la Capital, a la Antigua y Tecpán; a las colonias Extranjeras, a los Clubs Sociales de esta capital y de la Antigua, y en general a toda la Sociedad de Guatemala entre cuyos más apreciados miembros ha hallado nuestra Asociación personas que con la mejor voluntad y mayor entusiasmo se han servido colaborar eficazmente, ya integrando el Comité de Festejos y el Subcomité del Turismo, o tomando parte personalmente en la velada de esta noche.

Hecha esta justa manifestación de gratitud por parte de la Sociedad, réstame tan sólo informar que la Secretaría de mi cargo ha recibido hoy, como consta en el programa, el fruto de la labor digna de todo encomio de dos de los más distinguidos socios, el señor Licenciado don Adrián Recinos y el señor ingeniero don Fernando Cruz, quienes han paleografiado el tomo inédito de la monumental obra del Cronista del Reino y Regidor Perpetuo del Ayuntamiento don Francisco de Fuentes y Guzmán, existente en el Archivo Municipal. Muy pronto, realizando su programa de difusión de las obras históricas de Guatemala, la Sociedad tratará de editar el libro hasta hoy nunca publicado del cronista colonial, así como lo hará con otras interesantes obras históricas antiguas, olvidadas ahora en archivos y bibliotecas.

De conformidad con lo prescrito en los Estatutos de la Sociedad de Geografía e Historia, ésta, en reciente sesión, practicó la elección de la Mesa Directiva que debe actuar durante el período 1924-1925,—y que hoy toma posesión, estando constituída en la siguiente forma: Presidente, señor Licenciado don Antonio Batres Jáuregui; Vicepresidente, señor Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta; Primer Vocal, señor Licenciado don Salvador Falla; Segundo Vocal, señor Licenciado don Rafael Montúfar; Tercer Vocal, señor Licenciado don José Antonio Villacorta; Tesorero, señor Licenciado don José Matos; Primer Secretario, el que tiene el honor de dirigiros en este momento la palabra, y Segundo Secretario, el señor Licenciado don Mariano Pacheco Herrarte.

DISCURSO

Del Licenciado Enrique Martínez Sobral, pronunciado en la Sesión Pública solemne del 25 de julio de 1924, por la noche, en el Teatro Abril.

Señor Presidente de la República,

Señores de la Sociedad de Geografía e Historia,

Señoras y señores:

¡Que emoción tan dulce embarga mi espíritu en el momento de ascender a esta insigne tribuna! ¡Justa, justísima, tal emoción, porque si no hay espectáculo más sublime que el de contemplar con los ojos del alma el nacimiento de un gran pueblo, cuando ese gran pueblo es aquel de que tenemos el orgullo de formar parte, el espectáculo crece en sublimidad y tiene que conmovernos de manera más profunda!

¡Ah!, Guatemala mía, tánto tiempo de mí rememorada con dulces añoranzas; con qué gusto vengo a felicitarte, en el IV centenario de tu surgimiento a la vida de los pueblos!

Y, al hacerlo, me parece contemplar una singular y grandiosa visión.

Cierro los ojos y, a través del tiempo, a través del espacio, miro unos cuantos hombres que avanzan, y avanzan, y avanzan, internándose en las profundidades misteriosas del suelo de la América virgen, recién descubierta por el inmortal navegante genovés.

Esos hombres van armados de pies a cabeza.

Esos hombres son fuertes; a veces son crueles; siempre son grandes.

Cada uno de ellos es el jefe de una mesnada.

Los mesnadores van también armados de punta en blanco.

Oprimen los hijares de monstruos desconocidos; fulminan a voluntad el rayo; en ocasiones brindan el consuelo del amor y de la caridad, y levantan y dignifican al vencido proclamándolo hermano....

Estos mesnaderos y aquellos hombres—Cortés en México, Pizarro en el Perú; en el Sur, Valdivia; en las cumbres colombianas, Quesada; aquí, al pié del Hunaphú, Alvarado—esos hombres, digo, traen consigo una lengua, una religión, una fe, una civilización y han venido a realizar una obra trascendental: son los fundadores.

Cada uno de esos caudillos es el germen de una patria futura; cada uno de ellos, visto después de cuatrocientos años, se ha transformado en una de estas naciones hispanoamericanas que empiezan a constituír ya, y llegarán a constituír más adelante, de una manera completa, timbre de orgullo para la humanidad.

Pues bien, señoras y señores, de estos caudillos legendarios, tocó en suerte a Guatemala Don Pedro de Alvarado y Mesía y Contreras, a quien los indios, por su hermosura, llamaron *Tonatiuh,* que quiere decir

"hijo del sol",—extraña mezcla de grandeza y de maldad, cruel como los hombres de su tiempo, valiente como todos los que osaban atravesar el Atlántico para venir a hacer surgir pueblos nuevos de una región desconocida; ambicioso cual un buscador de poder y de riquezas; insigne fundador de pueblos y de patrias.

Cualquiera que sea el juicio— y no estamos aquí para formularlo— que la Filosofía de la Historia pronuncie acerca del fenómeno histórico que se llama la conquista de América por la raza española, no cabe duda en la afirmación de este hecho fundamental: aquel grupo de hombres encabezado por Don Pedro de Alvarado y Mesía y Contreras, fundó la ciudad de Guatemala; y al fundar esta ciudad nuestra tan amada, al fundar esta ensoñada ciudad—que ya esté en Iximché, ya en Almolonga, ya en Panchoy, ya en el Valle de Las Vacas, será siempre nuestra "dulce cara madre", que dijo Landívar,—fundó también nuestra patria.

En tal único sentido, puesto que esta es una fiesta de amor y de concordia, debemos contemplar hoy al rubio guerrero y a los que con él vinieron: como los héroes invisibles de esta fiesta, los cuales, si pudiesen volver al mundo, se regocijarían al contemplar el desarrollo maravilloso de la semilla que ellos sembraron hace cuatrocientos años.

Y fuera injusticia el omitir en este solemne día, la mención elogiosa de la raza española de que la mesnada formaba parte. Esta raza española, señoras y señores, ha sido en muchas ocasiones la avanzada de la civilización. Ella cruzó por primera vez el Atlántico, fascinada por el ensueño mágico del genovés sublime; ella atravesó por la vez primera las altas montañas de América y puso la osada planta en las riberas del Océano Pacífico.

Después, detrás, muy cerca, viene la otra raza, no menos grande por venir detrás; y trae el trasatlántico y perfora el Canal de Panamá; pero cada vez que un barco cruza el Océano y cada vez que un buque atraviesa el Canal, el alma de la raza española va en esas naves.

He creído de mi deber cumplir con un mandato imperioso de justicia, que es también un dictado del estudio filosófico de la Historia, a que esta ilustre Sociedad se dedica, al consagrar un recuerdo a la Madre España, a quien debemos la vida; y al conquistador y a los suyos, que fueron el brazo ejecutor de la voluntad de la patria madre.

*
* *

¡Cuán graves problemas, señoras y señores, planteó el caudillo español hace cuatrocientos años!

El primero, el problema físico.

Habían los fundadores vivido enamorados de la naturaleza de este suelo, de sus paisajes llenos de encanto.

El volcán les atraía con singular atracción.

Había entonces en España un dicho popular, según el cual, para vivir en las Indias, era preciso estar cerca de los volcanes.

Y era que estos gigantes de nuestro suelo fascinaban a los extranjeros y no les permitían alejarse de la mística contemplación del paisaje que engrandecían moles tan maravillosas.

¿Habéis dilatado vuestro espíritu ante el espectáculo sublime de nuestros volcanes?

Bella es la catarata que se arroja de la altura y levanta un nimbo arcoirisado, y se va rugiendo como la tormenta; bello el lago, en el que se refleja celaje incomparable; bellísima la barranca en la que serpentea el río; el campo que perfuma la flor del café; la campiña en que "el plátano sus lábaros tremola" y agita sus flámulas "el maíz, jefe altanero de la espigada tribu"; sublimemente bella es, en fin, toda esta naturaleza tropical; pero más bello que todo, más grande que todo, es el volcán, porque el volcán sube y levanta la frente y busca siempre la altura....

Y nuestro pueblo, nuestra patria, enamorada del volcán, diríase que nunca ha osado alejarse de él; que nunca ha querido perderlo de vista; que en sus peregrinaciones se ha empeñado en contemplar siempre ese faro que le mandaba levantar la frente hacia las alturas.

Mas nuestra patria ha tenido que pagar el precio de tanta belleza.

¡Ah!, señores, el precio de belleza tanta es el terremoto.

Y el destino de la ciudad fundada hace cuatrocientos años, pensárase que fuera el de vagar, regia mendiga, de valle en valle, de barranca en barranca, demandando un sitio donde reclinar tranquilamente su cabeza.

Y de esta suerte asistimos a la desgracia aquella tan romántica, de la que quiso llamarse La Sin Ventura, doña Beatriz de la Cueva, descendiente en línea recta de los duques de Alburquerque.

Y después contemplamos el desastre del día de Santa Marta, en que la Antigua, esa Meca de los guatemalenses, tuvo que descender de su solio al impulso de los traslacionistas, para venir a sentar sus reales en el grandioso valle de Las Vacas.

Y, luego, la catástrofe horrible, que aún nos duele, que todavía nos arranca lágrimas cada vez que contemplamos las torres derribadas y los templos desgarrados y nuestros grandes edificios caídos y la ciudad herida, no de muerte, gracias a la energía de sus hijos, pero hondamente herida por la furia implacable del terremoto.

¡Ah, Guatemala!, yo estaba lejos entonces, yo no vi caer tus monumentos; no vi hundirse las bóvedas grandiosas de tus templos; no escuché aquel alarido de dolor indecible; pero ¡cómo lloré tu ruina; cómo se abrió en mi pecho, con cada amputación tuya, una llaga dolorosísima!....

*

* *

¡Qué de problemas, señores, planteó el caudillo español hace cuatrocientos años!

Después del problema físico, el problema social, mil veces más inquietante y temeroso; el problema social surgido el día mismo de la fundación de la ciudad, distante todavía de su solución definitiva.

Al principio la lucha entre elementos que no se comprendían los unos a los otros; después, la mezcla más o menos caótica de esos elementos; luego, la amalgama.

Hace cuatrocientos años, el análisis de los elementos: hoy, si no la síntesis completa, porque todavía estamos lejos de haber llegado a la completa síntesis, por lo menos un gran avance en el sentido de completarla para lograr la amalgama definitiva y para llegar a constituír de una vez por todas y para siempre, esta unidad étnica que, con amor en el alma y fe en el corazón, destinamos a los más altos triunfos: Guatemala.

Resultado de aquella fusión de razas, resultado de este contacto doloroso como todos los alumbramientos, es esta amalgama que vamos haciendo nosotros, poco a poco, y en cuyo definitivo éxito debemos poner todo nuestro empeño.

Esta amalgama es nada menos que la que nos conducirá a la final realización del ideal proclamado hace cuatrocientos años; esta amalgama será la que nos dote para siempre de una patria común, en la que todos nos sintamos unos: unos por el pensamiento, unos en el afecto, unos por el procedimiento!

¡Cuán grave es el problema de la amalgamación de nuestros elementos raciales!

La raza española, con todos sus heroísmos, la raza indígena con todas sus abnegaciones.

Aquélla, la semilla fecundante; ésta, el sujeto de las fecundaciones; ambas uniendo sus cualidades, uniendo sus características, engendrando esta personalidad que llamamos Guatemala.

¡Guatemala, cada día menos española, cada día menos india; más guatemalense cada día!

La obra de la colonia dependiente de España y la obra de la colonia independiente de España no es otra sino la de acabar una sola y completa patria: es la obra de constituír aquí una personalidad definitiva, con alma nacional.

Vamos hacia esa meta para hacer estable la nacionalidad; vamos lentamente; pero es preciso que nos preguntemos si no hay algún modo de apresurar nuestra labor, de imprimirle velocidad, para que en el tiempo más corto posible tengamos resueltamente constituída esta patria guatemalense nuestra, que se halla todavía en estado de ebullición; esta nacionalidad cuya historia se explica maravillosamente por la mezcla de dos razas que se combinan para dar origen a una entidad nueva.

Señoras y señores: tal cosa es posible.

Es hacedero el trabajar en el sentido de que se acorte el período de la definitiva fundación de nuestro pueblo.

Trabajemos, señoras y señores — ya que no es posible precipitar el fenómeno biológico, de suyo lleno de misterio y lentitud, si tratándose de los hombres, mucho más tratándose de los pueblos—, trabajemos, señoras y señores, por llegar a ese ideal de unidad, no de otra

manera, sino poniendo en práctica la idea proclamada hace ya siglos en la más alta de las tribunas, por una voz inefable, que dijo: "Amaos los unos a los otros"!

Trabajemos por unificar la lengua y la idea, mediante la escuela y el libro; trabajemos por la unificación religiosa, que no consiste en profesar todos la misma religión, sino en practicar todos la misma tolerancia; trabajemos por la unidad económica, fundando sobre la base de la justicia, la paz y la armonía entre esos dos elementos indispensables a la producción que se llaman el trabajo y el capital; trabajemos por establecer la unidad política, poniéndonos de acuerdo en ciertos principios fundamentales que constituyen la condición necesaria para la existencia de la sociedad.

¡Ah! Y cuando hayamos unificado la lengua y el saber de los hombres con auxilio de la escuela y con auxilio del libro; y cuando hayamos unificado el sentir religioso por medio de la tolerancia mutua; y cuando hayamos establecido la paz económica por medio de la justicia; y cuando la unificación política haya cerrado para siempre todas las cárceles y abierto de par en par todas las fronteras, entonces, señores, podremos decir que hemos llegado a la definitiva posesión de una gran patria!

*
* *

Pero, ¿cómo?

¿De qué modo trabajar para lograr un ideal por tal manera noble y grande?

¡Ah!, señoras y señores: yo voy ahora a comunicaros el gran secreto del método para encaminarnos hacia la realización de esa obra, que es nuestro interés más grande.

Puesto que esta Guatemala nuestra no está finalmente integrada; puesto que aún nos queda mucho por amalgamar, fácil nos será comprender que no es imposible fundar otra vez la ciudad de Guatemala; no en Iximché, no al pie del Hunapuh, no en el valle de Panchoy: aquí!

Yo no soy traslacionista, ni lo hubiera sido en 1773, como no lo fué un ilustre antepasado mío.

Aquí es donde hay que fundar la nueva ciudad de Guatemala que será el alma de la patria futura.

¿Y sabéis en qué lugar habrá qué fundar la nueva ciudad de Guatemala?

Aquí, en el corazón de todos y cada uno de nosotros, transformando nuestros afectos, y con ellos nuestros sentimientos y nuestros procederes.

¡Así y sólo de este modo habremos llegado a fundar la nueva ciudad!....

Singulares coincidencias las de la Historia!

Hoy hace cuatrocientos años, aquellos hombres que fundaron la ciudad de Guatemala, nos dieron la fórmula sobre cuya enseñanza debemos proceder ahora nosotros.

Esa fórmula es muy sencilla; yo la proclamo!

¿Sabéis cuál fué el nombre que los fundadores dieron a esta ciudad?

La llamaron SANTIAGO DE LOS CABALLEROS DE GUATEMALA.

¡Santiago de los caballeros de Guatemala!

¿No advertís cuánto de importante, cuánto de sugestivo y profundo, cuánto de honda filosofía encierra ese nombre?

¡Santiago de los Caballeros!

¡De los Caballeros!

¿Hay algo más claro, por ventura?

Señoras y señores: la manera de fundar de nuevo la ciudad de Guatemala sobre bases inconmovibles, consiste en esta fórmula: el que procuremos todos armarnos caballeros.

Y ello no quiere decir que nos llamemos aristócratas; ni quiere decir tampoco que nos volvamos ricos. No.

El humilde labriego puede andar con la desnuda planta en el suelo y la frente nimbada por el iris esplendente de la caballería.

Ser caballero es tanto como practicar el amor; ser caballero es tanto como ser hombre de bien; ser caballero quiere decir tanto como levantar siempre y no rebajar nunca: mirar siempre arriba, jamás abajo!

Seamos caballeros: los pueblos grandes saben elevarse a las alturas; son los pueblos pequeños los que se complacen derribando las estatuas de sus pedestales.

El Presidente de la República, en un decreto memorable, que deberá algún día esculpirse en letras de oro, ha comprendido admirablemente la necesidad de fundar de nuevo la ciudad de Guatemala sobre la base inconmovible de la caballería al ordenar que se levante una estatua a la memoria del preclaro Obispo don Francisco Marroquín.

Porque, en efecto, de todos los hombres que vinieron a la conquista y a la fundación, de todos los hombres que engendraron esta tierra, aquellos en los cuales encarnó el verdadero ideal de la caballería, fueron precisamente los hombres que vinieron por amor y no los que vinieron por ambición.

Son los frailes y los obispos, son los que fundaron escuelas, como el Obispo Marroquín—y no escuelas sólo para españoles, sino también para indígenas—los que merecen este homenaje: la estatua.

*

* *

Ese decreto, que en letras de oro deberá grabarse en el pedestal de la estatua del Obispo, nos recuerda que esta es una fiesta de unión y de solidaridad.

Aquí estamos todos, lo mismo el pobre que el rico, el obrero como el capitalista, el conservador junto con el liberal, el católico unido al librepensador, el extranjero y el nacional, congregados en una manifestación de concordia.

De esta hermosísima fiesta resulta una lección admirable y profunda.

¿Sabéis cuál es esa lección profunda y admirable?

La unión y la concordia de todos los guatemalenses.

Esta fiesta nos enseña que hay un sentimiento capaz de conmovernos a todos y de hacer que nuestros corazones vibren al unísono.

Ella nos enseña la posibilidad de olvidar las discensiones y los odios, para sentir sólo el amor.

Ella nos enseña que nuestro mayor deber es practicar el principio de la solidaridad.

¡Y ella es prueba de que ya estamos armándonos caballeros!

¿Sabéis, señoras y señores, cuál es, después del amor a la patria, —el amor de los unos a los otros—, el fundamento inconmovible de la ciudad futura?

¡El respeto al Derecho!

Señoras y señores: hace tres mil años, en la cumbre del Monte Sinaí, en medio de los rayos y de las más sublimes manifestaciones de la naturaleza, la humanidad recibió una ley que es todavía ley de luz: esa ley se llama el Decálogo.

Y no hace aún siglo y medio, en medio de rayos también y de las manifestaciones más sublimes de la idea, la Revolución Francesa proclamó otra vez el Decálogo y lo llamó: ¡"Declaración de los Derechos del Hombre"!

Los derechos del hombre: he ahí lo intangible!

He ahí, cual es, con el amor, el punto en que todos debemos estar de acuerdo: todos, ricos y pobres, obreros y capitalistas, liberales y conservadores, católicos y librepensadores, nacionales y extranjeros, todos!

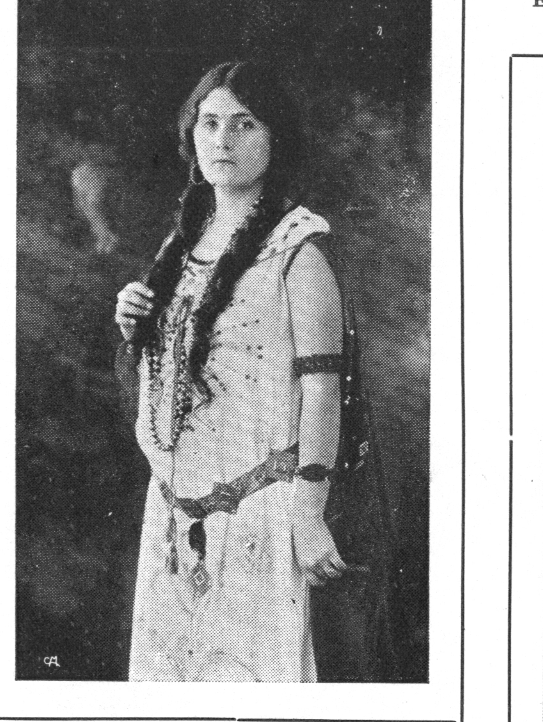
Y sobre estas dos bases de granito, fundaremos, compatriotas y amigos míos, una obra imperecedora: la nueva, la definitiva, la indestructible ciudad de Guatemala!—(Muchos Aplausos.)—*He Dicho.*

(Copia taquigráfica de Marco Juan Figueroa)



FOTO. C. VILLACORTA

Grupos de indígenas durante el desfile del 25 de julio



Señorita Clara Andreu, que hizo el papel de Princesa Alitza, de la ópera "QUICHE VINAC"

La Colonia Española hizo un precioso adorno en el exterior del teatro. Los escudos de España y de la Ciudad de Guatemala, en luces de colores, aparecían sobre la puerta principal de la plazuela "Gálvez."

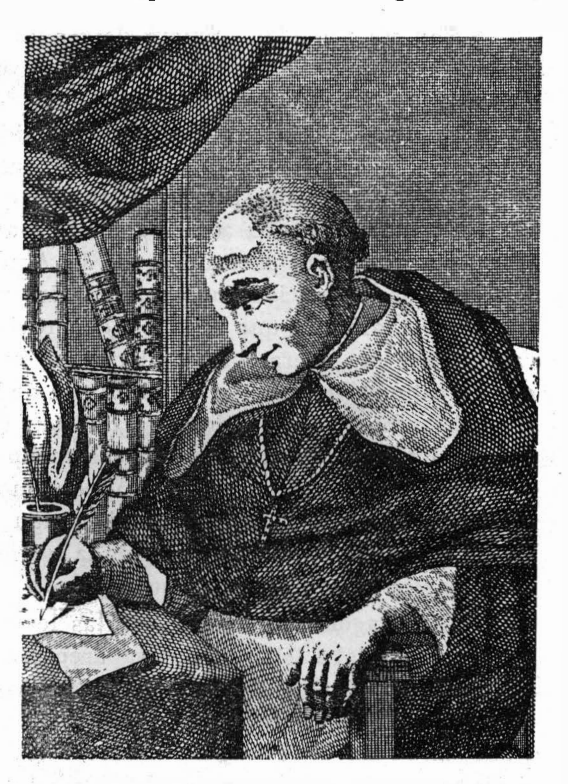
FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

EL PALACIO DE LOS CAPITANES GENERALES

Discurso del Licdo. Rafael Montúfar en el acto de descubrir la lápida de la Sociedad de Geografía e Historia en el Palacio de los Capitanes Generales, en Antigua Guatemala

Señoras y señores:

El concepto elevadísimo y justiciero que se tiene de la filantrópica labor de Fray Bartolomé de las Casas, en su noble propósito de remediar los males que afligían desde la conquista a los que habían sido dueños y señores de estas tierras, lo evidencian los monumentos erigidos a su gloria.



Fray Bartolomé de las Casas

Aquella labor eminentemente altruista, tergiversada y calumniada por la inquina de heridos intereses, tuvo la buena suerte de encontrar acogida en el ánimo de los consejeros del Emperador Carlos V, quien en noviembre de 1542 prohibió tratar mal a los indios, destruírlos, esclavizarlos, someterlos a encomiendas sin retribución y trasmitir éstas por herencia; disposiciones que causaron gran descontento entre los peninsulares, por considerar que les perjudicaba gravemente y expresaban su inconformidad, diciendo: "¿Es este el fruto de nuestros trabajos? ¿Para esto hemos derramado a torrentes nuestra sangre? ¿Ahora que estamos inútiles a fuerza de trabajos y de fatigas, nos dejan al fin de la campaña tan pobres como estábamos al principio? ¿Es este el modo que tiene el gobierno de recompensarnos por haberle conquistado un imperio? ¿Qué ha hecho el gobierno para ayudarnos en la conquista? Lo que tenemos lo hemos ganado con nuestras espadas y con las mismas sabremos defenderlo".

Exclamaciones tales de angustia y de protesta, dejaban conocer con expresiva naturalidad lo que realmente había estimulado a los conquistadores para venir al nuevo mundo; y como muestra de su espíritu absolutista y arbitrario, repetíanlas exaltados por el deseo de que fueran derogadas aquellas disposiciones, y ocasionaban serias dificultades provocadas por los ataques virulentos que lanzaban calculadamente contra el ilustre dominico, que soportaba sin preocuparse las tempestades que se desataban sobre su persona y sobre sus nobles aspiraciones, porque era un convencido de carácter acerado al que guiaba un ideal supremo: el de librar de la desdicha a millares de infelices; y hombres de esa clase son irreductibles; no los arredra el infortunio, ni su interminable acompañamiento de aflicciones.

Con un reducido número de frailes, compañeros suyos, que entonces representaban las ideas liberales y reformistas, que se proponían corregir la viciosa organización colonial, desafió Fray Bartolomé amenazas y riesgos infinitos, habiendo sufrido sinnúmero de injurias y denuestos. Se le llamó apasionado, hipócrita, inquieto, codicioso, vengativo, visionario, todo porque intentaba que desapareciera una injusticia que le mortificaba atrozmente: la manera dura con que eran tratados los primitivos moradores de la América. Sábese que quien se aparta de las creencias que sustentan las masas ignaras es temido por temoso, en razón de que el vulgo, desprovisto de capacidad para juzgar rectamente, considera insano al que no es de su parecer, a causa de que no sabe explicarse, por qué la flama de la superioridad penetra en lo más obscuro, descubriendo misterios que llegan a ser verdades inconcusas. Fueron considerados de ese modo Arquímedes, Galileo, Colón y Newton; mas en el caso concreto a que me refiero, no era la ignorancia sólo, sino la malicia de los que disponían de la fuerza, la que trataba de desvirtuar la obra del apóstol de la justicia, que se había hecho cargo de la misión más elevada de su tiempo.

El antagonismo creado por las leyes inspiradas por tan notable benefactor, estaba llamado a desaparecer, debido a la corriente irresistible que las arrollaba. Los enemigos de ellas se multiplicaban, redoblando sus esfuerzos para anularlas; y les fué propicio el advenimiento al trono de Felipe II, pues, desde el año de 1558 comenzó este monarca a dictar resoluciones que invalidaban el trabajo del renombrado Protector de los indios, quien al persuadirse de la inutilidad de proseguir la lucha, se retiró desesperanzado al colegio de San Gregorio, en Valladolid, abandonando adolorido sus faenas, con perjuicio de la causa de los naturales, que quedaron a merced de los conquistadores, y entonces, como dice Milla, el aborigen vino a ser algo como los parias de la India Oriental o como los ilotas de la Grecia antigua.

La conducta de Felipe II fué la manifestación de sus tétricos designios. Cegado por la deplorable aberración de pretender unificar el criterio humano, cosa que la experiencia califica de imposible, quiso amoldar al suyo propio el pensamiento de todos sus vasallos, poniendo a disposición del Santo Oficio los medios más inicuos para que desempeñara con amplitud su cruel encargo, que consistía en imponer con

exceso de rigor, la creencia que el monarca tenía por única verdadera, sin que hubiera logrado más que arraigar la intolerancia, germen de muerte, en todos sus dominios, dando a la vez cabe a la hipocresía como recurso disimulado de legítima defensa; y precisamente contra las predicaciones de aquel excepcional prelado, que no imaginó que la imposición alcanzaría a otros que no fueran los nativos, cuando dijo que pueblos que no tenían otro pecado que la idolatría, deberían ser convertidos por la persuación pacífica.

Creada por las célebres Ordenanzas, de 20 de noviembre, la "Audiencia de los Confines" que organizó la real cédula de 3 de septiembre de 1543, y localizada pocos días más tarde con jurisdicción sobre Yucatán, Tabasco, Cozumel, Chiapas, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Veragua y Darién, reunióse en la Villa de Gracias, evento que dió a dicha Villa el carácter de primera capital de los vastos territorios comprendidos entre la península de Yucatán y el Istmo de Darién, que según Humboldt, estaban llamados por sus naturales fronteras a formar un solo reino, lo que no ocurrió porque disposiciones posteriores, que no supieron apreciar valiosas circunstancias, hicieron grandes segregaciones.

Uno de los incidentes ocasionados por las diferencias, cada vez más acentuadas, que produjeron las nuevas leyes, fué la solicitud que hizo el Obispo Marroquín para que el asiento de aquella Audiencia fuera trasladado a este Valle, donde se encontraba la ciudad principal, traslado que tuvo efecto más tarde, en 1549, con apoyo del Presidente de la misma Audiencia, don Alonso López de Cerrato, de grata memoria, por lo que puede decirse que esta ciudad fué de hecho, desde entonces, no obstante la orden de 8 de septiembre de 1563, la capital de Centro América, residencia de los Capitanes Generales, hasta que el de igual título, don Martín de Mayorga, decidió en julio de 1777, abandonar este suelo llamado por él *suelo temible y proscrito,* para pasarla, sin demora ni excusa dentro del perentorio término de dos meses, a la nueva Guatemala o sus arrabales, declarando que la antigua debía ser extinguida y desolada, dentro de un año, procedimiento incalificable, que difería por completo del que había sido empleado en 1541 al tratarse de designar el sitio donde había de establecerse la ciudad que debía reemplazar a la que acababa de ser destruída por la inundación.

Sin considerar los móviles que determinaron a Mayorga a tomar aquella medida, es innegable que entre sus consecuencias desastrosas aparece como el golpe de gracia dado a lo que fué durante más de dos siglos, la sede prestigiada de las autoridades superiores, la cual disponía de todo lo necesario para ser sin disputa una de las más importantes de las poblaciones de América; golpe que habría de contribuír en gran manera al fraccionamiento en que vivimos; y por haber sido este palacio la residencia de los Capitanes Generales, durante doscientos treinta y un años, la Sociedad de Geografía e Historia ha creído del caso colocar esa placa, en conmemoración de este centenario, cuarto de la fundación de la primera ciudad española construída en territorio de Guatemala.

LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS BORROMEO

El Doctor José Matos habla en el momento de ser descubierta la inscripción acordada por la Sociedad de Geografía e Historia en la antigua Universidad.

La Sociedad de Geografía e Historia, al colocar esta inscripción conmemorativa, en cumplimiento de los elevados propósitos que la inspiran, ha querido perpetuar en la memoria de las generaciones venideras, el recuerdo de los generosos esfuerzos que se hicieron durante la época colonial, en pro del desarrollo de la instrucción y de la cultura.

Guatemala se vanagloría con justicia de haber sido uno de los primeros países de América que tuvo escuela pública, y asimismo puede ufanarse de que fué aquí también donde se fundó una de las primeras Universidades que existieron en el Continente. El insigne varón que estableció la modesta escuela, el benemérito Obispo don Francisco Marroquín, puso igual empeño y entusiasmo a fin de que llegara a realizarse la creación de una Universidad, que, al igual de la de Salamanca, en la madre patria, difundiese la enseñanza superior y profesional, en estas apartadas regiones del mundo descubierto por Colón y conquistadas por el valeroso Capitán Don Pedro de Alvarado.

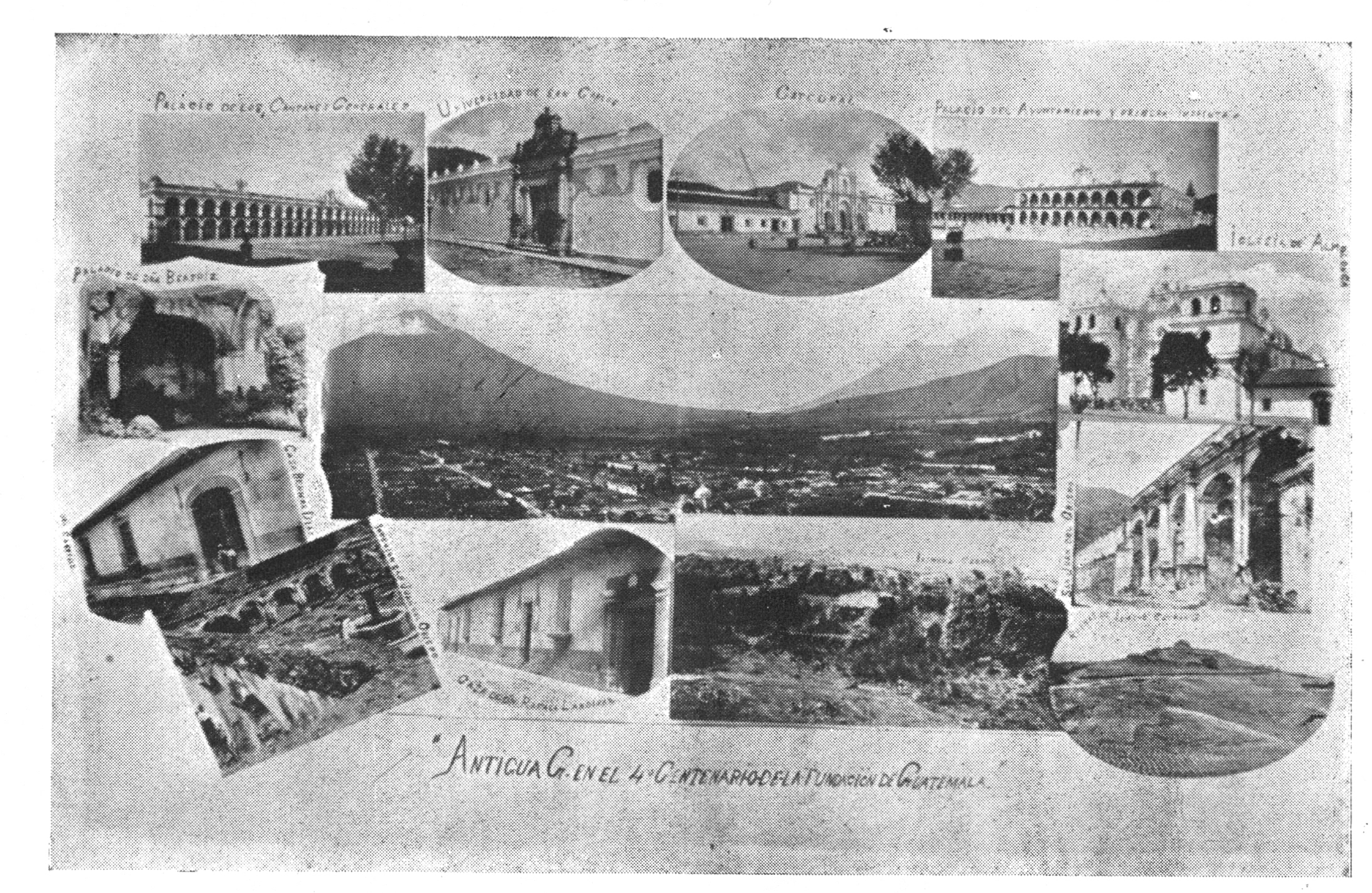
A la munificencia del preclaro Obispo y del Correo Mayor, Pedro Crespo Suárez; al generoso desprendimiento de Sancho Baraona y de su esposa doña María Loayza; y a las insistentes y reiteradas gestiones del Cabildo, se debió que al fin, andando los años, se fundara la Real y Pontificia Universidad de San Carlos Borromeo, institución que principió a funcionar convenientemente organizada en 1680.

Los cuantiosos fondos donados por aquellos ilustres benefactores, sirvieron para construir este hermoso edificio, preciado ornamento de la ciudad capital, y la Universidad pudo considerarse como una de las más ricas fundaciones de la época.

No ha de juzgarse la Real y Pontificia Universidad de San Carlos y su contribución al mejoramiento y progreso del país, haciendo uso al efecto, con rigor extremado, del criterio que hoy domina en materia de enseñanza superior y de los fines que la Universidad está llamada a satisfacer en las sociedades modernas. Tal institución, informada como era natural, en las ideas dominantes entonces, no podía concebirse en aquellos tiempos desde el punto de vista cultural intensivo que ella reclama en nuestros días, ni con todos los atributos de un instrumento eficaz de acción social, en las diversas actividades de la vida colectiva.

Pero, sí puede afirmarse que su aparecimiento en aquella remota época de la colonia, señala una manifestación inequívoca del vivo deseo de renovación y de progreso que alentaron espíritus superiores, que consiguieron convertir más tarde la Universidad en el foco de donde

EL IV CENTENARIO EN LA ANTIGUA



Ruinas y casas donde la Sociedad de Geografía e Historia colocó placas conmemorativas, como punto de partida de la obra de reconstrucción histórica de la célebre Capital del Reyno de Guatemala, que se propone llevar a cabo.

irradió la cultura moral e intelectual a todo el Reino de Guatemala. Y lejos de permanecer estacionaria, pronto fueron ensanchados sus dominios, de tal suerte, que la Universidad, desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, había dejado de ser lo que acaso fuera en sus primeros tiempos, centro de discusiones escolásticas y de investigaciones teológicas, para entrar de lleno en las ideas generales de la ciencia y de la filosofía revolucionaria. A impulsos de la evolución, fueron sus aulas de las primeras en que se aplicó a los estudios el método experimental, con sus indiscutibles ventajas: donde se cultivaron, con vasta amplitud, las matemáticas, donde la medicina y la cirugía alcanzaron grandes éxitos; y donde, abandonando viejos sistemas, se hizo obligatorio el uso del idioma castellano en la enseñanza, en beneficio de su desarrollo y generalización.

Cumplimos, pues, un deber sagrado al mantener vivo el recuerdo de los nobles propósitos que inspiró a los generosos fundadores de la Carolina Universidad, y de cuantos llevaron a sus claustros, con celo no desmentido, su colaboración patriótica e inteligente.

Dominados por un sentimiento de intensa emoción, creemos percibir en estos solemnes instantes, las vibraciones de un himno nacional de gratitud, que viene de lo alto, acallando las voces del egoísmo, de la intransigencia y de las pasiones malsanas, que invaden el ambiente; y nos parece como que las sombras de nuestros grandes desaparecidos desfilan ante nosotros, en un cuadro majestuoso de gloria y de justicia.

Que ellos reciban el homenaje cariñoso, el respeto que merecen de las generaciones presentes y de los hombres del mañana. Que el ejemplo de sus singulares virtudes sea poderoso estímulo para quienes tienen a su cargo los destinos de la patria; y así, veamos renacer en toda su vitalidad y lozanía, la famosa institución, adaptada a las condiciones y exigencias de la época, como digno exponente de la grandeza moral e intelectual de nuestra querida Guatemala.



Procesión religiosa.—El desfile de indígenas del 25 de julio

EL APOSTOL DEL BIEN
FRANCISCO MARROQUIN

Discurso pronunciado por don Flavio Guillén en San Juan del Obispo, al descubrir la placa conmemorativa en el Palacio del Obispo Marroquín.

Aquí, señores, en la cuna paradisíaca de Centro América Hispana, fértil y floribunda, así en producciones del suelo como en acontecimientos de historia, yace redivivo, el recuerdo hoy evocado, de un varón preeminente, que, en la ignorancia fué luz; en el dolor, lenitivo, y en la inclemencia, piedad. Ante el crimen fué derecho y protesta; y entre dos barbaries (del conquistador y del idólatra), fué solo él, humanidad, civilización y evangelio. Se llamó en vida don Francisco Marroquín: la gratitud contemporánea le aclama protobienhechor del país.



Don Francisco Marroquín

Nació en Toranzo, de Santander, España, pero tanto amó esta tierra, por sus virtudes bendecida, que jamás volvió a su patria, e hizo de nuestra sección americana, la nueva y definitiva patria suya, la de su afecto y predilección. Solo dos veces la abandonó, transitoria y necesariamente, para marchar a la capital de Nueva España. Una, cuando recibió del arzobispo de México, Fray Juan de Zumárraga, creador de esta prelacía, la mitra episcopal de Guatemala, viniendo a ser así, el primer obispo preconizado y consagrado en el nuevo mundo, allá por el año 1537 y al séptimo de servir esta feligresía, en calidad de modesto párroco. La segunda vez fué en 1755, convocado por el arzobispo don Alonso de Montúfar, de quien era sufragáneo, para asistir al primer concilio mexicano, en unión de los otros prelados de la arquidiócesis, los de Chiapas, Oaxaca, Tlaxcal y Michoacán. En ese concilio se acordó adoptar las constituciones de Sevilla para la metropolitana guatemalense.

Su diócesis era pobre, pues ni los indios habían extraído metales preciosos del subsuelo, ni podían ser exportables los productos de fauna y flora, ni existía otro comercio que el local, incipiente y exiguo. Así, pues, el señor Marroquín, lejos de ser negociante del trabajo ajeno, ni torturador de la pobreza, casi miseria de su grey, hizo venir, por el contrario, los caudales de su propia hacienda, pues rico era y linajudo, allá en sus solares de Osma. Y con ese peculio propio, levantó la primera catedral del istmo, erigió los primeros hospitales para el dolor indigente y creó robustas las primeras escuelas pías, gratuitas y democráticas que habrían de servir, según sus cálculos, como base de la universidad pontificia con que soñó y sobre cuya consecusión gestionó en vano; ya que siempre le contestaban del trono, que con la Universidad de Nueva España habría suficiente para Los Confines. Los Confines era la denominación con que se designó por largo tiempo el territorio centroamericano tendido al Sur de la Nueva Antequera, que es el nombre erudito y fué el oficial con que se llamó a Oaxaca.

Paréceme que el genio imperial de Julio César, dejó escrito que sólo dos clases de hombres merecen honras de inmortalidad: los que hacen cosas dignas de ser escritas y los que escriben cosas dignas de ser leídas.

Según eso, don Francisco Marroquín está catalogado en el primer grupo. Cuando entendió que las lenguas aborígenes establecían abismos de discordia entre conquistadores y sojuzgados, se dió a estudiar y aprendió en breve los idiomas del vencido, y llegó a poseerlos con perfección tal, que escribió e imprimió, para los europeos, "El arte fácil de aprender los idiomas de Guatemala", y para uso de su juventud escolar, un "Catecismo de la doctrina cristiana en el idioma utatleco".

El conocimiento de las lenguas vernáculas fué la llave de oro con que abrió para España y la fe, entendimientos, voluntades y corazones de esta comarca, la cual dejó de ser rehacia, sólo por la compenetración de su alma con la de su digno obispo.

Su señoría ilustrísima no era un escritor; pero sus cartas, que corren impresas desde 1877, denotan juicio claro, estilo parco, sin ambages, pero no sobrio de detalles interesantes, que pintan bien la vida y estado de estas colonias. Escribió seis largas epístolas a Sus Majestades don Carlos y don Felipe, todas petitorias de gracias y justicias, para su amada Guatemala, tanto en lo espiritual como en lo político.

Desde México, el 10 de mayo de 1537, da noticias de esta capitanía y propone para ella medidas de buen gobierno. En la capital de Chiapas, Ciudad Real, con fecha 10 de agosto de 1541, recomienda a don Juan Alvarado, sobrino de don Pedro, para la gobernación de Guatemala, sabiendo que el Adelantado partiría a buscar tierras nuevas por las

remotidades del mar occidental. En la carta fecha 25 de noviembre, narra minuciosamente las muertes de don Pedro y su esposa doña Beatriz; y en la de 4 de junio de 1545, da cuenta de los efectos producidos por las reales ordenanzas. Finalmente, el 15 de agosto de 1539, se queja amargamente de las desavenencias surgidas entre Alvarado y Montejo.

Hombre de acción, continúa, traza y funda este pueblo, bajo la denominación y patrocinio del Bautista y acaso en sufragio por el alma de Alvarado, muerto en Nueva Galicia, el día precisamente de San Juan. Pero desde la muerte del fundador hasta ahora y siempre, el reconocimiento postero apellida y apellidará a este San Juan, con el epónimo "Del Obispo", para proclamar que Marroquín lo fué de Guatemala, por una como prez de antonomasia.

El hecho, a mi ver, más hermoso de su vida y al que no dan toda la importancia sus panegiristas, es sin duda la liberación ejecutada por él, de todos los esclavos que a su muerte dejó don Pedro de Alvarado, y a quienes, pudiendo haber poseído por derecho de herencia o enajenado en trato legítimo, les redimió a la libertad, al mismo tiempo que a título gratuito, les donaba tierras de labor para su ocupación y su existir.

No sé que, antes de él, acá en América, hubiese alguno espontáneamente manumitido siervos, a pesar de lo ordenado por Carlos V.: "Que se pusiese inmediatamente en libertad a todos los que se tuvieran en posesión ilegítima" y que "ni por causa de guerra se hiciesen esclavos de los vencidos". Aquel día notabilísimo, en que la magnanimidad de un prelado da liberación por vida y reivindica la dignidad humana de los infelices libertos, Marroquín rompe un siglo de tinieblas y se adelanta en tres centurias al libertador y mártir Abraham Lincoln.

Pero al abrir y sostener escuelas, hacía obra más efectiva, puesto que atacaba las esclavitudes del espíritu; toda vez que el libro de texto desencadena cerebros amartelados por los errores. En las bancas de la escuela se prenden lámparas; en las aulas universitarias, se encienden faros.

Resumiendo:

Su filantropía evangélica, fundó hospitales.

Su amor a la luz, sembró escuelas y proyectó universidades.

Su ilusión de cultura, fundó pueblos.

Su cristianismo ardiente, libertó esclavos.

Su dignidad episcopal, erigió palacios y catedrales.

A diferencia de casi todos los peninsulares, que traían sed febricitante del oro de Indias, él trajo su oro de Iberia, para transformarlo en varias clases de pan.

Pan de caridad para el menesteroso.
Pan de justicia para el oprimido.
Pan de luz para el ignorante.
Pan de libertad para el hombre hecho bestia.

Sabía bien, pues era sabio, que sólo la escuela es capaz de sujetar el porvenir al presente.

Sentía bien, pues era justo, como propios, los ajenos atropellos.

Amaba bien, pues era santo, a todos los hombres, pero en especial a los miserables....

Si España trajo a la América asesinos e incendiarios, también envió apostólicos y civilizadores: a Cortés, opone un Las Casas; a Pizarro, un Toribio de Mogrobejo; a Fray Valverde, un Fray Motolinía.

Para Guatemala, España fué más que generosa, puesto que, por contrarrestar las durezas de un sólo Alvarado, envió a tres misioneros de luz, positivamente ministros de Dios: Francisco Marroquín, Cayetano Francos y Monroy y Pedro de Betancourt.

Uno de los primeros objetivos de la Sociedad de Geografía e Historia es el fomento del turismo, como el mejor medio de estimular el buen estado de los caminos. Buenos caminos significan, en lo moderno, comodidad y bienestar del pueblo.

Vistas de la Excursión Automovilística del 27 de julio, la primera que se efectúa en el país



FOTO C. VILLACORTA

San Juan del Obispo.—Residencia del esclarecido varón Licenciado don Francisco Marroquín.—Fotografía tomada en el momento en que la concurrencia se dirigía a descubrir la placa en aquella histórica casa.

A GUATEMALA

RAFAEL LANDIVAR, TRADUCCION DEL LICDO. DON JOSE DOMINGO DIEGUEZ

Poesía declamada en San Juan del Obispo, por el estudiante de Derecho, don Alfonso Carrillo.

Salud, salud, oh dulce Guatemala,
origen y delicia de mi vida!
Deja, hermosa, que traiga a la memoria
las dotes, las ofrendas que convidas:
tus fuentes agradables, tus mercados,
tus templos, tus hogares y tu clima.

Ya me parece que tus altos montes
a lo lejos mi vista determina,
a las praderas y campiñas verdes
que eterna primavera fertiliza.

Cada rato me cercan las ideas
de los torrentes de aguas cristalinas,
y sus playas techadas de sombríos,
por donde las corrientes se deslizan:
los retretes de adornos decorados;
y los verjeles de las rosas chiprias.


¿Qué fuera si yo el lujo recordase
de dorados damascos y cortinas,
ya de sedas vistosas, ya de lanas
con la tiria escarlata bien teñidas?

Para mí siempre fueron estas cosas
un nutrimento, un gusto bien sentido,
y dulce alivio que socorre al alma
en los pesares y aflicciones mías.

Me engaño! Trastornaron mi cabeza
las ilusiones que el delirio pinta!
lo que era poco ha del grande reino
la ciudad, capital, soberbia, altiva,

ora no es más que escombros y montones
sin casas, plazas, templos ni guaridas.
No quedó ya refugio al vecindario,
ni trepando del monte a la alta cima;
pues los fragmentos eran precipicios
que Júpiter fraguó para la ruina.

GALERIA ARTISTICA DE "ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA"



TIP. NACIONAL

Vista panorámica del Valle de Panchoy, en donde tuvo asiento la Capitanía General del Reino de Guatemala.

(CORTESIA DEL DIARIO "EXCELSIOR")

Pero ¡qué digo! Salen ya del polvo
desde el umbral repuestos, reconstruídos,
hasta la cumbre los suntuosos templos
con elegante y sólida maestría.

Ya las fuentes se asocian con los ríos:
ya las plazas exhaustas y vacías
se encuentran ocupadas por la turba
restituída a la calma primitiva.

Recobra la ciudad rápidamente
de sus mismos destrozos nueva vida,
acaso más feliz ¡quiéralo el cielo!
cual otro fénix de inmortal ceniza.



FOTO. C. VILLACORTA

Antigua G.—Palacio de los Capitanes Generales

Gózate ya, ¡resucita Madre!
¡Capital de aquel Reino la más rica!
libre vive desde ahora para siempre
de temblores, de sustos y de ruinas;
y yo haré resonar hasta los astros
el eco tierno de canciones vivas,
que pregonen el triunfo esclarecido
que has alcanzado de la muerte impía.

Acepta, en tanto, aqueste ronco plectro,
triste consuelo de amorosa rima;
y que por premio conseguir yo pueda
poseer en tí mi suspirada dicha.

LA CIUDAD DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS DE GUATEMALA

Alocución pronunciada por el Licenciado José A. Beteta, al descubrirse la placa del Cabildo de Ciudad Vieja, en el Valle de Almolonga.

Señores:

Uno de los hechos más interesantes y trascendentales para nosotros, fué el de la fundación de la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala en este Valle de Almolonga, en donde los castellanos se proponían fijar definitivamente la residencia del Gobierno Colonial; y no se alcanza a comprender el olvido y la indiferencia con que los lla-

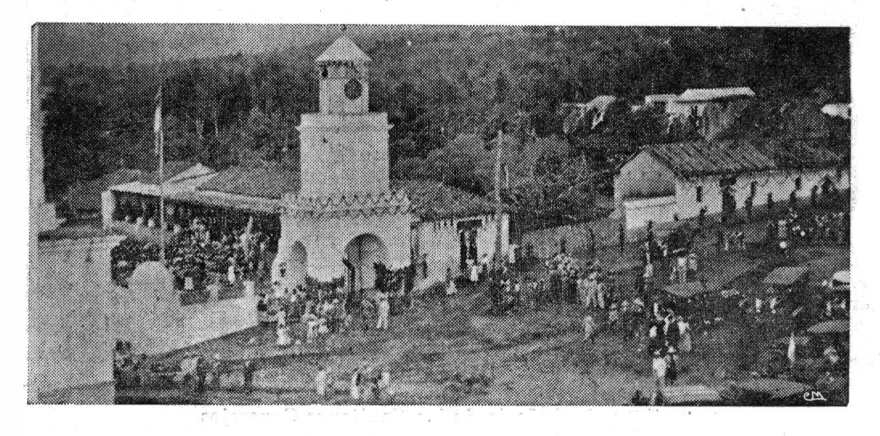


FOTO. C. VILLACORTA

Almolonga o Ciudad Vieja.—Sitio en el cual se edificó la segunda ciudad de Guatemala.—Vista tomada en el momento de esta alocución.

mados educadores de estos pueblos, han contemplado durante largos años las ruinas y lugares que hablan al historiador con la elocuencia muda pero luminosa de las verdades objetivas.

Durante muchas décadas ha recorrido el viajero estas comarcas, sin encontrar entre las ruinas abandonadas, un signo auténtico que fijara el sitio en donde existieron las ciudades y los pueblos fundados por los colonizadores de estas tierras; y cuando el viajero, ávido por satisfacer su curiosidad científica ha intentado hacer resurgir de aquellos escombros los hechos del pasado, ha tenido la decepción de ver fracturados sus propósitos por la falta de signos que lo guiaran.

No sucederá así en lo venidero, porque la conservación de las ruinas antiguas y de los monumentos arqueológicos y los signos materiales que guían al investigador y reconstructor de nuestra Historia, se encuentran ya, al amparo, no sólo de las leyes, sino de una asociación científica, inspirada y sostenida por el amor a la patria y a su cultura.

La curiosidad científica y el afán instructivo del hombre por penetrar el pasado, le llevan hacia el progreso, y aun cuando no existiera aquel afán instructivo, siempre existe el que nos compele a conocer los sitios en donde actuaron personalidades reales o imaginarias, que fueron como la síntesis de una época, de una civilización, de un estado social saturado hoy con el perfume delicioso de los años transcurridos....

¿Quién, después de leer las preciosas novelas de nuestro Salomé Jil; y los bellísimos y geniales poemas de nuestro Pepe Batres, no se siente impulsado por el deseo de conocer los sitios en donde se desarrollaron las escenas tan bellas y tan sencillamente descritas por aquellos dos prohombres, novelista el uno, poeta el otro; glorias literarias de Guatemala!....

¿Y quién, que no fuera el más indolente de los guatemaltecos, podría contemplar sin conmoverse esta ceremonia, que tiene por objeto fijar de manera indeleble el sitio en donde fué fundada la ciudad de Santiago, cuna de las dos grandes ciudades que a pesar de las catástrofes que las han abatido, se ostentan llenas de belleza y de vida, en los fértiles y deliciosos valles de Panchoy y de la Ermita?

Pues bien, señores; esa placa tan modesta, que acaba de descubrirse, hablará al viajero en lo sucesivo, con el laconismo de las verdades objetivas.

Y acaso en la fantasía del viajero como en la mía, se reproducirán escenas gloriosas y trágicas, como se reproducen en una cinta cinematográfica.

El viajero, contemplará, por el poder de la imaginación, a la falange castellana, sumisa ante el símbolo de su religión, impetrando el poder y la bondad de Dios, para dar aliento a los que de tanto batallar pudieran haberse sentido decaídos, y mantener en ellos la fe religiosa que los sostuviera en sus heroicas luchas.

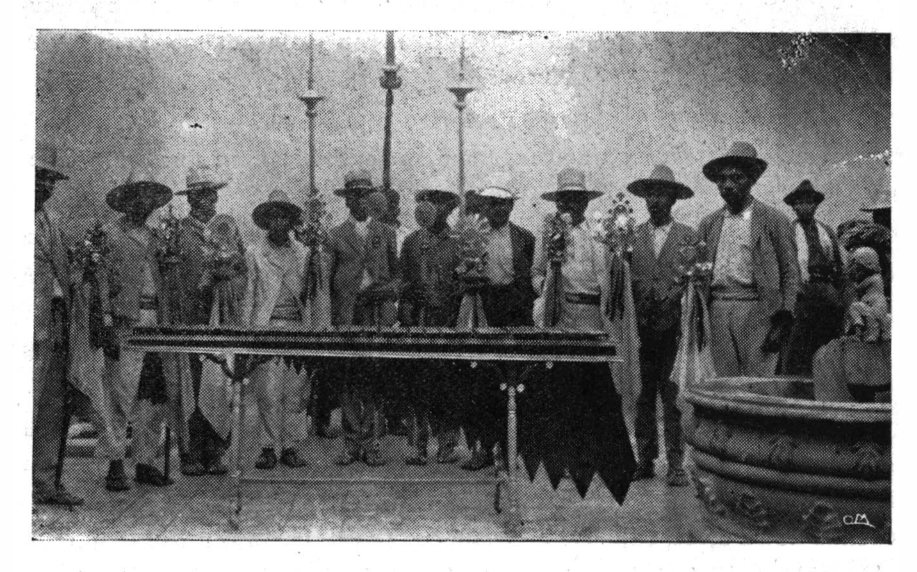
Y aun cuando es bien sabido que no se encontraba presente en aquel acto de la fundación de la ciudad capital, el hijo del Sol, Tonatiuh, se destaca en nuestra mente su figura majestuosa y arrogante, rodeado de su corte, cubierto el pecho con la férrea coraza, con la mirada fulgurante, más temida acaso que el filo de su espada, que derribara cabezas de Reyes y de Príncipes gentiles.

El día de la fundación de la ciudad, hubo justas y torneos, y con mucha razón se colmaron de alegría los castellanos y de tristeza los naturales que completaban la falange. Estos últimos casi desnudos, afianzando con sus manos temblorosas las flechas que no habían sido suficientes para contrarrestar los mortíferos efectos de las armas de fuego; y atisbando el momento propicio para lanzarse a los bosques en donde pudieran aspirar el ambiente de la libertad, al amparo de sus dioses.

Pero, dejemos a un lado estas fantásticas visiones, que pasen como una film que se desarrolla ante nuestros ojos sin entristecer nuestras almas. No evoquemos más la arrogante figura del Adelantado y la de su bella y altiva esposa Doña Beatriz.

Y para concluír, permitidme, señores municipales, que os diga: Conservad esa placa que la Sociedad de Geografía e Historia acaba de descubrir y que señala dos fechas inolvidables: 22 de noviembre de 1527 y 10 de septiembre de 1541: aquella, la de la fundación de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala y ésta la de la noche triste, muy triste en que fué destruída.

Y decid al viajero: aquí teneis los productos de nuestra labor de cuatrocientos años: aquí el café cuyo néctar es tan apetecido: aquí las más deliciosas frutas de ambos mundos; aquí el trigo y el maíz que constituyen el principal alimento de los pueblos; pero lo que antes de todo debéis respetar y apreciar, es a nuestras mujeres, tan virtuosas como bellas: que robaron sus fulgores al Sol de Andalucía y su misterioso encanto a nuestras selvas y florestas tropicales.—*He Dicho.*



FOTO, C. VILLACORTA

El desfile del 25.—Indígenas simulando una procesión religiosa

LA SIN VENTURA DONA BEATRIZ DE LA CUEVA

Alocución pronunciada por el Socio, Licenciado José Rodríguez Cerna.

Señores:

Todo habla aquí de cosas de idilio y de égloga: la dulzura en rocío del valle, la multiplicada y pura canción de las aguas, que se pierden en los boscajes como colegialas de quince años, la bondad del cielo, que de tan azul parece un sueño. Todo es aquí suave, todo armonioso, todo acariciante, como para bucólias empresas de paz y de amor o para brotar de retoños en el rosal eterno de las esperanzas. Y no sólo la campiña que se ofrece, ni los escondidos senderos bajo las arboledas—en los que Mignon dejó la huella de sus pies desnudos—ni las casitas entre huertos paradisiacos, entre los que, frente a la mansedumbre de la tarde, reposa la fatiga de fray Luis. Lo es también la aspereza de los montes vecinos, que helenizan sus líneas al influjo de la belleza ambiente; lo es el volcán mismo de majestad y de armonía, que impone sobre el valle evocador y divino la vigilancia augusta de su serenidad.

Y sin embargo, en esta cuna de la Patria, como en la de Hércules, se enroscaron serpientes; y con todo, Guatemala que nacía, bebió muerte a los pechos sangrientos de la tragedia. Un salto de pantera la estranguló, rasgó sus carnes, desnudó sus huesos y arrojó al viento sus entrañas. Los elementos se sublevaron contra una debilidad. El cielo se desplomó sobre ella, en diluvios como el del Génesis; el volcán la barrió con sus correntadas, la lapidó con sus piedras y la azotó con sus árboles desgajados; y como si no fuera bastante, la tierra la sacudió—tal una mano formidable a un nido—con sus terremotos....

En aquella noche de horror—acaso la más negra y trágica de América—surje la angustia en viudez de una figura sombría y doliente, como vestida de la tiniebla misma que la envolvía: la Gobernadora, Sin Ventura, loca de amor ante un cadáver como la reina de Castilla, rodeada del trémulo espanto de sus damas de honor. Enloquecidas, roncas de gritos e hinchadas de llanto, huían desesperadamente por las habitaciones enlutadas, alzando al cielo hostil las plegarias y los ojos—aquellos ojos que pronto se apagarían y que conservaban, tal vez, la visión de la huerta valenciana, de la campiña gallega, del esplendor madrileño o del jardín andaluz. Y esas damas, que con doña Beatriz vinieron a vivir felices al sol de América; aquella naciente gracia que aquí amanecía; aquella juventud de frescura, de risa y de fragancia, hecha a los madrigales de la poesía cortesana y a dorar con su esplendor alfombras y estrados.... fué aquí mismo, de pronto, un lamentable y mísero montón de carne temblorosa, un rebaño despavorido y tiritante, que pereció aplastado por el oratorio de su refugio postrero o ahogado de fango en el turbión de las aguas monstruosas y negras. Pobre encanto rosa y nieve, estrujado prodigio de seda y oro, eran "veinte doncellas, muy gentiles mujeres, hijas de caballero y de muy buenos linajes", según

las propias palabras del magnífico conquistador don Pedro de Alvarado, que antes que ellas había muerto, como para galantemente esperarlas, casco en mano, a las puertas de la gloria. Más que una catástrofe, aquello fué un asesinato. Bien supo Tarquino decapitar sus flores.

¡Que escenas, como para el bronce de Esquilo o el hierro de Shakespeare, las de aquella noche de angustia y de tinieblas, las de aquellas horas de pavor milenario, aullantes de gemidos y de enorme clamoreo de desesperación! ¡Qué poderoso calofrío hace correr largamente por nuestra historia esa Doña Beatriz, que ahoga en luto el primer palacio de los Capitanes Generales y que en su agonía como que pudo teñir los cielos con el negro de su propio dolor!

Muchos soles han envejecido desde entonces sobre este paisaje que no se cansa de ser bello; muchas auroras han pontificado desde el ventanal de ese horizonte entre volcanes; mujeres y rosas han nacido, perfumado y muerto. Enterrada, la ciudad misma que aquí rememoramos, como que caminó subterráneamente para reaparecer a poca distancia, en una resurrección de grandeza y poderío. Vivieron y desaparecieron generaciones. La Colonia es una remembranza cada vez más lejana. Pero nada, ni la vida misma que nos rodea de inmortalidad y de frescura, puede hacer olvidar el trágico recuerdo, que el tiempo ha convertido en una suave melancolía.

Allí están para impedirlo esos desamparados muros, que la arena sigue ahogando, como si no estuviera saciada todavía. Deténgase, pues, el caminante, como lo requiere la lápida conmemorativa que hoy venimos a dejar en ellos; medite la piedad frente a la mutilada estrofa del tremendo poema de la catástrofe que empañó la aurora colonial; inclínese la sagrada emoción del peregrino sobre esas piedras que supieron de sudores de agonía—y llévese, más que en las manos en el alma, una azucena de tradición y la vara de nardos de la leyenda.

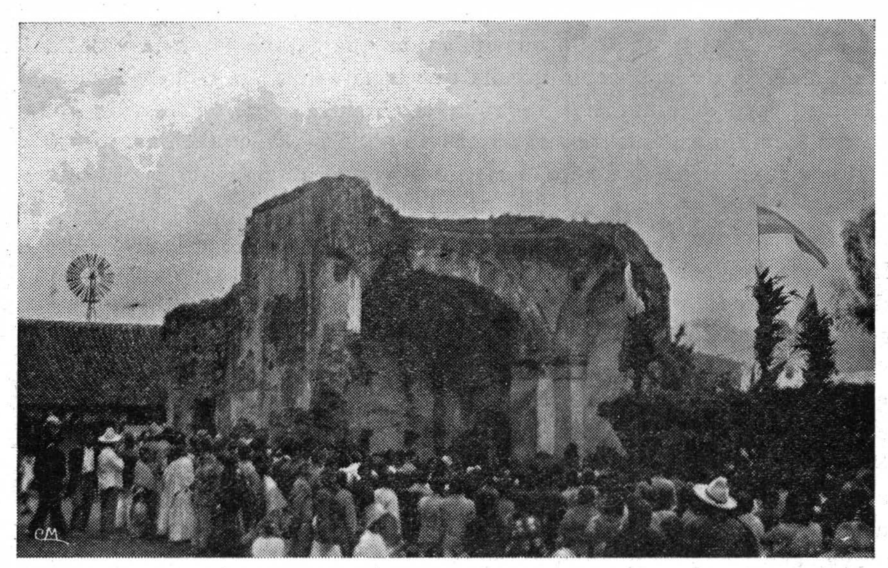


FOTO C. VILLACORTA

Ultimos vestigios de la que fuera regia mansión de la "Sin Ventura" Doña Beatriz de la Cueva.—Aspecto que ofrecía este lugar en el momento de las fiestas llevadas a cabo por la Soc. de Geografía e Historia.

DISCURSO

Del Excelentísimo señor Ministro de Nicaragua al descubrir la Placa de Bronce que la Legación y Colonia de aquel país acordaron colocar en el edificio de la antigua Universidad de San Carlos Borromeo.

Señores:

Hablo en nombre de la colonia nicaragüense y en el mío propio, como representante de un país hermano y amigo para el cual son comunes, igualmente sentidas, vuestras alegrías y vuestros pesares; nosotros, al participar en este hermoso y espléndido festival, no somos intrusos, somos miembros de una misma familia que aportamos nuestro contingente de amor y de cariño en el curso de vuestra vida colectiva, de tristeza y de dolor, en vuestras desgracias nacionales, de aplauso y alegría en vuestra prosperidad y vuestras glorias.

Símbolo de confraternidad centroamericana, ofrenda de amistad sincera que, cual flor del corazón brota lozana y hermosa en el terreno fecundo de solidaridad fraterna, al calor de entusiasmos patrióticos y de los más nobles sentimientos de intensa simpatía, eso representa el bronce conmemorativo que la legación y la colonia nicaragüense consagran, como homenaje de agradecimiento a este país hermano, eminentemente altruista y hospitalario, en ocasión en que celebra con esplendidez digna de su alta cultura, uno de los acontecimientos históricos que marca el principio de su vida colonial: la fundación de la ciudad de Guatemala por el célebre conquistador Don Pedro de Alvarado, en el valle de Iximché, hoy campo desierto y solitario, el que fué en un tiempo la suntuosa capital del poderoso reino cachiquel.

Este acontecimiento, que se conmemora en su cuarto centenario, es esencialmente centroamericano, porque las cinco repúblicas en que hoy está ficticiamente dividido nuestro bello istmo, formaban entonces una sola entidad territorial y política; y digo ficticiamente, porque en el fondo de todas ellas alienta un solo corazón que vibra con palpitaciones de ansiedad y de esperanza por el magno ideal de la unión nacional, garantía de progreso, de engrandecimiento, de paz y de libertad para Centro América: es por esto, repito, que la colonia residente de Nicaragua se cree con justicia en el deber de tomar participación en los festejos acordados para celebrar un hecho notable y trascendental, que considera como propio, invocando el sentimiento nacional del más puro centroamericanismo.

La fecha memorable, 25 de julio de 1524, y el hecho trascendental en ella verificado, marcan la línea divisoria entre la guerra de conquista y el período colonial, y al evocarla surgen en nuestro ánimo por sugestión espontánea las remotas añoranzas de tiempos pretéritos, en que el patriotismo de los primitivos habitantes de este suelo consumaron por defenderlo los más grandes y heroicos sacrificios; y se vienen a la mente episodios sangrientos, escenas trágicas, nombres de guerreros montañeses dignos de la apoteosis, por el valor indomable con

que defendieron sus patrios lares. ¿Por qué no consagrar un recuerdo de veneración a aquellos jefes primitivos cuyos nombres parecen sepultados en la noche del olvido, y la historia los inscribe entre resplandores de leyenda....? ¿Por qué, después de cuatro siglos la justicia humana, siempre tardía, no ha tributado el bien merecido homenaje a los bravos y egregios caciques que ofrendaron su sangre y su vida en defensa del suelo nativo....?

Tiempo es ya, señores, de que apartando los convencionalismos de la vida moderna, adversos a los sentimientos de equidad, surjan aquellos paladines indígenas, honra de las selvas centroamericanas, a la vida espiritual de la generación contemporánea para ser venerados por su remota posteridad en mármoles y monumentos consagrados a su gloria.

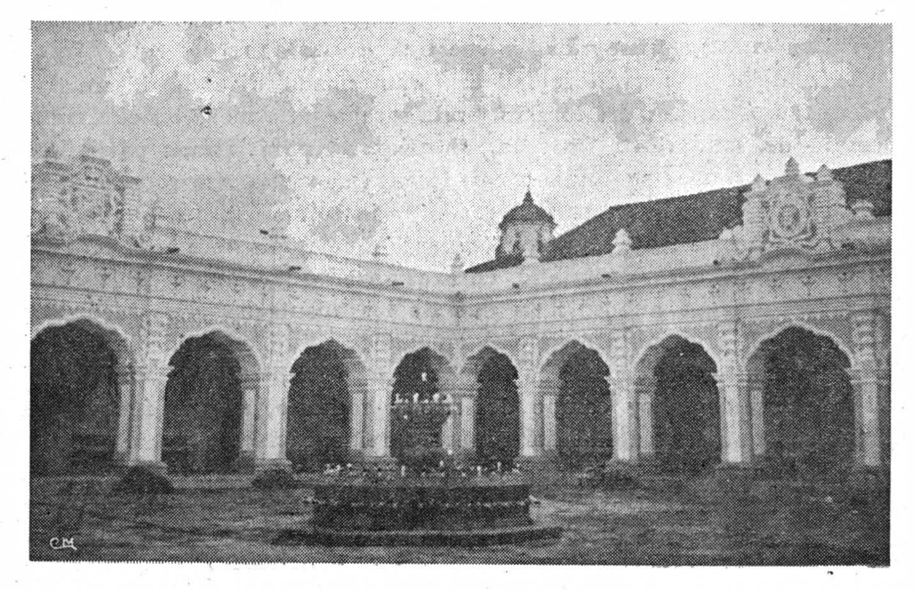


FOTO. C. VILLACORTA

Antigua Guatemala.—Universidad de San Carlos Borromeo
Aspecto que ofrecía el espléndido patio la noche del Baile, el 27 de julio.

Cada una de las antiguas provincias de la Capitanía General o Reino de Guatemala, tiene su representativo glorioso en la raza primitiva, de quien puede vanagloriarse. Tecún Umán en Guatemala, por su gloria eminente, es una cima tan elevada como la enhiesta cumbre de sus montañas del Norte: este noble príncipe hijo de Quicab Tanú, el sexto nieto de Quicab el Grande, fué el primero que a la cabeza de doscientos mil hombres, voló a los campos de batalla, y enfrentándose al invasor español opuso formidable resistencia, libró combates tan sangrientos que los ríos se tiñeron de sangre, manto de púrpura que cubrió como símbolo de gloria a las víctimas inmoladas en defensa de la patria y de sus santos fueros; Tecún Umán sin arredrarse por las derrotas sufridas, siguió luchando hasta rendir su vida en combate singular con el jefe castellano....

La república de Honduras ha embellecido las páginas de su historia con la apoteosis del indomable y heroico Lempira, que convirtió en olimpo la altura de El Cerquin, y con el filo de su macana mantuvo a raya durante seis meses al ejército conquistador, y solamente sucumbió víctima de la más infame y pérfida felonía, que ha merecido en todos tiempos las maldiciones de la historia.

La República de El Salvador honra la memoria de Atlacatl, valiente defensor del señorío de Cuscatlán, que murió mártir por haber humillado con su tenaz resistencia la soberbia del conquistador Don Pedro de Alvarado.

Nosotros, en Nicaragua, tenemos al valiente y astuto cacique Diriangén que en la famosa batalla del 17 de abril de 1523, derrotó en los campos de Nandapsia a Gil González, uno de los más famosos y aguerridos capitanes de las huestes españolas, quien se vió obligado a levantar el campo durante la noche, y en son de completa derrota salió del territorio nicaragüense, perseguido por los indígenas de Zoatega; algunos historiadores afirman que Diriangén fué derrotado, pero es bien sabido que, en buena ley de la guerra, al ejército que abandona el campo furtivamente frente al enemigo, no se le otorgan los laureles de la victoria.

Costa Rica rinde homenaje al excelso cacique Urraca, quien defendió su suelo nativo durante nueve años y murió de tristeza en el seno de sus montañas, por no sobrevivir a la esclavitud de su patria.

Estos recuerdos, además de ser un acto de justicia social al reconocer las virtudes de una raza que supo cumplir con su deber antes de caer en esclavitud, encierran útiles enseñanzas para las generaciones del presente, porque ellos demuestran que no se debe omitir sacrificio alguno por la patria, hasta ofrendar la vida en defensa de su autonomía, y que para la dignidad de hombres libres, vale más morir con gloria que vivir esclavo.

Señores:

Al colocar nuestra placa conmemorativa en este edificio grandioso y monumental por su importancia histórica, nos cabe la grata complacencia de cumplir con el deber de consagrar nuestros votos de admiración y gratitud a la memoria veneranda de los nobles y generosos fundadores de la Universidad de San Carlos Borromeo, que fué instituída por iniciativa y esfuerzos perseverantes del varón excelso Don Francisco Marroquín, Obispo de Guatemala, quien trajo a Centro América los primeros rayos de luz que difundieron la cultura por todos los ámbitos del istmo. Fué la primera Universidad que se estableció en el Continente, durante la época colonial, y su influencia bienhechora se hizo sentir en varias generaciones hasta que, en la evolución progresiva de los tiempos, ha venido transformándose en instituciones similares reclamadas por los adelantos de la pedagogía moderna; pero siempre Guatemala, la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros, ha mantenido su elevada categoría de ilustre metrópoli centroamericana, en cuyos Institutos y Universidades, muchos de nuestros connacionales y algunos de los que estamos aquí presentes, hemos

recibido la instrucción profesional y facultativa para terminar nuestra carrera y poder ser útiles a la sociedad: tal es el motivo de nuestra devoción y cariño por esta hermana república, a la cual consideramos como nuestra segunda patria, consagrándole iguales sentimientos de gratitud y leal adhesión que a nuestro propio suelo nativo.

Nicaragua y Guatemala están íntimamente ligadas por vínculos estrechos que las encaminan con idénticos ideales a la finalidad de un común destino, por relaciones de semejanza y otras razones sociológicas en los primeros pasos de su desarrollo; parece que la Providencia las impulsa y encamina misteriosamente a un acercamiento íntimo de amistosa cordialidad. En 1524, el 25 de julio, se fundó la ciudad de Guatemala, en el mismo año y en el propio mes de julio, Francisco Hernández de Córdova fundó la ciudad de Granada, la primera en Nicaragua, en las márgenes del gran lago llamado entonces Cosibolca, en los dominios del cacique Nequecheri; en 1675, se estableció en León el Colegio Tridentino, y en 1676 se inauguró esta célebre Universidad de San Carlos Borromeo; el volcán de agua destruyó la primera capital de Guatemala, en el año de 1541, y el Momotombo destruyó la primera capital de Nicaragua, hoy León Viejo, por manera que nuestros dos países han sido hermanos en sus adelantos y en sus desgracias; ojalá que tan raras coincidencias sean un presagio feliz para el mantenimiento inalterable y creciente de nuestras buenas relaciones y perfecto acuerdo internacional.

Que Guatemala, la bella Guatemala, persevere en su noble altruísmo, conservando y aumentando sus prestigios como madre intelectual de todos los hijos de Centro América que vienen a su seno con propósitos laudables, con ansiedades de luz, ciencia y trabajo; que bajo la administración progresista y honorable del excelentísimo señor Presidente General José María Orellana, este bello país, cuna de sabios, de héroes y de patriotas eminentes, continúe su marcha bonancible de orden, de paz y garantías, para que veamos realizadas en no lejano porvenir la prosperidad y grandeza de la nación que le ha confiado sus destinos y que tan sabia y dignamente gobierna.—*He Dicho.*

Si Ud. quire contribuír con buena intención y acierto a la resolución de los problemas presentes de su país, estudie primero y medite la historia de su país. Sin ese conocimiento previo, sus argumentos serán seguramente quiméricos y faltos de base.

LA PRIMERA IMPRENTA

Alocución pronunciada por el Socio Mariano Zeceña, al ser descubierta la placa conmemorativa en el Palacio del Ayuntamiento en Antigua Guatemala.

Señores:

Cuenta la leyenda que fatigado Gutenberg por el esfuerzo físico y mental que demandara la invención de sus caracteres movibles, se durmió.... Y soñó que se le presentaba una hada llorosa y vestida de luto que le habló así:

—¿Qué has hecho, Juan? Tu invento diabólico acabará con la paz del mundo. Has desatado las mil lenguas de la calumnia. La injuria tiene ya su trompeta. Morirá para siempre la santidad de los hogares, porque conducidos por tus letras infernales, se infiltrarán en ellos la inmoralidad y la mentira, la doctrina herética y la lectura malsana que extravían la mente y envenenan el corazón.... Has encontrado el más eficaz de los instrumentos para que los desvergonzados endiosen a los déspotas aplaudiendo vilmente sus torpezas y adulando rastreramente sus pasiones.... Tu satánico invento, será arma poderosa en manos de los malvados: con ella destruirán los imperios, acabarán con la autoridad paternal de los reyes y de los pontífices y lanzarán a los hombres al infierno de la anarquía. Las conciencias sublevadas, no encontrarán ya su centro de reposo.... Y te maldecirán, desgraciado malhechor de la Humanidad....!

Ya corría delirante Juan a destruír sus moldes y a convertir en pedazos su máquina, cuando se le presenta el hada blanca, sonriente y esplendorosa, los albos velos ondeando al céfiro.

—¿A dónde vas, Juan? Tu invención divina redimirá a la Humanidad. La redimirá de la mentira y del engaño. Merced a ella la Ciencia se difundirá por el mundo entero, la Justicia obtendrá su triunfo y los cerebros se abrirán al fulgor de la verdad. Las ideas volarán impalpables en alas de tus maravillosos caracteres y a la luz que irradian, morirán las tinieblas del error.... Has inventado la piqueta demoledora de la Injusticia y de la Tiranía, porque tus letras, conmoviendo sutilmente las conciencias y enlazando las voluntades, ahogarán la una y harán trizas las cadenas forjadas por la otra.... No la destruyas porque entraña la libertad de los cerebros y la libertad de las conciencias.... Tu invento, más trascendental que todas las revoluciones y que todas las doctrinas de los filósofos, solidariza a la humanidad porque pone en contacto íntimo a todas las inteligencias, liga todas las almas y las unifica en el conocimiento de la verdad. Tus letras tras-

portarán la idea por todo el orbe; y haciendo de la libertad un solo pensamiento y venciendo para siempre a la ignorania, los hombres elevarán el himno inmortal de la liberación ante los despojos del cetro, de la espada y de la tiara.... ¡Salve Redentor! ¡Ave Gutenberg! El Sol del porvenir te saluda....

*
* *

Pues bien: el hada blanca descendió hasta nosotros, compenetrada con el espíritu exquisito de Fray Payo Enríquez de Ribera. Y fué en esta casa en donde se estableció, por primera vez en Guatemala, ese instrumento maravilloso de cultura a iniciativa de tan insigne varón. Por



FOTO. C. VILLACORTA

Antigua G. - Palacio del Ayuntamiento y casa donde estuvo la primera imprenta.

eso, este lugar venerable para cuantos amamos y deseamos el progreso de nuestra patria, debiera de ser como la Meca de los intelectuales guatemaltecos, a donde vinieran año con año en romería de homenaje y de gratitud.

Pero paréceme también que cometemos una injusticia: esa placa debiera ostentar el nombre del autor del "Explicatio" enlazado con el de nuestro primer tipógrafo, el insigne obrero don Joseph de Pineda e Ibarra. ¿No os imagináis que esos dos nombres enlazados forman un bello símbolo? El cerebro en estrecho consorcio con el músculo; la inteligencia que concibe la idea y el arte que la difunde; la luz y la fuerza consciente—dos polos de un mismo eje—redimiendo al mundo...

He Dicho.

EL GRAN POETA GUATEMALTECO

RAFAEL LANDIVAR

Alocución del Licenciado Salvador Falla al ser descubierta la Placa Conmemorativa, en la casa de la Antigua, donde es más probable que naciera Landívar. 1731–1793.

Señores:

Sin otro móvil que el interés de la investigación científica en bien de Guatemala, y siguiendo el ejemplo de países cultos para quienes hay antigüedades venerables, la naciente *Sociedad de Geografía e Historia,* al volver los ojos al pasado, ha querido iniciar sus patrióticas labores rememorando el 25 de julio de 1524, fecha en que se fundó en territorio centroamericano la primera ciudad española, con el nombre del "Señor Santiago", en el lugar que los indios llamaban Iximché o Tecpam Cuauthemalán, asiento de los cakchiqueles, *riñón de toda esta tierra para su conquista y pacificación,* según palabras de don Pedro de Alvarado. Allí el conquistador, siguiendo la vieja tradición del gobierno popular y local, para atenuar en lo posible el absolutismo de la monarquía, o para que los pueblos se hicieran la ilusión del gobierno propio, nombra los ediles del Cabildo que debiera gobernar la ciudad.

Y ha querido también nuestra Sociedad que varios de sus miembros hagan uso de la palabra en esta grata recordación, al descubrir las diez placas conmemorativas que serán colocadas aquí, en San Juan del Obispo, Ciudad Vieja, Tecpán e Iximché; y es obedeciendo a esa disposición que vengo yo inmerecidamente a deciros en breves frases que esa placa que estáis leyendo, protesta contra un olvido ingrato, y estímulo del presente, recordará a la generación por venir que aquí, en Antigua, *en esta casa, nació el 27 de octubre de 1731, el gran poeta de la América colonial, Rafael Landívar. (1)*

Landívar era hijo de don Pedro Landívar y Caballero, Comisario general de Caballería, y de doña Juana Xaviera Ruiz de Bustamante. Familia distinguida y acomodada era aquella, propietaria de casas en esta ciudad, de alfalfales y de dos esclavos. Era también asentista del estanco de pólvora y salitre.

Pronto reveló el niño sus felices disposiciones intelectuales, y nada omiten sus padres para educarlo convenientemente en el hogar doméstico; y buscan maestros que le enseñen a leer, escribir, contar y

---

(1) No habiendo certeza de la casa en que el nacimiento tuvo lugar, la colocación de la placa se hizo provisionalmente; pero mientras esta circunstancia no se averigua, la Sociedad de Geografía e Historia hubo de rendir el homenaje debido al ilustre poeta.

gramática, antes de pasar al colegio de San Borja, de notable fama en aquel entonces; y tantos son sus adelantos que muy joven recibe el título de Maestro en Artes, en aquel centro que habría de ser un semillero de hombres ilustres, la Real Universidad de San Carlos, fundada durante el gobierno de un rey y favorecida con la munificencia generosa de un obispo, el primero de la colonia, el insigne y piadoso doctor Francisco Marroquín; y aquella Compañía de Jesús, que ha venido ejerciendo en colegios y Universidades su influencia docente, desde el siglo XVI, lo acoge a los 19 años de edad, en su noviciado de Tepotzotlán, México, en 1750.

No había el joven Landívar acopiado en los claustros universitarios su caudal de ideas, para hacer de ellas, con egoísmo intelectual, una especie de cenobitismo científico, sino para transmitirlas en comunión espiritual a la juventud que le escuchaba. Así fué cómo vuelto a su patria, regenta el colegio ya citado de San Francisco de Borja que le acogiera en sus primeros años; desempeña la cátedra de Filosofía, de la Filosofía que es la mentora del pensamiento en el intrincado laberinto del saber humano, y enseña retórica, que es el arte de decir bien lo que se piensa, de hacer sentir mediante el análisis crítico, la belleza, que es el esplendor espiritual oculto en el fondo de las cosas. A usanza de los jesuitas, pone en manos de sus discípulos, los clásicos antiguos, los eternos maestros del Arte. Cuántas veces, entre los varios géneros de poesía cultivados por Horacio, que escribió para la humanidad, les recordaría aquellos preceptos de actualidad en todo tiempo: "El principio y fuente de escribir bien es saber"; "suave en la forma pero vigoroso en los propósitos"; "por amor a la brevedad no los hagáis obscuros"; "la norma de hablar es el uso"; "que el docto recuerde y el ignorante aprenda"; "ánimo sereno en la fortuna adversa, prudente si el viento favorable sopla"; "si quieres verme llorar, llora tú también"; "el águila fiera no engendra palomas", etc., etc.

Decretada por el rey Carlos III la expulsión de los jesuitas de España y sus dominios, tocóle al P. Landívar seguir la suerte común a la Compañía. Y a nuestra Sociedad, al venir a enaltecer la memoria del guatemalteco ilustre, le acontece hacerlo, hoy hace precisamente 157 años, cuando el 27 de julio de 1767, el proscrito, después de haber llegado la víspera a Omoa, seguía con 10 religiosos más, compañeros suyos de infortunio, la ruta del destierro. Coincidencia de fechas para una débil reparación espiritual, póstuma y tardía. Reside en Italia y cierra los ojos para siempre cristianamente, el 27 de septiembre de 1793, en extranjero suelo, en Bolonia, sin tener la dicha de morir bajo la mirada enternecida de su patria, como muriera su gran maestro Virgilio.

¿Morir? No. Los poetas, los verdaderos poetas, esos seres privilegiados que llevan un néctar purísimo en el corazón y una aureola de luz en la frente, según la expresión de Castelar, no mueren: estrellas de magnitudes diferentes, forman una constelación en el cielo del Arte. Pasó el filósofo, pasó el teólogo, pasó el humanista; pero vive y vivirá el poeta en su poema inmortal RUSTICATIO MEXICANA.

Por ese secreto misterioso del destino que labra el mármol de nuestra existencia, los 26 años del destierro, vividos en la patria del arte y de los grandes maestros, contribuyeron a dar vuelo seguro a la imaginación del poeta, y a aquilatar en él el amor a lo bello.

Al fin se hace justicia al poeta olvidado por sus compatriotas, sus compatriotas que lo olvidan, porque la lengua latina en que escribe no es de comprensión popular; pero él recuerda siempre el caro suelo que le vió nacer, y desde el extranjero le dirige anheloso este ferviente saludo:

¡¡Salve, cara parens,
Dulcis Guathimala, Salve!!

que un poeta guatemalteco, J. Domingo Diéguez, ha traducido así:

Salud, salud, oh dulce Guatemala,
Origen y delicia de mi vida,
Deja hermosa, que traiga a la memoria
Las dotes, las ofrendas que convidas,
Tus fuentes agradables, tus mercados.
Tus templos, tus hogares y tu clima.
.. ..
.. ..

No obstante el calificativo de mexicana que dió a su obra, esta amena pintura de la naturaleza y de escenas campestres, aplicable a toda nuestra América, es el vívido recuerdo de la patria ausente: el cultivo de la cochinilla y de la caña de azúcar, la elaboración del añil, la cría y doma del ganado, los mercados, los volcanes, la dulzura de clima, las carreras de caballos, la lidia de toros, todo esto es esencialmente guatemalteco, centroamericano.

Cantos de ese poema han sido traducidos por escritores hispanoamericanos: *La pelea de Gallos,* por Heredia; *Los Lagos de México,* por don Joaquín Arcadio Pegaza, y *La Lidia de Toros,* en versos magníficos, por nuestro poeta laureado don Juan Fermín Aycinena. Escritores peninsulares han escrito que el P. Landívar se colocó con ese poema entre los más excelentes poetas que puedan encontrarse en la moderna latinidad. Lástima grande que el ilustre antigüeño no hubiese escrito

en lengua castellana sus célebres cantos. A haberlo hecho así, dice el eruditísimo Menéndez y Pelayo, el P. Landívar, por su asombrosa condición de poeta descriptivo, habría podido arrebatar la palma en este género a todos los poetas americanos, sin excluír al eximio Andrés Bello, el cantor de *La Agricultura de la Zona Tórrida.* A haber escrito en español, podemos agregar nosotros, los motivos nacionales de su poesía lo habrían hecho tan conocido y popular como Fray Matías Córdova, Goyena, José Batres Montúfar y Juan Diéguez.

Señores: satisfecha tiene que estar esta vieja ciudad, que sus fundadores llamaron por su linaje de los *Caballeros de Santiago de Guatemala,* por ser la cuna del P. Landívar, calificado como uno de los primeros poetas de nuestra América.

Satisfecha tiene que estar esta Antigua Guatemala, a pesar de sus contrastes; con sus ruinas monumentales que entristecen, pero que el arqueólogo estudia, el poeta contempla y al turista atraen, y que el observador reconstruye con leyendas encantadas y recuerdos históricos; ciudad con sus reminiscencias gloriosas y con días enlutados por amargos sufrimientos, pero con sus aguas diáfanas como un cristal, y sus flores esmaltadas con la luz de un cielo siempre azul, límpido como la conciencia del que ha sabido cumplir con su deber; aprisionada por los altozanos y volcanes que la circundan, pero con los frondosos cafetos que nos dan a beber un rayo de sol en los corales de fruto delicioso; ciudad adormida al pie del coloso que las contempla desde su cúspide coronada de ancianidad, y que le tiende el manto de su falda recamado con las esmeraldas de sus sementeras.

Diríase la imagen del dolor, velada ante el banquete de la vida y de la esperanza!



FOTO. C. VILLACORTA

Van escaseando ya en los pueblos indígenas las preseas del antiguo y lujoso ritual religioso. Mucho ha sido llevado al extranjero y vendido allí a museos y particulares. En el desfile del 25, todavía se exhibieron reliquias de esta clase.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Alocución del General J. Víctor Mejía al descubrirse la placa en honor del ilustre soldado-historiador.

Señores:

Conmemorando el IV centenario de la fundación de la primera ciudad de Guatemala, la Sociedad de Geografía e Historia ha querido enaltecer a hombres insignes de otros pueblos que dejaron sus hogares del antiguo mundo para venir a éste en cumplimiento de la altísima misión de constituír la Patria común, la más grande que concibiera el genio español, después de la victoria de Villalar. Dominadas las comunidades españolas iníciase la conquista del Continente americano, y la lucha hispana se dilata no sólo en Europa sino en América, en donde toma proporciones colosales desde el río Mississippi hasta el estrecho de Magallanes.

La historia de España del siglo XV encierra los heroísmos más grandes de los pueblos que se han lanzado a proezas extraordinarias: sorprenden los atrevimientos de puñados de hombres que penetran en nuestro territorio inexplorado, resueltos a vencer a una raza heroica, salvando toda clase de obstáculos contra la misma naturaleza. Al acometimiento de tamaña empresa, vino un hombre que se llama Bernal Díaz del Castillo: él fué soldado que acompañó a Hernán Cortés en 119 acciones de guerra, y fué también notable historiador del país hermano, de la invicta tierra azteca. Aquel soldado e historiador fué en grado sumo, representante de una gloriosa y brillante cooperación de la milicia y de las letras, ya que ellas jamás han estado reñidas con la cultura, la laboriosidad y el progreso.

En este momento descubrimos esta placa que, al mismo tiempo que es recuerdo, honra y merecimiento, trae a nuestra mente algo, que si el caso no fuera de festejo y de cultura, diríamos que sería doloroso.

¡Lástima grande no poder saber la fecha precisa en que murió este gran soldado y este insigne historiador que vivió en esta casa y que escribió aquí!

La incuria de los hombres no nos lo supo legar; pero ahora viene la Sociedad de Geografía e Historia a buscar, con acuciosidad, la verdad por tanto tiempo olvidada, cual si los hechos pasados nada importaran, ni importaran tampoco las enseñanzas de los hombres. Si la Sociedad, en nombre de la cual hónrome hablar, no tuviera otra misión que la de revivir estos hechos, sólo esto le daría honra y gloria.

Sirva esta placa de ejemplo y orgullo a los organismos de sociedades y de pueblos. En esta casa, en donde vive y vivirá por siempre el recuerdo de un soldado que hace honor al gremio militar esgrimiendo su espada en bien de su amada patria y en nombre de una religión, tal como más tarde lo hizo el Manco de Lepanto, vivirá también el hombre de letras que defendió los fueros de la civilización, haciendo a un lado su arma favorita para empuñar la pluma y ofrecer a la posteridad páginas gloriosas, como hilos invisibles con que Dios engarzó en él la naturaleza de las cosas.

¿COMO DEBE CONCEPTUARSE LA CONQUISTA DE ESTOS PUEBLOS?

Discurso pronunciado por J. Fernando Juárez Muñoz en nombre de la Asamblea Nacional Legislativa, el día 28 de Julio, en la ciudad de Tecpán Guatemala.

Señoras, señores:

La Representación Nacional, poniéndose en un plano de justicia, ha elevado a la categoría de Ciudad a la Villa de Tecpán Guatemala, en conmemoración del nacimiento de la ciudad Capital en el Valle de Iximché, y quiso dejar constancia histórica en su participio en estos hermosos festivales que son exponente de cultura, fijando en sencilla placa, un recuerdo del suceso que festejamos.

Por estas serranías, por entre el boscaje de estas montañas, las huestes españolas que comandaban los hermanos Alvarado, tuvieron los últimos encuentros con las legiones guerreras de los viejos Reyes Cakchiqueles, aquellos indómitos aborígenes que supieron morir por su libertad. Quetzales humanos que prefirieron la muerte a la esclavitud!

Estaba escrito que estos, antes fieros pueblos, deberían doblegarse al soldado conquistador! Fué más fuerte el español, y la conquista se realizó mediante el precio de una sangre pura y generosa, como la de los descendientes del gran Valum-Votán.

Estaba escrito que estas vírgenes tierras, que no supieron antes del paso de legiones que vomitaran fuego y sembraran el terror por donde posaran su planta, habían de ser patrimonio de otros hombres, de distinta raza, de otras costumbres y de diferente culto. Los agoreros, los zahoríes, en un tiempo dijeron que pasadas muchas lunas, llegarían al país unos hombres raros, hermosos como los dioses, bravos y fuertes, que se adueñarían de estas tierras y serían los amos y señores de ella. No pocos tristes cantos aborígenes vaticinaron la conquista; y estos augurios, desconocidos de los invasores, fueron los que pusieron una base firme para la conquista. Jamás, de otra suerte, los soldados de Cortés hubieran podido penetrar a la guarida en donde el león indígena dormía seguro de asechanzas y traiciones. Jamás los bravos capitanes españoles hubieran podido hollar este suelo libre, si los indios no hubieran contado de antemano con la sumisión que deberían a los tehules y se sometieran a ellos, en cumplimiento de una profecía sagrada!

Se ha creído que la conquista se debió especialmente a la valentía de los soldados de Alvarado, porque se ha ignorado siempre que los aborígenes, siguiendo las ideas religiosas que tan íntimamente estaban ligadas a su historia, tuvieron tales vaticinios.

Pero ello no obstante, la lucha fué cruenta; los indómitos hijos de Tecún no abandonaron sus lares, sino hasta cuando comprendieron su impotencia y se rindieron sus cuerpos, pero jamás sus voluntades. Altos, tremantes y fieros, sus corazones permanecen libres a través del

tiempo y esperan que un día—vaticinado también—recuperen sus dominios, los que recibieran de la madre Naturaleza en herencia de sus remotos antepasados.

La conquista se hizo realidad tangible cuando, hoy hace cuatrocientos años, se fundara de modo rudimentario, si se quiere, la primera capital de un reino que sería tributario de una dominación que extendía sus tentáculos por toda la redondez de la tierra. Los sacrificios realizados por los católicos monarcas españoles, tuvieron por corolario un mundo nuevo, pleno de una civilización que por desgracia no pudo amoldarse a la que trajeran los conquistadores.

No seré yo, señores, quien haga recuentos históricos; de intento he de evadir hablaros de fechas y de haceros juicios críticos del pasado: esto es por ahora patrimonio muy suyo de la Sociedad de Geografía e Historia, docta Corporación a cuya iniciativa se deben estos festejos. Ella ha de ser la que os haga recordar todos los hechos que se esconden en las nebulosidades de la historia guatemalteca.

La palabra oficial que yo traigo, en nombre de la Asamblea Legislativa de la República, ha de tocar otros puntos de orden distinto, lo más someramente posible, ya que no es dable en un discurso de circunstancias, hacer las profundas consideraciones que el asunto demanda.

Mi punto de tesis será el siguiente: La conquista de estos pueblos, cambiando por completo el rumbo de su civilización, ¿debe conceptuarse como un bien o como un mal?

Los hombres nacen libres. Esa libertad como una resultante de su propia e inherente responsabilidad, los empuja a su perfeccionamiento individual; y lo que pasa en la unidad, pasa en el conglomerado. Los pueblos se formaron por la yuxtaposición—permítaseme la palabra—de unidades libres. Así llegaron a tener consistencia los pueblos primitivos, y en sucesión siempre creciente, nacieron las naciones, grandes unas, pequeñas las otras. Dentro de su propia conveniencia desarrollaron, unas en pos de otras, civilizaciones cada vez más acordes con la finalidad progresiva que es meta de las humanidades. Entremezclados los habitantes de todos los pueblos conocidos, se comunicaron entre sí las conquistas alcanzadas y se fué afinando, siglo a siglo, el progreso de las naciones tipos.

Desde las remotidades de la Historia aparecen las diferentes razas, cuando fué realidad positiva la existencia de los antiguos y ya desaparecidos continentes, la Atlántida y la Lemuria. Esos pueblos que vivieron entonces tuvieron su civilización de tal modo avanzada que les permitió constituirse en pueblos directores, pueblos tipos, que llama la Antopología moderna.

En estos continentes, cuyo pasado remoto hasta ahora comienza a surgir lleno de sorpresas, ya existían pueblos grandes, de cultura enorme; y si hemos de aceptar por entero las conclusiones de eminentes buscadores científicos, habremos de convenir que es muy posible que los pueblos del lado de América, sean más antiguos que los de Europa. Los anales guardados por pueblos cunas de muchas civilizaciones, nos

están diciendo que por estas tierras se conocieron también los diluvios que cambiaron la faz del globo, aún antes de que tuviera lugar el bíblico cataclismo, de que fuera teatro la vieja Arabia.

Todo nos dice ahora que entre estas montañas había vivido una raza fuerte y grande. Ahí están, confirmando mis palabras, los soberbios monumentos que como prenda de una cultura muy superior, se yerguen todavía en las planicies del Petén y Yucatán; ahí están todavía los mismos aborígenes, con sus caracteres típicos de la raza Maya, diciendo que ellos, los que encontraran Cortés y don Pedro de Alvarado, no son sino descendientes de una gran raza, que pudo rivalizar con los egipcios y los persas de los Faraones y los Sasánidas.

Nada puede ahora contradecir tales afirmaciones. La época de investigaciones arqueológicas que vamos atravesando, con gran contentamiento de quienes gozan con los recuerdos de un pasado grandioso de estos pueblos, permiten asegurar, bajo la palabra de la Ciencia, que nuestros pueblos son y constituyen la herencia Maya. Si esto es así, debemos convenir que a la hora de la conquista los habitantes de estas tierras, no eran tal y como nos los quiere pintar un relato interesado, es decir semisalvaje, que fué necesario cazar como fieras, y que la obra de la conquista fué efectivamente civilizadora. No; eso se podía decir hace unos veinte o treinta años, ahora no, porque quien lo diga ignora la verdad de los hechos.

Estos pueblos tenían una civilización muy avanzada; diferente desde luego a la que traían los españoles, porque si es cierto que los lineamientos generales de la cultura son universales, también es verdad que en esto puede y debe tener aplicación el adagio latino, de que no hay nada nuevo bajo el sol. Las ruinas del Norte del Petén son semejantes a los viejos conventos de Toledo y las ojivas caprichosas de las ciudades moriscas, parecidas son también a las ojivas de Palenque y de Tulán, El soberbio palacio de los Reyes del Quiché, parecido tiene con los antiguos palacios de la vieja Roma. Y es porque los pueblos, como lo dijera al principio de mi discurso, se han trasmitido unos a los otros, los conocimientos que han ido adquiriendo. El saber no es ni puede ser patrimonio de unos pocos, porque Dios, que es Ciencia, abarca por completo la creación.

No será menester que os recuerde, señores, los mil motivos que existen para creer que estos pueblos poseían una civilización muy avanzada. A nuestra vista hay muchos testimonios de esta verdad incontrastable.

Pues bien, a la venida de los conquistadores, toda esa civilización hubo de perderse, y el pueblo que había andado gran parte del camino de su progreso, quedó estacionario, nulificado, y a poco borrado del concierto universal.

En cambio de la civilización que se perdía, ¿cuál fué la asimilación que estos pueblos tuvieron para la que trajeron los españoles?

La raza americana, perfectamente autóctona, no tenía que echar de menos nada de lo que constituye la idiosincrasia de los pueblos; costumbres, religión, artes, ciencias, leyendas, historia, política, todo lo tenía; y aun poseía el conocimiento pleno de cierto esoterismo en los diferentes ramos del saber, que permitía a sus clases dirigentes, gubernativas o religiosas, conservar la hegemonía que encuadraba su misión.

La conquista, sin borrar previamente, porque eso es imposible, las condiciones generales de estos pueblos, les enseñó otras costumbres, otra religión y otra lengua, dando vida a un hibridismo que es causa de todos los males que posteriormente han afligido a los pueblos iberoamericanos.

España no colonizó estas tierras. Si así hubiera sido, al igual de los pueblos dominados por Inglaterra, habríamos tenido sencillamente el transporte de una civilización de un punto a otro de la tierra y estos habitantes habrían asimilado mejor una cultura y unas costumbres que se les enseñaban con el ejemplo de los mismos colonizadores, que esa otra pseudo cultura que se les quiso enseñar con golpes de fuerza y con la nulificación absoluta de sus voluntades. ¡Jamás el esclavo abrirá su conciencia a su dominador!

Por eso digo que España no colonizó estas tierras, sino que las conquistó, que es diferente.

En nombre de una religión de amor, se encendieron hogueras para quemar a los infelices indios que no creían sino en Tohil; pero en cambio se les inculcó un fanatismo que sin salirse del culto fetichista que en mucho constituía su creencia, les formó un sentimiento religioso, de tal modo abigarrado que casi es una religión diferente. A las costumbres puras de los aborígenes, vinieron a sustituirlas otras muy distintas; y así la metomorfosis gradualmente fué nulificando aquella raza que pudo ser grande e irreductible.

Se ha creído, por mucho tiempo, que estos pueblos adquirieron la verdadera civilización desde la llegada de los conquistadores, y esto es falso; tenían la suya propia, por cierto muy avanzada. Lo que pasa es que nosotros, y con nosotros muchas generaciones han aprendido servilmente por cierto, a ver en la dominación española algo providencial para los libres pueblos de América, y más que contingente, esencialmente benéfico. No es cierto esto tampoco; y no debe perdurar tal creencia, desde que ya sabemos que aun antes de que vinieran las huestes conquistadoras, en estas tierras existía una cultura que podría parangonarse con la de allende el Atlántico. Lo que pasa es que por desgracia la historia de estos pueblos nos ha sido desconocida; y cosa rara, sabemos de los Faraones, de los Tibetanos y de los Arios, y no queremos

saber de nuestros antepasados, los indios Mayas. Conocemos toda la vida de los griegos, y no sabemos de donde vino Valum Votán; no es un secreto para nosotros nada de la historia de la Edad Media, y no sabemos, ¡no hemos querido saber!, de los grandes misterios de la corte del Rey Quiché; conocemos las ruinas del mundo antiguo, y las nuestras, ni sabemos si existen o no. Por esta causa es que hemos creído que los conquistadores trajeron a estos pueblos cultura y civilización, porque sus habitantes eran salvajes. ¡No, no lo eran! Pensaban y sentían de distinto modo, pero tenían civilización propia.

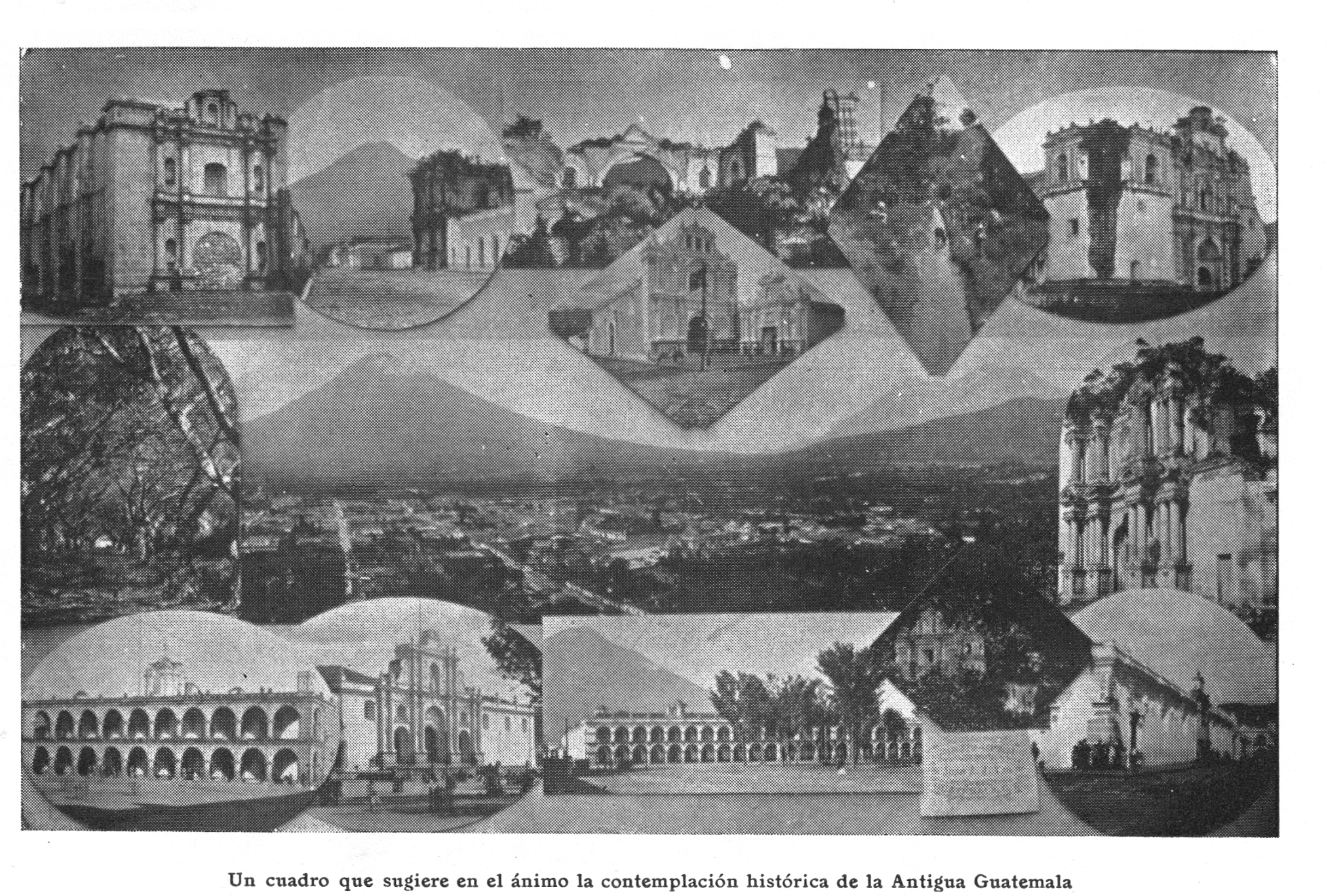
Cuando se haga luz en la historia precolombina, cuando se hayan descubierto los mejores testimonios de la civilización Maya, se vendrá en cuenta que la conquista, al estacionar una cultura netamente americana, convirtió estos pueblos en poco menos que parias, y les tornó sus costumbres, sus creencias y su vida toda, en algo híbrido que es génesis de todos los males que después sobrevinieron a Hispano América. Día llegará que recibamos mejores y más sabias lecciones del remoto pasado Maya, que las que recibiéramos de la vieja España.

Y entonces podremos responder a la pregunta que al principio expuse: ¿la conquista fué un bien o un mal para estos pueblos?

Señores:

Pongamos las manos en alto para aplaudir el esfuerzo realizado por la Sociedad de Geografía e Historia al iniciar estos festejos, que dicen mucho de nuestra cultura y de nuestro amor por nuestro pasado de gloria y de esplendores. Veamos en esta hermosa fiesta la capacidad con que sentimos lo que somos y lo que valemos. A través de 400 años la evolución que enrola a todas las naciones, como una inmensa rueda girando eternamente, ha logrado hacer de nuestra Guatemala un pueblo consciente de sus destinos; y que si perdura en nuestra sangre el sentimiento muy hondo de nuestra libertad, sabemos también convivir con todos los pueblos de la tierra, en una confraternidad internacional que nos coloca entre las naciones civilizadas.—*He dicho.*

La intolerancia, la intransigencia, la pasión política exagerada, son hijas frecuentemente de la ignorancia de la historia. Sembrar en el alma de la juventud un concepto nuevo, sólido y amplio de la historia, significa hacer Patria.



Un cuadro que sugiere en el ánimo la contemplación histórica de la Antigua Guatemala

LA FUNDACION DE GUATEMALA

Discurso del Licenciado don Antonio Batres Jáuregui, pronunciado en la ciudad de Tecpán Guatemala el 28 de Julio.

Señoras y caballeros:

Aquí se siente flotar, en estos momentos, algo misterioso, que viene de remotos tiempos, evocando recuerdos de generaciones desaparecidas; aquí se inició una de las más trascendentales mudanzas que presenciaron los siglos; aquí brotó, hace cuatrocientos años, el germen de la cultura grecolatina, de la civilización occidental, para el Centro de América. En este recinto de palpitaciones arcaicas, saturado de atmósfera diáfana, apareció en una mañana serena, el *Hijo del Sol,* cual divinidad sangrienta, con chispazos de gloria. Era un astro que, en su vertiginosa carrera, esparcía tempestad siniestra, sepultando, en los senos del tiempo, las razas primitivas de la parte más bella del Nuevo Mundo; de este istmo puesto por Dios, como un puente colosal, sostenido por volcanes, para que se enlazaran, en perpetuo abrazo, los dos grandes hemisferios de América, desde el período terciario.

Empero, antes del descubrimiento y conquista de este continente, que produjeron una metamorfosis estupenda, en la cual brotaron—en medio de acerbos dolores y congojas—otra raza y una cultura mundial, mucho más adelantada—acaecieron, en estas bellísimas comarcas, fenómenos siniestros, calamidades horribles, como que es ley de la naturaleza que las portentosas transformaciones, en lo físico y en lo moral, surjan entre cataclismos y sufrimientos. Diríase que se anunciaban sucesos nefastos para las razas primitivas. En 1514, hubo una guerra mortal, con los poderosos quichés, y el fuego destruyó a *Iximché,* la *tierra del maíz.* En 1520, el cólera morbus diezmó la numerosa población. Vino, en seguida, la viruela, a completar el exterminio, y hasta sucumbieron dos de los más célebres monarcas. El hambre hizo huir a los sobrevivientes, como si el Destino se hubiese propuesto llenar de plagas a los desventurados aborígenes, que iban a ser víctimas de una conquista intrépida, tan devastadora como maravillosa, y que, con el transcurso del tiempo, daría por resultado veinte Repúblicas, en las cuales se remozara la civilización latina, con ritmo resonante de vida y de cultura, constituyendo una entidad internacional de extraordinaria significación.

Escrito estaba, en las inexorables páginas de la historia, que de esa titánica lucha, habría de sobrevenir otra época para el mundo, y un violento desastre para los indígenas de América. Por impulso psíquico, por misteriosas causas, por palpitaciones del alma criolla, se presintió una hecatombe. Es que, en las grandes crisis humanas, en medio de la agonía, surge un eco aterrador que repercute por todas las edades.

Tal el grito de Job, que corresponde a un tremendo cambio de temperatura civil, efectuado bruscamente. Cuando el poderosísimo imperio sabino-itálico iba a desaparecer, se dejó oír, en la melancolía de Virgilio, un lamento desgarrador, el latido final de una grandeza que se extingue. Cuando la "Virgen del Mundo" salió al encuentro de las carabelas que buscaban otra tierra, un hálito de desolación cerníase sobre las razas vernáculas, que posteramente escucharon el fatídico vaticinio de la conquista.

Nótase en el continente americano, lo mismo que en el antiguo, que, en ciertas épocas, la civilización, semejante al sol, viene de Oriente a Occidente, y las invasiones llegan a los imperios cuando ha sonado el instante fatal de su caída. La raza indígena hubo de sucumbir al empuje de otra raza de allende el mar. Los ídolos cayeron de sus altares, y para siempre huyó el Sumo Sacerdote, revestido de amarillo luto, llevándose la biblia de sus tradiciones, el "Popol-Vuh" de su recuerdos. Empero, brotaba, a la vez, el germen fecundo de otra nueva progenie, de otro ciclo para el desarrollo humano, en todos los órdenes de la vida. Nacen las nacionalidades y las patrias, como los mundos, de cataclismos horrendos e ineludibles sufrimientos.

A los férreos soldados iberos tocóles—después de haber peleado heroicamente sus progenitores, durante ocho siglos—venir a América, para llevar a cabo proezas legendarias y el choque ciclópeo de una civilización avanzada con otra remota y decaída, que debía sucumbir. La América precolombina estaba en la edad de Piedra, desconocían el hierro y el bronce. No sólo los individuos perecen, sino todo cuanto existe. La conquista se hallaba históricamente preparada, mediante un concurso de causas promovidas por los albores del Renacimiento, y a mérito de los sucesos varios que, en guerras bárbaras, aniquilaban a los pobladores de las comarcas indianas, retrogradada ya su cultura antigua. Aquellos que enantes levantaron monumentos de extraño carácter y oriental grandeza, en Mita, Palenque, Quiriguá, Copán, y en otras próvidas riberas del Usumacinta, el Nilo americano; aquellos aborígenes, decimos, que dejaron epitafios de remotos siglos, de civilizaciones muertas, estaban a la sazón en todo su apogeo; mientras los contemporáneos de la conquista, hallábanse degenerados y divididos en luchas intestinas. Los mismos indios, durante el período de los toltecas, y por invasiones posteriores, no sólo destruyeron poblaciones y monumentos antiquísimos, sino hasta los fastos tradicionales, y cuanto pudiera mantener la historia de los vencidos. Los nicaraguas quemaron las ciudades que, entre los enormes y espesos bosques de la parte Norte de Guatemala y Yucatán, han dejado admirables ruinas, cubiertas por las lúgubres sombras de florestas vírgenes.

En este istmo centroamericano—el mayor de todos, y que constituye el rasgo geológico más conspicuo del Nuevo Mundo, según sabios geólogos—en este Centro de América, hubo en remotos siglos, pueblos autóctonos de cultura arcaica. Fueron hieráticas agrupaciones, aisladas por la inmensidad, separadas por hordas bárbaras y boscajes solita-

tarios; sumergidas en misterioso apartamiento, con nostalgias de ancestrales vestigios; sin mutuo amor, sin esperanza, sin fe. La vida petrificada, la tribu enemiga, las pestes arrasantes, los sacrificios humanos, hicieron decaer las razas cobrizas, que en guerras cruentas se mataban rugiendo.

En el siglo XVI, de admirables hechos y de hundimientos profundos, se realizó un suceso portentoso, debido al carácter romancesco y audaz de aquellos paladines indómitos que parecen de otra especie distinta de la humanidad que conocemos. Por antecedentes históricos, estaba preparado un cambio trascendental para el renacimiento de las sociedades. El hallazgo de América y la conquista ibera, fueron remate augusto de aquella ebullición que trazó diversos derroteros a todas las naciones, ensanchando el vuelo de la actividad humana, de la civilización universal, y poniendo en contacto permanente y fecundo las dos mitades de la tierra. No de otro modo, los apocalípticos cataclismos, destruyen creando; y todo lo cambian, en la eterna evolución de los astros, los mundos y los hombres. Tras la realidad material de las cosas y de los hechos, hay otra realidad superior, intrínsecamente trascendente, la de la transformación de los seres y de los fenómenos sociológicos. La realidad subjetiva forma el eje de la historia, que es propulsor del progreso. Tras el decorado de grandeza que pudieran tener los imperios de Moctezuma y de Atahualpa, resalta el fondo de resonancia que enaltece la epopeya de la conquista.

En medio de las primeras luchas, procedieron aquellos héroes hispanos a fundar ciudades, a establecer vida civil, con espíritu de renovación en la raza, en las costumbres, en el idioma; en todos los organismos sociales. Del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo data la *Edad Moderna,* que dígase lo que se quiera, produjo una faz de solidaridad y desenvolvimiento mundial, en los órdenes múltiples del desarrollo humano. Con razón el poeta uruguayo, Zorrilla de San Martín, exclamó, que las nacionalidades iberas, en América, habían nacido de una herida de gloria, que se hizo en el corazón la España de Carlos V. La cultura hispana se esparció en gran parte del Nuevo Mundo, encontrando cauces fertilizantes.

Hay un alma latina, que al través de portentos jamás olvidados, diera relieve de alteza e idealidad a las naciones más conspícuas del orbe. El alma de Ariel, sublimada por el inmortal Rodó, palpita en cuanto nos rodea; en la luz que nos vivifica, en las moléculas de nuestra sangre, en la arrogancia de nuestra lengua, en nuestras tradiciones, anhelos e infortunios. Los conquistadores del siglo XVI, aquellos adalides mitológios, con espíritu gigantesco, en medio de los combates, y apenas pasada la humareda de los arcabuces y falconetes, echaban las bases de futuras naciones, en las ciudades que establecían. Hernán Cortés, en 1522, entre inauditos peligros, fundó la grandiosa capital de Nueva España; Pizarro, en 1535 asienta la urbe de los Reyes, la ondina del Rimac, Lima la gentil; Juan de Garay, en junio de 1580, amasa con la sangre de las dos razas, los muros de Buenos Aires, sultana antaño del harem de Rosas, hoy la más rica presea de la estirpe latina;

Gonzalo Jiménez, antes de dejar la tierra que acababa de conquistar, baja de su corcel, para poner él mismo la estacada de una población, "Santa Fe de Bogotá", que muestra en sus contornos mucho de la campiña romana; en su sereno espíritu atavismos de los Césares; y en sus bellas letras, el sello clásico de griegos y sabinos; Valdivia se fija en Santiago de Chile, domina el Valle, en 1547, y resguardado tras la cordillera andina, deja un país viril, con el valor araucano y el genio de los Comuneros de Castilla; y Mauricio Zabala, el ídolo del Uruguay, tiene en Montevideo una reliquia, una estatua, que se alza como emblema de los que lucharon sin tregua por la libertad. Revuela una memoria sagrada en las veinte Repúblicas américo-hispanas, consagrando los nombres de los que erigieron, entre el torbellino de las batallas, los centros cívicos que fueran, más tarde, gestación de patrias. También las nacionalidades tienen sus gloriosos centenarios e imperecederos recuerdos.

La más antigua de las efémerides de Guatemala data del 25 de julio de 1524, cuando el ínclito don Pedro de Alvarado, victorioso ya en gran parte del país, y deseando fundar la primera capital, llamada *Cibdad de Santiago el Apóstol,* la dotó de Cabildo, Justicia y Regimiento, emblemas de carácter civil y de gobierno propio, por vez primera establecidos en estas bellas regiones. Dejó el Adelantado el foco de la cultura nueva, con las características fundamentales del régimen ciudadano. Cuatrocientos años hace que fué erigida la ciudad de Guatemala, llamándose después con ese nombre criollo todo el *Reino,* creado por la Ordenanza Cuarta del Consejo de Indias, con un vasto territorio de 640,000 kilómetros cuadrados. En el año 1603, diéronse a conocer los límites de ese maravilloso istmo, en las *Descripciones Ptolomaicas*. En postreros tiempos, surgió radiante para la patria el sol de la Independencia. Siguiendo el ambiente de las épocas, hemos venido, entre luz y sombras; pero sin renegar jamás de nuestro abolengo, ni perder la esencia del alma nacional. No es dable destruír el pasado, ni desconocer el organismo histórico como signo de raza, de cultura, de carácter y de conciencia colectiva.

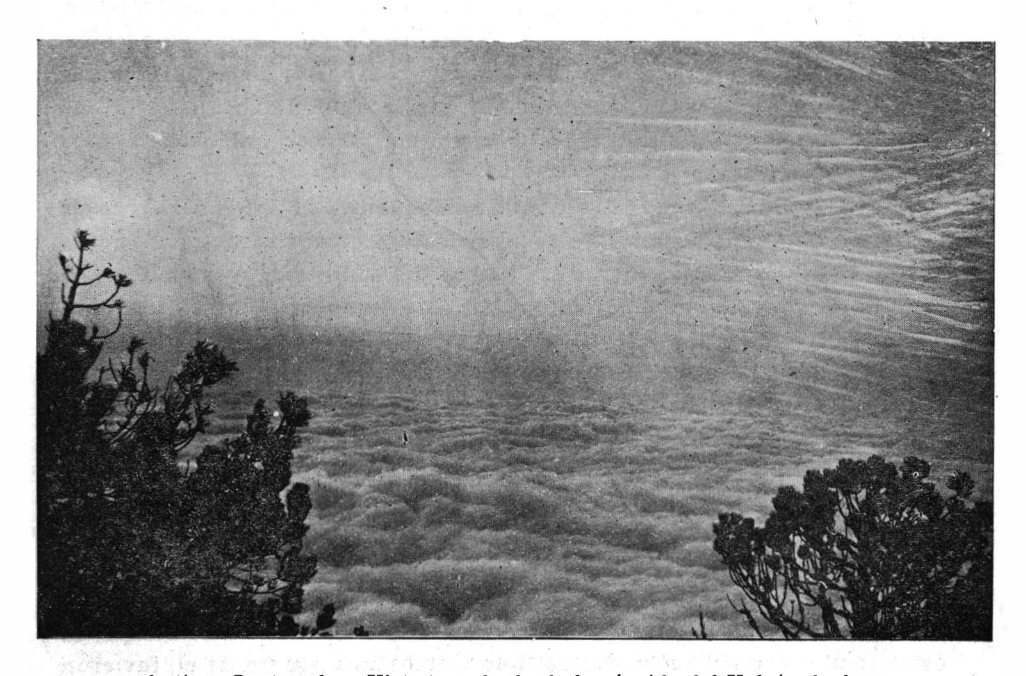
El tipo étnico, la idiosincrasia de dos estirpes que se unieron en conjunción prolífica; nuestras creencias, nuestro espíritu solidario, nuestras aspiraciones y tendencias; cuanto forma una nación, nos ha venido de aquel siglo portentoso, de aquella fecha inicial, en que se fundara la ciudad de Guatemala.

Después de cuatrocientos años, vaga la mente de generación en generación, y ahora contempla asolados estos lugares sacros, en donde se inició el desarrollo de nuestra vida civil. La atmósfera transparente que cristalizara aquellos episodios memorables, en medio de bosques, serranías y volcanes, de magnificencia paradisíaca e insólitos colores, deja ver, entre ruinas, el espléndido paisaje que se contempla, sonrosado en el alba, deslumbrante de luz al medio día, rojizo al atardecer, cual reminiscencia de aquella lucha homérica entre reyes y titanes. El indiano sol agonizó en un diluvio de sangre. *Tonatiuh* cae sin vida,

dejando terminada su obra trascendental e imperecedera. El descubrimiento y conquista del Continente Colombino causaron la revolución más fecunda que registra la historia de la humanidad, a la cual imprimieron un paso gigantesco en la senda del progreso y de la civilización.

La remembranza que hoy hacemos de la inolvidable fecha *25 de julio de 1524*, es tributo nacional al cuarto centenario de la fundación de Guatemala, que ha venido creciendo con elementos generadores de las repúblicas del Centro de América. Recordaráse siempre la primera ciudad de Santiago, como la célula que iniciara nuestra raza, cultura, fisonomía popular, sentimientos colectivos; en suma, el alma de nuestra nacionalidad. ¿Sabéis por qué ha sido acogida, con singular entusiasmo, de todas las clases sociales, la celebración del hecho que conmemoramos? Porque el amor a nuestra tierra, a nuestros recuerdos, a nuestras efemérides, a los sitios en que se han verificado grandes sucesos históricos, está en nuestros corazones, en la luz que nos alumbra, en nuestra esencia ancestral, en nuestra mentalidad, en el agua que bebemos, en el aire que respiramos; en el conjunto todo, físico, moral, de sentimientos, de idealidades, y hasta de atavismos, que nos impelen a adorar la Patria de nuestros mayores, la Patria nuestra, y la que han de bendecir nuestros pósteros. Para rendirle vasallaje de amor, condensemos, en estos momentos solemnes, nuestros fervientes anhelos, en la frase perdurable del eximio poeta de la Antigua Guatemala, del inmortal Landívar:

"¡Salve, cara Parens, dulcis Guathimala, salve!"



Antigua Guatemala.—Vista tomada desde la cúspide del Volcán de Agua.

ANTE LAS RUINAS DE LA PRIMERA CIUDAD

Alocución del socio, Licenciado J. Antonio Villacorta, pronunciada en Iximché, el 28 de Julio.

Señores:

Cábeme el honor de hablaros en esta significativa y hermosísima fiesta de cultura, á nombre de la Sociedad de Geografía e Historia, cuerpo docente de la capital que tomó a su cargo el llevar a buen término la celebración del IV Centenario del día en que se fundó en este histórico sitio la primera ciudad de Guatemala, por don Pedro de Alvarado, "para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente", como dijo el mismo caudillo; ciudad que, a través de los tiempos, en medio de mil viscisitudes, y venciendo los muchos obstáculos que le opusieron los hombres y los elementos contra ella desencadenados, se alza ahora, simpática y gallarda, allá en el no menos espléndido Valle de la Virgen, creciendo y desarrollándose, y tomando a medida que crece y se desarrolla, el incremento y costumbres de las modernas urbes citadinas.

Y para conmemorar aquel hecho, al parecer insignificante, acaecido en la antigua Iximché, la de los campos de maíz, en medio de las selvas prodigiosas de los tópicos, hemos venido en peregrinación mística, para depositar nuestras ofrendas a los manes de vencedores y vencidos, sobre este suelo sagrado, ayer bullicioso y altivo, hoy desierto y mudo, porque esta ciudad indiana, lo mismo que la opulenta Utatlán y como nuestro simbólico quetzal, antes prefirieron perecer que someterse a inevitable servidumbre.

Cerca, muy cerca, de este sitio se encuentra el antiguo asiento de la ciudad de Utatlán, que hace también cuatro centurias desapareció de la haz de la tierra, envuelta en las llamas del sacrificio, lo mismo que la de Iximché, por haber defendido ambas su autonomía contra la nueva civilización impuesta por la espada del terrible Tonatiú, y que luego predicaron dulcemente a los nativos el inmortal Las Casas y el egriego Francisco Marroquín, primer Obispo de Guatemala; habiéndose esparcido por todos los ámbitos de lo que fué el antiguo reino de Guatemala el estruendo producido por la catástrofe de las dos ciudades, que anunció a los pueblos el advenimiento de otra civilización más en armonía con las necesidades de los tiempos, que se iría perfeccionando poco a poco y que dejaría en el acervo de la humanidad, legítimas conquistas en todos los órdenes de la actividad nunca saciada de los hombres.

Los mismos españoles no pudieron sostenerse mucho tiempo en este recinto, y hostilizados de continuo y arrojados por fin de él, tuvieron que luchar cruentamente una y otra vez por la posesión del suelo apete-

cido, hasta llegar el 22 de noviembre de 1526 a las jornadas de Holon-Balam, y fundando un año más tarde, en el valle de Almolonga, la ciudad que don Pedro de Alvarado, llamaba del Señor Santiago.

También allá tuvo su martirio la ciudad nueva, y en noche lúgubre y tempestuosa de septiembre, de 1541, desapareció destrozada y anegada, para alzarse, como el ave fénix de la leyenda, más altiva y más soberbia, en el valle de Panchoy, donde un día fué cantada por nuestro Landívar, con el sublime

¡ Salve, dulce Guatemala, salve !

El hado volvió a deshacer lo hecho, y la ciudad que fuera orgullo de las colonias hispano-indianas cayó también a los incontrastables impulsos del terremoto, en un día de Santa Marta, después de haber vivido 231 años de su tercera fundación, para renacer de nuevo de sus propios escombros, en los primorosos valles en donde ahora se eleva, no sin que nuevos desastres hayan templado el espíritu indomable de sus hijos.

Y ahora, un grupo de capitalinos traemos la ofrenda de la nueva ciudad, y en fervorosa peregrinación llegamos hasta este sitio de Iximché, para rememorar, ungidos de fe, la gloria de vencedores y vencidos, exclamando ante estas ruinas como Volney ante las de Palmira:

¡ Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos ! A vosotros invoco; a vosotros enderezo mis plegarias; a vuestro recuerdo consagro admiración y cariño. Sois la sombra de lo que fué, la osamenta de lo que vivió. En vuestro recinto se cumplieron destinos heroicos y se dieron sangriento abrazo dos civilizaciones !—*He Dicho.*



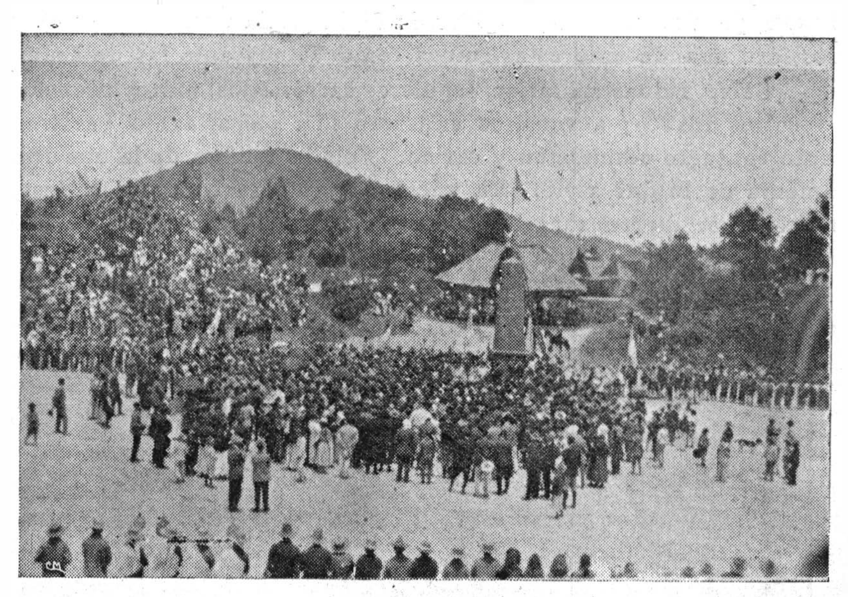
Antigua Guatemala.—Interior de uno de los templos.

DISCURSO

Pronunciado a nombre del Gobierno en el Valle de Iximché, el 28 de julio, con motivo del cuarto centenario de la fundación de la primera ciudad de Guatemala, por Virgilio Rodríguez Beteta.

Llegamos al término de esta peregrinación de dos días. Hemos venido eslabonando y grabando con fuego en lo más hondo de nuestras almas la visión de los lugares en donde ha estado la ciudad de Guatemala, para preservar el símbolo de la unidad de ella, como origen primero y madre común de la familia que hoy se llama nación guatemalteca.

Hemos llegado, y ya estamos aquí, con el alma abierta a una gran recordación de cuatro siglos. Todo en torno de nosotros es enorme, como esta evocación de cuatro siglos. Todo en torno de nosotros viene de lo más hondo, como la historia, y va hasta el cielo, como la esperanza. Sentimos que nuestra alma se vuelca como una ánfora y que las esencias más puras del ideal hinchan nuestro espíritu, como una



En el momento del discurso oficial, al descubrirse el Monumento

vela en plena mar. Qué bien dice nuestro santo regocijo con este mar de luz que se llama nuestro cielo, con esas legiones de indios cuyos trajes de vivaz colorido y cuyas músicas tiernas nos hablan de una cuna que se meció al son de dos mares entre un bosque y un volcán. Y más allá, más allá de los bosques, las colinas y las montañas, ved cómo se yerguen los volcanes de Antigua y Sololá, suspensos entre el cielo y el paisaje, mirándonos siempre, como para recordarnos que su misión es fundir eternamente en un verde-azul de esperanza, las bendiciones del cielo y los temores de la tierra.

Yo siento, señores, que es este momento el de las grandes evocaciones. Yo veo que sale de alguna parte, cabalgando en fiero corcel que envidia diera al del Apóstol Santiago, y se introduce a formar parte de nuestro grupo, entre relámpagos de sol y estampidos de volcanes, el señor Tonahtiú. Salud, don Pedro de Alvarado, héroe de la tierra y el mar, que en tu ambición, que no cabía en el espacio, soñaste ceñir entre tus manos el cetro del Nuevo Mundo!

Y salud, don Jorge y Gonzalo, y Gómez y Juan de Alvarado, el puñado de hermanos extremeños, rápidos como el rayo y vastos como el huracán.

Salud, don Pedro de Portocarrero, señor del coraje y la caballerosidad, inmortalizado entre beatíficas aureolas en la novela de Salomé Jil.



Iximché.—Columna conmemorativa del IV centenario de la ciudad de Guatemala, mandada a erigir por el Gobierno de la República.—Grupo alegórico representando a Centro América y a la madre Patria.

Fotografía de Carlos A. Villacorta. Fotograbado del Estudio "Matheu"

Salud, don García de Aguilar, que ante las atónitas fortalezas de Mixco hiciste pedazos los seculares cercos de indios, con lanza y alfanje afilados en las piedras de Maratón!

Y ante el grupo terrible que vino del otro lado del mar en las henchidas carabelas empavesadas de flámulas alegres y bautizadas en las velas con la cruz, yo veo también deslizarse entre nuestro grupo, con paso solemne y ledo, a nuestros otros abuelos, los de ojos tristes y bronceada faz.

Paso también a vosotros, señores del carcax y el quetzal! Salud, también, abuelo Tecún Umán, que no le temiste al Hijo del Sol, y que, como un cataclismo que se enfrenta a otro cataclismo, lanzaste la avalancha de tus ejércitos, cien veces pobres, cien veces milenarios, sobre el monstruo mitad hombre y mitad centella, para disputarle palmo a

palmo la tierra donde crepitaban los huesos de tus mayores. Y ante el grupo fulgurante de los hombres de ojos azules y brazo de Hércules, yo me prosterno ante tu cadáver, caído de cara al sol, como una flecha con la punta rota, que en vano quiso traspasarlo.

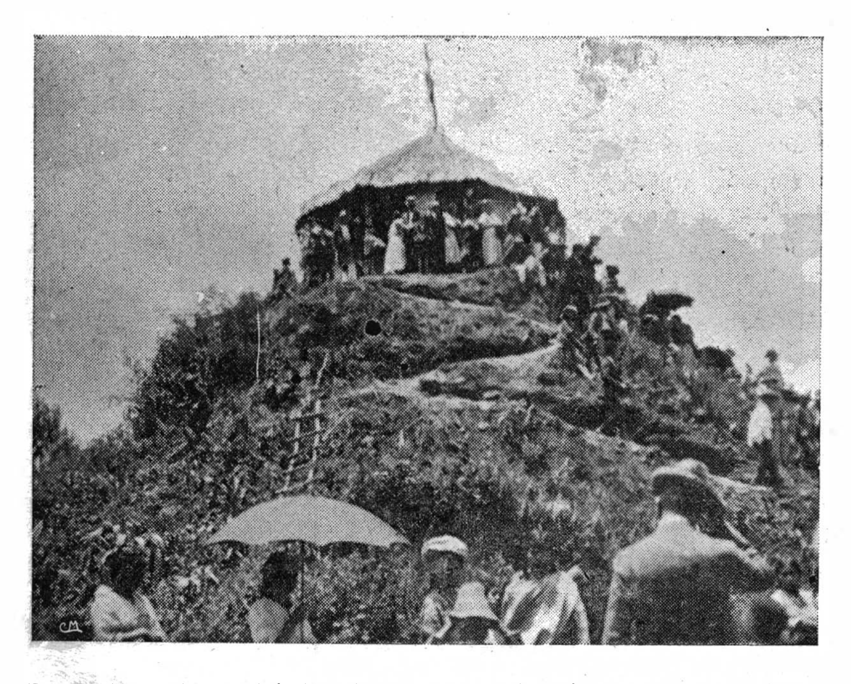
Y salud, bajo el fuego de este sol y la luz de los volcanes, santas llamaradas de Utatlán que ardiste para ocultar la vergüenza de ser esclava. Y salud, doloridos reyes Oxib-Queh y Beleheb Tzy, a quienes el tormento y la muerte no lograron arrancar del corazón el nombre de la patria. Y salud, Sinacán y Sequechul, últimos reyes de estas tierras, cuyas cunas el valle de Iximché arrulló, y que sobre las playas remotas quedásteis pendientes de la horca, como un día Cuautemoc en las selvas del Petén, para que sobre vuestro madero quedara revoloteando por los siglos el anatema contra el eterno pero siempre execrable principio de conquista....

Y saludemos también a los abuelos más remotos y comunes de la familia guatemalteca. Salud, Sol de Guatemala, cuyo primer himno nació en los gérmenes mismos de las teogonías más remotas! Y salud, volcanes y montañas, consagrados en el acento que retruena a milenios del Popol Vuh, cien veces padres, cien veces abuelos, y que habéis vibrado lo mismo en la mente del maya que en la del español más tarde y la del guatemalteco ahora; lo mismo en el génesis de los quichés, que en los clásicos poemas de Landívar y en las invocaciones añorantes de los Diéguez....

Pero Pedro de Alvarado pasó para siempre y han pasado Oxib-Queh y Xequechul! Y ya ni los huesos quedan de ellos! El uno, según tradición vacilante, duerme bajo los escombros ignorados de una catedral. Los otros, según la fantasía del indio, duermen allá, en la cumbre del Volcán de Agua, con Quicab el Grande, centro y refugio de los héroes buenos. Sólo vosotros, Sol y campiñas y montañas, que contáis la vida por eternidades y ante quienes los siglos se deshacen como el humo de las rozas; sólo vosotros vivís para contar las pulsaciones de esa llamarada sempiterna que crepita en el fondo de toda ceniza y que va marcando sobre la historia el diagrama de las generaciones y de la evolución humana y social.

Ya el poeta de bronce lo ha dicho: "Puede dormir tranquilo don Pedro de Alvarado". Pero no: este es el día de las grandes evocaciones y nosotros venimos con verbo de sanción y de historia a sacudirlo dentro de su lecho de hierro. Yo quisiera, ante su figura, a mi conjuro, ceñirle una guirnalda fuerte, hecha con manojos de encino de las serranías de los Andes, que su pie traspasó; de laureles que crecen a las orillas del lago de Atitlán, cuyas aguas reverberaron bajo el rayo de sus ojos inquietos y llameantes: y con olorosos ramos de los manzanillos que decoran, como granizos de oro, el boscaje grandioso del Volcán de Agua, a cuyas plantas él quiso asentar la capital del Nuevo Mundo.

Esa guirnalda significaría la reivindicación para su nombre de un lugar igual, si no superior, al de Hernán Cortés de México y Pizarro del Perú. Y esta no es exaltación del momento: yo pregunto, ¿qué hubiera sido de Cortés sin Alvarado? Y no contento con ser el primer capitán del conquistador de México, se lanza en busca de nuevas Ilíadas. Cuarenta y tantas batallas en Guatemala y El Salvador, y un rudo viaje a Honduras, digno por sí solo de una jornada del Cid Campeador, su bisabuelo por estirpe guerrera, no son bastantes para contener su impulso. En una fiebre de vestiglo, el mundo y el mar son pocos para él, y llevado de una sed secreta de máxima superación, cual convenía a quien siente que su sangre posee la célula sintética de ocho siglos de heroicidad que España llenara en la lucha de reconquista, extiende sus barcos y sus sueños sobre los mares más remotos y quiere la dominación del Imperio de Atahualpa y el descubrimiento del Japón ignorado.



Una de las antiguas pirámides indígenas de Iximché. Aspecto que ofrecia el 28 de julio, durante la gran celebración

¿Qué otro conquistador hay más activo, más insaciable, que padezca de visiones más atrevidas y vastas y que llene escenario más grande?

Pero hay en las fiebres de Alvarado un delirio que nos interesa más a los guatemaltecos. Acabo de decir, señores, que soñó con hacer de este mismo lugar que hoy hollamos con nuestros pies, el centro y eje del imperio colonial de España. Aquel hombre quiso que la ciudad fundada por él fuera el centro del Mundo Occidental, como lo es por la Geografía. En apoyo de esta tesis, que enuncio sólo dentro de las líneas indecisas de la presente evocación, no hay sino fijarse en la

manera obsesionante como Pedro de Alvarado subraya con hechos tal pensamiento. Aquí construye dos armadas formidables para su tiempo, improvisando elementos como un titán en las islas desiertas de la Mitología. A su paso se forman y le siguen estruendosos ríos de soldados y caballeros, frailes y artistas, todo lo que la civilización de la época puede ofrecer en la más brillante de sus epítomes. Aquí quiere formar con las más altas damas de España, la ciudad que fuera digna corte de aquel Imperio que ya su mente colocaba a sus pies.

No hay más que recordar dos hechos. Fracasada la expedición a Cipango por la muerte impensada del héroe, al pie del deber, por salvar un grupo de compatriotas en peligro, sacrificando al compañerismo sus intereses y sus sueños, dos barcos guatemaltecos de los de don Pedro



La Columna que recordará a las generaciones futuras cómo Guatemala supo conmemorar el IV Centenario

de Alvarado son los que llegan más tarde en la expedición que descubrió la China. Y este otro: años después de la muerte de don Pedro, el Cabildo de Guatemala recuerda al Rey que si había sido posible la conquista del Perú, de cuyos opulentos tesoros tanto beneficiaba la Corona, era debido, en primer término, a la sangre y al contingente de los guatemaltecos, derramados como un Nilo sobre las regiones equinocciales del Nuevo Mundo.

¿No es todo ello suficiente razón para conjeturar con fundamento que Alvarado, para cuyo afán de empresas vastas hay que reivindicar una fama histórica igual, cuando no superior a la de Cortés y Pizarro, quiso de la misma manera hacer de la ciudad cuyo cuarto centenario celebramos, el centro político y cultural de América....?

¿Y no es esto, señores, tan sólo una visión anticipada de cuatro siglos? ¿Acaso no son estos sitios en donde resucitamos laureles póstumos para el gran fundador, donde tiene que desarrollarse tarde o temprano la civilización central de una humanidad futura y mejor?

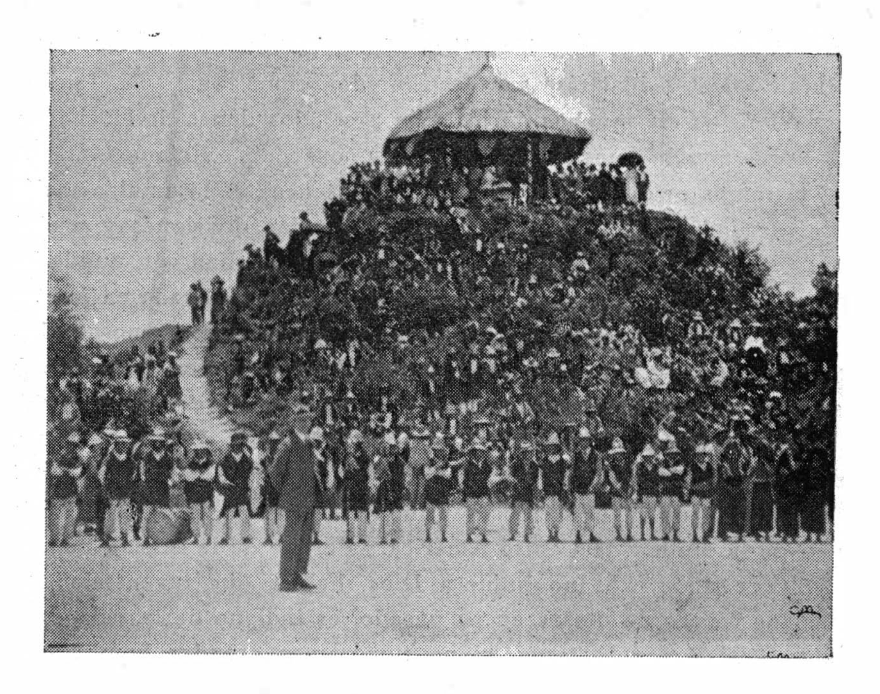
Ved, señores, cómo bajo este cielo y bajo estas montañas, la embriaguez de las grandes evocaciones se apodera de nosotros, y cómo vamos saltando sobre los siglos, con un ruido de bronces que resuena al cancionero del Mío Cid, con la facilidad que los viejos brujos quichés saltaban los barrancos: y ved cómo en estos momentos de suprema apoteosis, en torno del valle donde se meció la cuna de Guatemala, recordamos glorias, conjuramos sombras, profetizamos reivindicaciones, sentimos e idealizamos envueltos en una ráfaga de heroicidad que dijérase vertida en una frase del Apocalipsis....

¡Valle florecido de Iximché donde en este mismo día, hace cuatrocientos años, nació la familia guatemalteca! Nosotros venimos a despertarte, no con la férrea canción de entonces que hizo retemblar tu suelo y rugir de pavor los ecos de tus montañas. Nosotros no venimos a cantar la conquista ni la esclavitud, el triunfo de los unos ni la derrota de los otros. Nuestro pensamiento, más en alto, canta el nacimiento de una nación, el brotar de una familia, producto de dos razas y dos sangres. La nuestra es canción de armonía y de esperanza. Este pueblo y esta patria de que fuíste cuna, son hombres ya. Han evolucionado durante los cuatro siglos pretéritos, y a despecho de los cataclismos de la naturaleza y los fracasos, los odios y los rencores que ensangrientan o enlutan nuestra historia, aparecen unidos como una sola familia, libre y dueña ya de muchos de los más preciados dones de la civilización. Otros muchísimos nos faltan por conseguir. Estamos apenas en los primeros peldaños del progreso. El proceso de la amalgamación de dos razas disímiles, ha sido cruento. Hondas divisiones y prejuicios de raza, hondos odios y prejuicios de creencias, han consumido las energías que otros pueblos de similares fondos han empleado en progresar. Pero sobre los ríos turbulentos, ha brillado siempre, como una luz, un resto de ideal. Hay ideal aún. Lo prueba esta romería a través de los santos lugares de la casa solariega común, en que hemos venido resucitando las glorias y los dioses de nuestra historia, Landívar, Bernal Díaz, la primera Imprenta, la Universidad, el primer Cabildo, que significó el germen de la libertad; la primera Audiencia, que significó el germen de la unidad de Centro América. Porque de la misma manera que Voltaire dijo: "Si no hubiera Dios, habría que inventarlo", un pueblo que carece de dioses en su pasado, es indigno de la vida en el presente.... Y por lo tanto, si no tuviéramos grandes hombres en nuestra historia, habría que inventarlos....

Hemos celebrado esta fecha, lo cual significa que somos ya un pueblo que no festeja sólo los aniversarios sangrientos, ni las glorias

parciales que huelen a partidarismo o política. Celebramos ya las fechas blancas del ideal. Hemos hecho, por primera vez en nuestra historia, así como hay una fiesta de la raza que llama a cuentas ante el tribunal de la historia y del porvenir al mundo de origen hispano, una fiesta de toda la familia guatemalteca: pobres y ricos, soberbios y desheredados, opulentos y humildes hijos del pueblo. Y a esta fiesta blanca le hemos puesto por corona la idea perfumada de un monumento al Obispo Marroquín, humilde entre humildes y sabio entre sabios, y quien, entre la furia de las pasiones, de las pretensiones de raza o linaje, del orgullo y la intolerancia, tendió sus manos de piedad a todos y elevó sobre ellas el arca de la alianza, única en que los odios podían depurarse y levantarse la patria del mañana: la escuela para todos, la escuela pública y democrática.

¡Salve, valle perfumado de Iximché, cuna florida de la familia guatemalteca....! El terremoto ha destrozado muchas veces la ciudad fundada en tu regazo, síntesis de la nueva familia; pero nosotros venimos ahora hasta tí, con voluntad más fuerte que la inconsciencia de los terremotos, a reconstruírte, a levantarte como símbolo de los ideales de cultura y perfectibilidad que laten en lo más hondo del pueblo guatemalteco, y a compensarte, con la visión de la familia unida y abrazada a tu bandera, los infortunios que cuatro siglos clavaron en tu pecho, mitad indio, mitad español.



Aspecto que ofrecía la vieja pirámide de la Capital del Reyno Cachiquel el día del IV Centenario. Un millar de indígenas cachiqueles con sus músicas y trajes típicos, formados en pintorescas filas, añadían emoción y encanto a aquel lugar

LA SOCIEDAD "EL PORVENIR DE LOS OBREROS" Y EL IV CENTENARIO

Discurso del Secretario Federico Aguilar L., pronunciado en la velada del 30 de Julio en el Palacio del Centenario.

Señor Presidente Constitucional de la República,

Señoras, señoritas, señores:

Por honrosa designación que en mí recayera inmerecidamente, pero agradecido por la confianza que me depositara la Junta Directiva para hablar en nombre de la sociedad El Porvenir de los Obreros, vengo a ocupar esta tribuna para manifestar los sentimientos que inspiraron a los miembros de la institución a tomar parte en las festividades que con motivo del cuarto centenario de la fundación de la primera ciudad de Guatemala, preparó la Sociedad de Geografía e Historia; quien nos ha prestado su valiosa ayuda. Y con la bondadosa cooperación del Excelentísimo señor Ministro de México, que nos dió la Banda de Estado Mayor de aquella hermana República, lo mismo que las distinguidas personas que, con espontánea voluntad aceptaron nuestra invitación para tomar parte en el programa, hemos organizado este acto lírico-literario, para celebrar el nacimiento de la Patria centroamericana.

Yo reconozco mi falta de competencia para preparar un trabajo que tenga algún mérito, pero estoy seguro que seréis benévolos, en atención a que los que nos ocupamos en trabajos muy diferentes, hacemos un esfuerzo en estos casos.

De los primeros y principales conquistadores españoles, no desconocemos el valor, la grandeza de sus ambiciones y la fidelidad a su Rey y a su patria: la gloriosa España que durante varios siglos fué la nación más poderosa del mundo, cuna de muchos hombres sabios que han contribuído, no sólo al adelanto de la civilización europea, sino al establecimiento y adelanto de las nuevas civilizaciones latinoamericanas. Pero tampoco desconocemos que, los no sabios aunque valientes y fieles conquistadores, destruyeron por completo las no menos importantes civilizaciones: azteca, maya-quiché, tolteca, etc., que si hubieran sabido cultivarlas en combinación con la civilización europea, no sólo estuviéramos más adelantados que los Estados Unidos del Norte, sino que España hubiera mantenido su grandeza y su gloria, y sería hoy la nación más rica y poderosa; porque unidos o separados políticamente, estaría con ella toda la América Latina. Pero los errores, hijos de la ignorancia, no nos deben extrañar, porque todos los cometemos según el grado de evolución en que nos encontremos.

Aparte de lo mucho bueno que todavía conservaban los pueblos descendientes de los Atlantes, que habitaban estas tierras, debido al esfuerzo de los sabios que entre ellos vivían y gobernaban, también cometían grandes errores, por el fanatismo en sus creencias religiosas, tal vez menos graves por su falta de evolución espiritual, que los crímenes cometidos por los inquisidores del Santo Oficio, dirigido por el Pontífice romano para juzgar la vida privada de todos los hombres y mujeres. Los descendientes de los Atlantes, en toda la tierra que hoy se llama América, hacía miles de años que venían en descenso y degeneración, después de haber llegado hace catorce mil años al más alto grado de esplendor tanto en lo político, por su forma de gobierno comunista, como en lo intelectual, espiritual y conómico, por medio de la universalidad de la instrucción teórico-práctica, igual en todas las clases sociales.

Volviendo al origen que dió motivo a estas fiestas cívicas, diré que, después que pasó lo más rudo de la conquista por medio de las armas, don Pedro de Alvarado fundó la primera ciudad de Guatemala el 25 de julio de 1524, en Iximché, en el mismo lugar donde estaba la capital del reino Cachiquel. Desde aquella fecha hasta el presente, no han faltado hombres buenos que han laborado, ya en una forma, ya en otra, para hacer de Centro América un pueblo grande y feliz, pero muy pocos han sido los que lo han hecho con verdadera abnegación.

El padre don Francisco Marroquín, que por su talento y grandes virtudes llegó a ser Obispo, fué el primero que comprendió, como sabio que era, la necesidad que había de defender a los nativos de estas tierras, de las crueldades de los encomenderos y demás conquistadores. Aparte de lo que él pudo hacer en bien de aquellos infelices, trajo de España a Fray Rodrigo de Labrada, Fray Luis Cáncer y Fray Pedro Angulo, el año de 1535. Al siguiente año vino Fray Bartolomé de Las Casas, y juntos los cuatro, comenzaron la noble cruzada por medio del amor y de la ciencia, logrando la paz y la conquista de Tesulutlán, que hizo inmortales desde entonces los nombres de aquellos apóstoles, que los llamaron: "Los Cuatro de la Fama".

En 1540 llegaron a Guatemala los primeros franciscanos, con el mismo objeto, queriendo hacer competencia a los frailes y dominicos Ambas órdenes se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas para hacer más efectiva su labor, enseñándoles nuevos cultivos desconocidos para ellos, y atrayéndolos al redil de la religión cristiana, hermosa religión, que, causa de la ignorancia y la codicia de la mayoría de los sacerdotes, ha degenerado en un ridículo fanatismo que, agregado al de los partidos políticos, han sido la causa de la separación política y social de la familia centroamericana.

No podemos negar a los frailes la influencia civilizadora que ejercieron durante toda la época de la colonia, y, como resultado de sus esfuerzos, hace ciento treinta años, en los últimos días del mes de agosto de 1734, se reunieron los señores: don Jacobo de Villa Urrutia, don Juan Ignacio Barrios, don Francisco Barrutia y los doctores don Antonio García Redondo, don José Flores y don José Sierra, con objeto de tratar

de la necesidad que había de establecer una Sociedad Económica de Amigos del progreso del País. Cuando estuvieron de acuerdo con el programa que debían desarrollar, se ocuparon en el estudio de los reglamentos de la sociedad que dentro de poco tiempo quedaría fundada. En mayo del año siguiente, y con un concurso más numeroso de personas, sinceras amantes del progreso, entre las que figuraba el infatigable fraile don Antonio Liendo de Goicoechea, que se encontraba donde quiera que se trataba del adelanto de su país; don José Francisco Barrundia, que promovió el establecimiento de la escuela de hilados; el célebre artista Garci-Aguirre y otras personas no menos importantes que cumplieron fielmente todo lo que estaba a su alcance, dieron cuenta al señor Oidor don Jacobo de Villa Urrutia, de la fundación de aquella sociedad y del permiso que se había impetrado de Carlos IV, para que pudiera funcionar legalmente la institución. Pronto sintió Centro América los efectos de aquella congregación de hombres ilustres; se fomentó el cultivo del cacao; hicieron venir semillas de gusano de seda; se cultivó el lino, con tan buenos resultados, que ganaron premio por las muestras de los trabajos que presentaron; en Quezaltenango se establecieron fábricas de paño, que llegaron a competir con los traídos de Europa; se estableció una escuela de matemáticas y una escuela de dibujo que fué semillero de muy buenos artistas; se fundó el primer gabinete de Historia Natural; se ofreció una medalla de oro al que presentara el método mejor comprobado sobre la conveniencia de que los indígenas vistieran a la española, y entre otras cosas más se establecieron los gremios de artesanos. Después de seis años de constante labor en beneficio del país, cuando la Sociedad contaba con más de cien miembros, entre activos, corresponsales y honorarios, contándose entre estos últimos el Virrey de México y varios obispos; después de recibir alabanzas del mismo Rey de España, diciendo que merecía su aprobación el celo del Director Villa Urrutia y de todos los socios, por la prosperidad de tan útil establecimiento, el Secretario de Gracia y Justicia, don José Antonio Caballero, mandó suspender las juntas, actas y ejercicios de la sociedad, el 25 de noviembre de 1799. Después de once años volvió a reorganizarse siguiendo el mismo sendero que trazaron en 1795, protegiendo los estudios de las Artes y las Letras, fomentando nuevos cultivos e inaugurando la primera exposición nacional.

Algunos años duró tan benéfica Sociedad, y todo lo que de bueno tenemos se debe en gran parte a aquellos ilustres patriotas.

Si la Sociedad de Geografía e Historia lleva los mismos o parecidos fines, harán que se grabe con letras de oro en la Historia de la América Central, los nombres de los iniciadores, y los nombres también de los que tomen con amor la causa y trabajen con verdadero altruísmo, hasta lograr el éxito brillante, como el que han tenido estas fiestas.

Nosotros, que recibimos la herencia de los fundadores de la sociedad El Porvenir de los Obreros, de trabajar por el progreso y unión de Centro América, los ayudaremos, y, si los presentes no tenemos vida para ver realizadas nuestras esperanzas, lo harán, como nosotros queremos, dándole un abrazo a México, los obreros del porvenir.—*He Dicho.*

INSTITUCIONES QUE HONRAN AL PAIS

LA ACADEMIA DE GEOGRAFIA E HISTORIA

Artículo editorial de "El Imparcial" de 12 de junio de 1924.

Complacidos y satisfechos nos retiramos el domingo último, de la sesión celebrada por los miembros de la Sociedad Nacional de Historia y Geografía. Advertimos método y experiencia en la dirección de los debates: libertad y corrección en los discursos; urbanidad y competencia en todos los opinantes.

Es de ver cómo la cultura puede hacer caber en paz elementos tan disímiles y antagónicos, como el liberal jacobino con el conservador ultracatólico, entre cuyas fronteras viven el moderado, el neutral y el agnóstico. De esos componentes, precisamente, proviene la resultante armoniosa que, en la crítica, se denomina justicia, y en el fallo, imparcialidad.

¿Quien fué (se preguntó allí en un apropósito) don Martín de Mayorga, fundador de esta última ciudad de Guatemala? Para unos, el hombre bien intencionado, que puso su voluntad de hierro al servicio de una idea noble, la de salvar la capital del terrible flagelo de los terremotos. Para otros, el obstinado y terco, imprevisor y necio, que sacrificó el porvenir de la segunda ciudad de hispanoamérica, en aras de su capricho. Si la exposición de ideas acerca de Mayorga no hubiera sido incidental, sino de tema, la discusión serena habría acabado por proclamar la buena fe de los errores, a causa de la ignorancia, sin negar el aplauso a que es acreedor el que triunfa contra obstáculos, a fuerza de fe y carácter.

Cuántos bienes nos promete la científica asociación, compuesta de elementos intelectuales de primer orden, reunidos todos por la misma fuerza cohesiva de amor al país! Sus proyectos son de progreso y elevación: poner la Biblioteca Nacional bajo su patrocinio y amparo; instalar junto a la Biblioteca un museo histórico de todos los ramos; promover la formación de las historias monográficas departamentales, con sus mapas cartográficos respectivos; recoger cuantos manuscritos y folletos antiguos den alguna luz a las épocas; reimprimir los documentos raros e inéditos; conectarse con las instituciones similares del mundo y fundar la publicación de un periódico, órgano de tan múltiples funciones.

Entre paréntesis, y ya que se van a colocar de nuevo todos los volúmenes de la Biblioteca Nacional en sus estantes y sitios definitivos, creemos oportuno prefieran para ese arreglo, el método denominado *Decimal,* que se usa con tanta eficacia en Estados Unidos y otros países.

Nunca es tarde para reorganizar nuestro funcionamiento cultural, suspendido, en esta materia, acaso desde la mala hora en que una intransigencia de partido político, dió muerte impía, a la benemérita y gloriosa Sociedad Económica de Amigos del País, de la cual, en la sesión del domingo, se hicieron recuerdos tan justicieros como merecidos. De esa infausta fecha a la presente, nuestros archivos y bibliotecas, nuestros museos y relicarios, fueron abatidos, disueltos y saqueados con una saña y furor sólo explicables en tropas extranjeras cuando entran a saco en una población vencida por la guerra.

De los anaqueles de la Sociedad Económica, donde cada ramo poseía lugar fijo e instalación lujosa, pasaron libros a la Biblioteca Nacional, museos al Instituto y Escuelas profesionales, muestrarios de producción a distintos rumbos y la colección numismática, preciosa por contener tan numerosas, raras y valiosas monedas y medallas, se perdió en lo desconocido puesto que aún se ignora el paradero. La Biblioteca del Instituto desapareció hace muchos años y los museos de historia natural también se difundieron en lo ignoto, para no ser menos que los antiguos laboratorios de química, gabinetes de física y aparatos de meteorología; los mejores libros de la Biblioteca Nacional no existen allí, habiendo emigrado a lejanos climas, al igual que aves viajeras. Otro tanto ha acontecido con la Biblioteca Municipal de Quezaltenango, comprada por el Gobierno para aquella ciudad altense. Baste con decir que ya no poseemos el acta original de nuestra Independencia, como si dijéramos, la fe de nuestro nacimiento político, que fué a parar a Inglaterra, para que se comprenda la magnitud de nuestra incuria, capaz de vender o regalar a cualquier turista de ojos azules, el nombre de la patria, o el lugar que ocupa en el mapamundi.

Hasta los terremotos ayudan a la obra de devastación y ruina de nuestra fragmentaria y reducida cultura. ¡Qué de cuadros pictóricos especialmente religiosos; qué de esculturas famosas, y qué de primores de arte criollo abandonaron este valle de la Ermita, en busca de mejor vida en aires y lares extranjeros!

De todo esto proviene que no tengamos historia, en el sentido bibliológico de la palabra. Marure fué el último que tuvo valor para escribir en tiempo presente, lo que aconteció bajo el imparcial testimonio de sus ojos. Después de él, puede decirse que nuestros historiadores se han preocupado de salvar mejor el nombre de su partido, que el de la verdad desinteresada.

Y no queremos hablar de los textos escolares en que se envenena el criterio de la juventud, con la mentira preconcebida, o con los gases deletéreos de la adulación al que mande.

Hacía, pues, falta el instituto de Historia a que aludimos. Lo integran personas cabales en ilustración y rectitud, según nos dimos cuenta en la junta citada, donde podemos recordar que vimos a los

licenciados Batres Jáuregui, Villacorta, Matos, Rodríguez Beteta y Montúfar, a las señoras de Osborne y Górriz de Morales; a don Flavio Guillén, don F. Fernández Hall, y don Víctor M. Díaz; a los ingenieros don Fernando Cruz y Lisandro Sandoval y al General Zamora Castellanos.

El Poder Legislativo acaba de asegurar la vida de esta sociedad, acordándole un subsidio que si bien no basta para dar cima al amplio programa, es suficiente para comenzar a trabajar irradiando entusiasmos a las personas cultas que deseen su ingreso como socios de número.

Grata satisfacción dilata el alma de «El Imparcial» consignando notas como ésta, de altruismo, ciencia, fraternidad y cultura. Aplaudimos a la Sociedad naciente y al Gobierno que la apoya. Ojalá, siempre, en vez de ataque, vituperio, crítica y censura, tuviéramos la felicidad como hoy, de hallar ocasión para aplaudir sin reservas.

"La Sociedad de Geografía e Historia ha levantado la cruzada contra las esclavitudes mentales. Y a fe que ha principiado bien: suprimiendo esa caprichosa filiación en que, por fuerza, hemos de caer los *chapines,* bajo el eterno círculo vicioso del liberalismo y el conservatismo—señuelo para atrapar los puestos públicos. En la Sociedad no hay más que guatemaltecos que aman a Guatemala; nacionalistas sin política. Logrado el primer triunfo—la anulación de las tendencias personales en terreno tan resbaladizo la Sociedad ha principiado a redimir nuestro gusto popular, a enseñar belleza y tradición artística a la masa. Dígalo si no la espléndida fiesta del viernes en el Teatro Abril. . . ." (Tomado de un editorial de *El Imparcial.)*



Las Vestales de la ópera "Quiché Vinac"



Señorita Margot Matheu

CRONICAS

que el "Diario de Centro América" y "Excelsior," dedicaron a la sesión del 25 de julio y a la representación de los diversos pasajes de la ópera nacional.

EL GRANDIOSO EXITO DE ANOCHE EN EL "ABRIL"

¿Una crónica literaria? No. Es preferible no vestir de trapos la sencilla desnudez de la verdad, para reseñar esquemáticamente los actos de anoche en el "Abril", que constituyeron para la Sociedad de Geografía e Historia y para los organizadores y actores de ella y en ella, el más rotundo, clamoroso y merecido de los éxitos.

Arte y belleza en la elegante sencillez del adorno, que desde la plaza Gálvez se imponía en collares de luces rojo y azul, en verdor de hojas y en matiz de flores; arte y belleza en las guapísimas señoritas que hicieron la merced de su regia aristocracia, a la simplicidad de sus trajes indígenas; arte y belleza, en fin, en el discurso de Martínez Sobral, en la emocionada frase del Ministro francés y en la música de Jesús Castillo.

El lleno, absoluto: galerías, palcos, plateas, todo colmado. La sociedad entera, representada por sus mejores componentes, hizo acto de presencia,—que en esa fiesta de fraternidad y de cultura estuvieron tanto "el obrero como el capitalista; el católico como el librepensador; el conservador lo mismo que el liberal".

Llega el señor Presidente de la República; la orquesta ejecuta el Himno Nacional, y el acto empieza. Ocupa el escenario la Sociedad de Geografía e Historia, en pleno: se une a ella después, el Excelentísimo señor Revelli. El Secretario Fernández Hall lee la exposición de motivos, que en otro lugar de esta edición publicamos. Y luego, Enrique Martínez Sobral.

LAS PALABRAS DE MARTINEZ SOBRAL

Es casi imposible hacer una síntesis de la hermosa oración de este insigne compatriota. Las disciplinas económicas no han apagado, ni mucho menos, el fuego inspirador. La suprema belleza de la frase está caldeada, a las veces, por una íntima emoción personal, cuando Enrique entona un cántico a la Guatemala de sus amores y habla ¡no hay todavía un sollozo en su voz! de su hondo dolor filial, en el extranjero, a la tremenda noticia de los terremotos. Landívar le da su suavidad y Diéguez su nostalgia.

Tiene para España frases justicieras; habla de la estupenda epopeya de la conquista; dice cómo nuestra capital ha sentido la nostalgia del volcán, bajo el cual se ha amparado siempre, como si no quisiera perderlo de vista, ya que él, por su alta hermosura, mayor que todas las

otras de la naturaleza nuestra, ha ejercido sobre ella irresistible atracción; dice también cómo ha pagado por ese deslumbramiento el tributo de los terremotos, que han hecho que vague de valle en valle como una regia mendiga en busca de reposo y de abrigo.

Con la fundación de la capital de Guatemala, es decir, con la iniciación de nuestra personalidad propia, dejaron los conquistadores, —más propiamente el admirable Tonatiú,—un problema capital, que no se ha resuelto todavía: el de la fusión étnica de las razas—la española con sus heroísmos y la indígena con sus abnegaciones—para que lleguemos a constituír definitivamente la nacionalidad, ahora todavía en ebullición. Esa fusión no puede ser obra más que del amor, tal y como ya la practicó desde el principio de la colonia el santo obispo Marroquín, mandado glorificar por el Gobierno actual de la República en un decreto que por su trascendencia debiera perpetuarse en letras de oro, en el monumento mismo que ordenó erigirle. Aquel claro varón inició la cruzada con el libro y la escuela indicándonos el camino que debemos seguir.

Amor,—es decir, respeto al derecho, tolerancia en la religión, armonía entre el capital y el trabajo; reunión del apretado haz de voluntades en el supremo y único culto de la Patria; es decir, ser todos caballeros, en el más alto sentido de la palabra, tal y como con profundo y maravilloso simbolismo lo proclama el nombre que se impuso a la fundación que se conmemora: Santiago de los Caballeros de Guatemala. Y así, con este altísimo espíritu constructivo de comprensión y de confraternidad, fundaremos, ahora ya para siempre, la nueva Ciudad de Guatemala, — la Ciudad—sobre la base inconmovible de nuestros corazones.

Una calurosísima ovación fué el homenaje del público a Martínez Sobral, con motivo de la cálida y hermosa oración que inútilmente hemos pretendido extractar.

JESUS CASTILLO CONDECORADO POR EL SEÑOR MINISTRO FRANCES

Modesto, cual conviene al verdadero valer, el maestro Jesús Castillo recibió de manos del Excelentísimo señor Ministro de Francia las Palmas Académicas,—alta y merecida distinción con que el Gobierno de la República Gala reconoce y premia los méritos de nuestro ya ilustre compatriota. El señor Reville, alma entusiasta, se impresionó hondamente cuando el año anterior, en la sesión inaugural de la Sociedad de Geografía e Historia, conoció la música de Castillo y escribió una cordial carta alusiva a Sinforoso Aguilar, nuestro Subsecretario de Relaciones, expresándole su emoción y que había solicitado de su Gobierno las Palmas cuyas insignias impuso anoche al compositor, después de elocuentes palabras, y entre las dianas de la magnífica orquesta y los delirantes aplausos de la concurrencia. Castillo dijo breves frases de gratitud,—y dió principio, después de una obertura, la representación de varios pasajes de la ópera nacional "Quiché Vinac", libreto de Virgilio Rodríguez Beteta y música del mismo señor Castillo.

Y principió de la manera más sugestiva: con un prólogo explicativo, admirablemente dicho, por Martha Vielmann Vásquez, que con un traje igual al usado en la representación de "Guatemala Quiché" cuando la jura de Fernando VII en 1808, estaba radiante de simpatía, de gracia y de belleza.

LA OPERA NACIONAL "QUICHE VINAC"

Trata el preludio un tema descriptivo: el amanecer tropical en una serranía. Luego, el Himno al Sol, por el Sumo Pontífice de los Quichés, seguido del anuncio del sacrificio a Tohil de la princesa Alitza, princesa cachiquel prisionera de los quichés, para aplacar la cólera de los diosos y la voz agorera del demonio que anuncia la destrucción del reino. Danza del amanecer por las sacerdotisas quichés. Finaliza el primer cuadro.

Cuadro segundo: un bosque, en el cual se encuentran Alitza y su salvador el príncipe cachiquel Amalchi (Gran Murciélago). Cantan un dúo amoroso. En escena no representada anoche, llega el brujo que los persigue por encargo sacerdotal y que arranca del pecho de Amalchi su talismán, la flor del Xochinatl. El cuadro final de la muerte, en



Un momento de la danza salvaje

una hoguera, de los dos príncipes. Los brujos, vestidos de animales bailan la Danza del Sacrificio. La música describe el combate de los guerreros defendiendo a la Patria, y las dos víctimas profetizan la desaparición del Quiché.

Es, pues, la obra, escrita por Rodríguez Beteta con sentimiento artístico, estudio del ambiente y conocimiento de causa, un idilio de amor y una tragedia de sacrificio al borde de la tumba, próxima a abrirse para el pueblo Quiché. El acento agorero del brujo en los barrancos anuncia la llegada de las gentes de más allá del mar. Por los campos patrios se oye ya el resonar de las espuelas del conquistador. Y todo está lleno de una emocionante y honda melancolía.

En cuanto a la música de esta primera ópera nacional,—título ya bastante para su consagración,—persona entendida escribirá para el Diario un análisis razonado. Lo único que podemos decir es que nos apareció, en su autoctonismo, profundamente emotiva, llena de colorido y verdad en la descripción y sencilla e ingenua a la vez, como el alma de la raza que le ofreció sus motivos.

Adorables, en la ejecución de su baile, las sacerdotisas quichés. Citemos nombres:

GRUPO PRIMERO.—EL SOL NACIENTE

Señoritas: Chusita Wyld, Margot Matheu, Lily Vielmann, Rosaura Calderón, Clotilde Dougherty y Virginia Matheu.

GRUPO SEGUNDO.—EL AZUL DE LOS VOLCANES

Señoritas: Rogelia Bermúdez, Lola Palma, Magdalena de Ham y Elisa Treuherz.

GRUPO TERCERO.—LA CAMPIÑA

Señoritas: Elisa Flores, Rosa Diéguez, Elisa Saravia y Mila Geoffroy.

GRUPO CUARTO.—EL LUTO (COLOR AMARILLO) DE LA PROFECIA

Señoritas: Blanca Mercedes Menéndez, Loti Brackman, Margot Penny y Elisa Matheu.

GRUPO QUINTO.—EL ARA DEL SACRIFICIO

Señoritas: Margot Arias, Emmy Mata, Adilia Martínez y Graciela González.

La parte masculina, de ejecución perfecta, fué así:

Coro de sacerdotes.—Señores Enrique Aguilar (Gran Sacerdote), Héctor Quiñónez (segundo Sacerdote o Anunciador), Francisco Gómez, Gregorio Aparicio, G. Menéndez, V. Rodríguez, Alberto Bocaletti, Vicente Monterroso, Carlos y Raúl Blanco.

Danza de los Brujos.—Francisco Brewer (que hizo de Coyote), Alberto de la Riva, Mariano González, Francisco Quinteros, José Godínez, Adrián Paz, Bernabé Muñoz, Eliseo González, Manuel Gutiérrez, Ramón Aguilar, David Almendares. Y digna de aplauso la labor del maestro de coros, don Manuel Pinto, así como de quienes dirigieron los bailables, señorita Elisa Padilla y don Francisco Cordón Horjales.

Los trajes, que con el decorado, estuvieron encomendados al conocimiento indiscutible en la materia de Alberto de la Riva, irreprochables.

Mención especial para la señorita Clara Andreu (Princesa Alitza) y para Augusto Monterroso (Príncipe Amalchi) que con la ejecución de sus dúos contribuyeron al éxito de la velada. Todo elogio sería parco para la orqueta, de 45 profesores, que revivió sus días de gloria bajo la



Cuadro de la Opera "Quiché Vinac," al ser llevados a la hoguera los príncipes Alitza y Amalchi

batuta maestra del maestro Alberto Mendoza, que es todo un señor Director. Ni debe pasarse por alto que nuestro viejo amigo el laureado profesor Fabián Rodríguez instrumentó, como él sabe hacerlo, varios de los números que se ejecutaron.

El folleto-programa distribuído es un primoroso spécimen, que honra a los talleres de la Tipografía Nacional, en donde se imprimió.

En resumen: una noche inolvidable y un triunfo muy legítimo para la Sociedad de Geografía e Historia, que con la simpatía unánime del público vió premiados sus esfuerzos, premio que es y debe ser un estímulo para que prosiga como hasta ahora sus ilustres labores en pro de la cultura nacional.

(De "Diario de CentroAmérica")

LA SOLEMNE SESION DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

No fué estéril la intensa labor de la Sociedad de Geografía e Historia para celebrar dignamente el magno acontecimiento de la fundación de la primera ciudad de Guatemala hace cuatrocientos años, puesto que su esfuerzo se vió coronado por el mayor de los éxitos.

Uno de los números más atrayentes del variado programa fué, sin duda, el dedicado a la gran velada con que celebró su sesión solemne aquella docta agrupación, la noche del 25 del mes en curso, en el espacioso y elegante Teatro Abril, único en su género en Guatemala.

Desde hacía varios días veníase preparando el programa de este festival; y un grupo encantador de lindas muchachas, encargado de llenar una parte interesante en ese mismo programa, trajinaba por tiendas de modas y comercios, en búsqueda de encajes y blondas, sedas y gasas, para adorno de originales vestidos que lucirían en aquella noche inolvidable.

La demanda de localidades fué inmensa; el Comité encargado de la distribución, trabajó día y noche por satisfacer a todos pero siempre quedóse un buen número de solicitantes sin conseguir su objeto, porque el hermoso Teatro Abril, bellamente adornado para este acto por la colonia italiana, fué pequeño, a pesar de su capacidad, para contener la gran afluencia de concurrentes; a las ocho de la noche, era materialmente imposible el acceso al interior del Teatro;—la gente se aglomeraba en el pórtico deseando cada cual ser el primero en entrar, y esto, como es natural, trajo el consiguiente desorden.

Ante una concurrencia, pues, tan numerosa como distinguida, entre la que se encontraba el señor Presidente de la República y su familia, los señores Ministros del Gobierno, el Honorable Cuerpo Diplomático, el Presidente del Poder Judicial, etc., etc., dió principio la sesión con la exposición de motivos, leída por el Secretario de la Sociedad señor Fernández Hall.

Abordó la tribuna, en seguida, el notable orador Licenciado Enrique Martínez Sobral, y dijo un bello discurso alusivo al acto, que el público aplaudió con entusiasmo. Fué de lamentarse que un Fotógrafo, en lo mejor de la oración, cortara la jugosa frase del orador, con el estallido de su magnesio; tuvimos a flor de labio una palabra nada galante para el importuno.

El Excelentísimo señor Ministro de Francia con breves palabras, dichas en castellano, condecoró, con las Palmas Académicas, al Maestro Jesús Castillo, autor de la ópera indígena "Quiché Vinac". Una merecida ovación fué tributada al modesto compositor.

La encantadora señorita Marta Vielmann Vásquez, vistiendo un lindo traje que es copia del que se usó para representar a "Guatemala Quiché" en la Jura de Fernando VII, el año de 1808, dijo con soltura el Prólogo de la ópera, explicando en síntesis su argumento. Fué muy aplaudida por su interesante labor.

La orquesta describe, con maestría, el amanecer en una serranía del trópico, y sigue el asunto fundamental de la obra, con arpegios y variedad de notas a cual más sugestivas y emocionantes.

El público, gratamente sorprendido por la belleza y originalidad de la música, no aplaudió como correspondía, la brillante interpretación que dió la orquesta a esta parte de la ópera; pero al terminar ésta, la ovación fué unánime y espontánea.

Sin tiempo ni conocimientos técnicos para describir la partitura, nos concretamos a ser intérpretes de la opinión general al respecto, manifestando que la música del Maestro Castillo, como el argumento del Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta, merecieron los más calurosos y entusiastas comentarios de parte del numeroso público que llenaba el Abril.

Contribuyeron al éxito de esta magnífica obra nacional, las bellísimas señoritas: Chusita Wyld, Margot Matheu, Lily Vielmann, Rosaura Calderón, Clotilde Dougherty, Virginia Matheu, Rogelia Bermúdez, Lolita Palma, Magdalena de Ham, Elisa Treuhers, Elisa Flores, Rosita Diéguez, Elisa Padilla, Mila Geoffroy, Blanca Mercedes Menéndez, Lotti Brackmann, Margot Penny, Elisa Matheu, Margot Arias, Emmy Mata, Adilia Martínez y Graciela González, que luciendo lindos trajes de la época de la fundación de la primera ciudad de Guatemala, desarrollaron con buen gusto bailes originales.

Merecen párrafo aparte Clarita Andreu y Augusto Monterroso que supieron interpretar los personajes de la Princesa Alitza, la primera, y el Príncipe Amalchi, el segundo, cantando con dulzura dos lindos dúos.

La Danza de los Brujos fué muy bien ejecutada por los señores Francisco Brewer, Alberto de la Riva, José G. Aparicio, Mariano González, Francisco Quinteros, José Godínez, Adrián Paz, Bernabé Muñoz, Eliseo González, Manuel Gutiérrez, Ramón Aguilar y David Almendares, así como el coro de Sacerdotes, que estuvo a cargo de los señores Enri-



El Dúo Amoroso de la Opera.—El "Coyote" llega arrastrándose hasta los príncipes

que Aguilar, Héctor Quiñónez, Francisco Gómez, José G. Aparicio, G. Menéndez, V. Rodríguez, Alberto Bocaletti, Vicente Monterroso, Carlos Aguilar y Raúl Blanco.

Mención especial merece el maestro don Manuel Pinto, quien con entusiasmo y dedicación repasó los coros y prestó su contingente en todo lo que fué necesario.

Lo mismo podemos decir de la señorita Elisa Padilla y don Francisco Cordón Horjales, que fueron los directores de los bailables de la ópera, y que trabajaron con tesón para que éstos salieran lo más ajustados a la época que se conmemoraba.

Tanto la colonia española, que se encargó del adorno de la plazuela del Teatro, como la colonia italiana, que con muy buen gusto adornó el interior de aquel edificio, merecen los más justos elogios por su participación en este festival.

Y para concluír vayan nuestros más calurosos aplausos para el maestro Alberto Mendoza, que bajo su experta batuta supo conducir a la numerosa orquesta, que hizo derroche de competencia en la magnífica ejecución de la obra, así como para el maestro Fabián Rodríguez, que contribuyó al éxito de ésta.

Que sirvan de satisfacción a los miembros del Comité encargado de este suntuoso festival, los comentarios elogiosos que se hacen de aquella noche de arte y buen gusto, con que supo obsequiar a la sociedad de Guatemala.



Un pasaje de la Danza de las Vestales

LEYENDA INDIANA

Nos complacemos al publicar la preciosa composición que ha escrito, en Buenos Aires, nuestro distinguido compatriota, don Máximo Soto Hall, poeta de altos vuelos y prosista genial, de culto, fácil y elegante estilo. Las costumbres de la época dan, al fondo de esa labor, romántico relieve, realzado por luces y sombras de la conquista, española. Los ritos indígenas, los bárbaros sacrificios, el alma heroica y satánica de aquella antitética figura, que se destacaba arrogante, en la historia de Guatemala y México; del adalid gallardo, enamorado, valiente, temerario y cruel, cuyo espíritu salvaje y divino parpadeaba, como un faro, sobre nuestra cordillera, con alternativas aterradoras;—todo eso, decimos, presta interés al cuadro trazado, con maestría, por la pluma de nuestro amigo y compañero, del literato inspirado, señor Soto Hall, que siquiera sea de lejos, colabora en los "Anales" de nuestra corporación, a la cual pertenece.

No demoremos por más tiempo el placer con que nuestros lectores sabrán apreciar una obra literaria y artística como la que lleva por título:

EL BAUTISMO DEL MAIZ

Pedro de Alvarado, que por sus aventuras de amor y su físico hermoso, bien merecería que se le llamara el Don Juan de la conquista americana, pasó por la ciudad de Iximché dejando, como era su costumbre, una estela de espanto y de dolor. Recuerdos vivos de su tránsito, eran las frentes de los príncipes marcadas con el hierro al rojo; las fogatas humeantes donde el viento recogía las cenizas de los héroes castigados por el delito de defender su terruño; las arenas auríferas de los ríos, no mojadas por sus linfas transparentes, sino por el llanto de los niños, obligados, bajo el golpe del flagelo a colectar por días enteros las pepitas de oro, hasta saciar la codicia siempre creciente de sus duros amos.

Felizmente el celo religioso, hasta aquel momento, no había desplegado sus banderas. Idolos y templos aún quedaban en pie, libres de las injurias de la mano extranjera. La nueva fe, la salvadora de almas, no hacía prosélitos valida del argumento convincente del potro y de la hoguera. Vacilante, pero sin caer, se mantenía el credo amenazado como un homenaje a la conciencia libre.

La gente de Iximché respiraba por un breve momento. Tregua corta y por lo mismo más dulce. El capitán, rubio, vencedor en cien encuentros, había seguido camino a Cuzcatlán en demanda de nuevos dominios y mayores riquezas. Una vaga esperanza, un hecho inaudito, la muerte de los invasores en alguna de sus aventuras osadas, eran el consuelo y fuentes de energía para los pobres indios que tanto sabían ya del desprecio y del martirio.

Era en el mes de *Tocaxepual*, el de las primeras siembras, e iba a celebrarse, quizá por última vez, la más importante fiesta del año en un pueblo eminentemente agrícola. Su solemnidad y su pompa, en todo tiempo grandes, parecía que en esta oportunidad se había resuelto revestirla de una magnificencia desconocida y casi fantástica por su esplendidez. ¡Ultimo llamear de una lámpara que se extingue!

El día Imox, o del pez espada, primero del mes, el Sacerdote Máximo, Hum-an-axchil, había emprendido viaje a la *casa verde*, en el corazón del bosque, donde debía someterse a las más horribles penitencias. El pueblo todo, con lágrimas en los ojos, le acompañó hasta el lugar en que los árboles gigantes de retorcidos y rugosos troncos, tupidos y amplios de follaje, formaban la boca amenazadora de la selva. Iba sencillamente vestido con una túnica de algodón sin bordados ni adornos, descubierta la cabeza y descalzos los pies. Al entrar se despidió del sol que en la espesura de aquella fronda apenas lograba pasar, entre el escudo de las hojas, alguna que otra de sus flechas de oro, y conjuró seguidamente al tigre y a la cascabel, al *coyote* y a la *chinchintora*, a las hierbas venenosas y a los insectos dañinos. Después su figura blanca se perdió entre las sombras, mientras se iba apagando el crugir sollozante de las hojas secas.

Una sola vez durante su vida el Gran Sacerdote debía someterse a las amargas pruebas que ahora le tocaba experimentar a Hum-an-axchil. Era algo superior a las fuerzas humanas. *La casa verde* era una gruta encuevada en lo más inaccesible y abrupto del bosque. Los musgos que la cubrían le daban su nombre. Era húmeda y fría como una tumba. Un riachuelo anémico se retorcía a corta distancia quejándose en sus murmullos como un niño enfermo. Las voces de la selva en alta noche, turbando la soledad, tenían algo de conminación y de ruego. Bajo la bóveda pétrea, de misteriosa acústica, el rugido del jaguar y el graznido del *tucurú*, adquirían fantásticas resonancias. Su alimento era maíz crudo. No debía dormir sino orar día y noche. El filo de la obsidiana mordía constantemente todas las partes de su cuerpo, particularmente las más sensibles, para extraerse sangre en profusión, como un holocausto a la divinidad. No le era dado ni cubrirse con su túnica, de la que se despojaba al entrar a la gruta, y debía pasar las noches helándose de frío que intensificaba la debilidad. Tenderse sobre el suelo, por duro y áspero que fuese, era un delito. Debía estar de pie, siempre de pie, aún en los últimos días, en que las constantes hemorragias le habían robado toda su enérgica virilidad. En aquel crisol de torturas se purificaba. Nunca como en aquella ocasión extremó tanto el pontífice los rigores con su cuerpo. Acaso los dioses se aplacarían y descargarían sus iras sobre los hombres nuevos.

En Iximché, el pueblo, por su parte, se preparaba para la gran solemnidad. Los matrimonios se divorciaban en los placeres de la carne. Las mujeres dormían en las casas, los hombres tendidos en los

portales y en las veras de los ranchos. La mayoría se pintaba el cuerpo con humo, se alimentaba mezquinamente y dos veces al día se extraían sangre de los miembros. Los mismos niños se ensayaban en tan agria prueba.

Se acercaba el día en que el maíz debía caer en el surco, en que el grano, en el seno de la madre tierra, iba a fecundar al influjo de su savia vivificante. Pero el maíz, antes de pasar al gran vientre, era preciso que recibiera el bautismo sagrado. Consistía éste en rociarlo con la sangre del niño más hermoso de la tribu. El pequeño, robusto y bello, debía morir para que la cosecha fuera exuberante y sana. Ser madre del inocente elegido para el sacrificio era una honra, un motivo de orgullo. Todas las mujeres en crianza aspiraban a que su vástago fuera la fuente fertilizadora. Los sacerdotes en el atrio del templo asistían al desfile diario de mujeres que llevaban sus pequeños en brazos. Los que sobresalían por su belleza eran marcados en el pecho para más tarde sujetarlos al cómputo definitivo.

Esposas de sacerdotes, de altos dignatarios, de caudillos famosos, de agoreros, lo mismo que de humildes trabajadores y hasta de esclavos, discurrían ante el templo, llenos de fe y de esperanza. El amor materno, gran engañador, hacía que cada una imaginara que su hijo iba a ser designado por el encanto de su rostro y la salud de su cuerpo.

Todas pasaban, todas, menos la princesa Xuchil.

¿Qué misterio envolvía su ausencia? Ella también era madre; pero nadie, casi nadie de la ciudad de Iximché conocía a su hijo. Había nacido un año después que Tonahtiú pasara por aquellas regiones sembrando la desolación, la desesperanza y la muerte.

Ella, la linajuda indígena, recordaba aquellos aciagos días con placer y con dolor. Era la beldad suprema en todo el reino, cuando se supo de la llegada de los hombres pálidos, resplandecientes como el día y sombríos como la noche. Los poetas primitivos la habían cantado comparándola con la estrella de la tarde y con la olorosa y fresca flor del *tzuquinay;* los príncipes habían soñado en quemar la resina reveladora, con ella, en el recinto nupcial; los niños la miraban pasar y suspendían sus juegos, y los ancianos sentían claros y limpios sus ojos apagados, como al influjo de un fulgor celeste.

Era un hermoso amanecer cuando Alvarado entró en Iximché llevado por sus hombres pudientes que creían servirse del caudillo que tenía el brazo que lanzaba fuego, para vencer a sus vecinos de Itzcuintlán. La multitud contemplaba el desfile, atónita ante los caballos que piafaban, mientras el sol desmenuzaba reflejos sobre las armaduras resplandecientes. Llevaba el conquistador alta la visera y su barba rubia fulguraba en tal forma que hacía empalidecer el bronce pulido de su coraza. Volvió el rostro al remate de las escaleras de un palacio, donde un grupo de doncellas observaba con ávidos ojos a los guerreros, para quienes las flechas eran juncos y las murallas campo abierto, y por su rostro adusto pasó un relámpago: acaso el recuerdo de la hija del Señor de Tlaxcala, con quien hubiera, en amoroso lance, a la princesa de Xicontecal,

Aposentado en el palacio de Tzupam, preguntó el castellano a uno de los príncipes que le ofrecían el arma poderosa con que contó la conquista, la traición:

—¿Quién es la mujer más hermosa de este reino?

—La princesa Xuchil, contestó el interpelado, y, respondiendo a las preguntas del invasor, refirió cuanto sabía de la aristocrática indígena.

Estaba recién casada con el príncipe Xuchil, después de haber sido objeto de la solicitud amorosa de cientos de varones ilustres. Por tres veces le enviaron éstos sus más valiosos presentes y por tres veces fueron rechazados. El príncipe entró en su alma porque era joven, fuerte y hermoso. Sin buscar descanso subía a las más altas cumbres de los más altos montes para encender las fogatas guerreras, y, sin tomar aliento, mientras ardía el fuego, sonaba el bélico caracol estremeciendo con sus vibraciones todo el valle; hacía pasar la flecha siete veces por el tubo de una caña brava sin rozar sus paredes; con su maza había exterminado mil enemigos en un combate sin que su brazo sintiera fatiga; con los dedos de cien manos no podían contarse las pieles de jaguares y pumas, muertos por la suya, en lucha cuerpo a cuerpo, y todas no ostentaban sino un solo agujero, el que marcaba el lugar del corazón; atravesaba los ríos como un pez y trasponía los barrancos como un venado; tenía las plumas más vistosas, el cacao más rico y el oro más puro; entendía las lenguas de veinte pueblos y sus carnes las bañaba sangre de reyes.

Alvarado se puso de pie apenas de oír las últimas palabras. La lujuria y la codicia asomaron a sus ojos que chispeaban bajo el arco de su entrecejo anudado.

—Quiero que me sea traída aquí, inmediatamente, la princesa Xuchil, para indagar asuntos graves, dijo con voz preñada de amenazas. La fiera, mansa hasta entonces, comenzaba a mostrar, entre la fina felpa de su zarpa, el filo despiadado de sus uñas.

Y llegó la princesa. Temblaba como la frágil mariposa al detenerse sobre la delicada superficie de un pétalo. La admiración y el miedo ponían nuevo encanto a su extraña belleza.

—"Hijo del sol, dijo arrodillándose, yo nada puedo decirte de lo que quieres saber, yo ignoro todo lo que pasa en estas tierras y sus hombres guerreros. Yo sólo conozco el manejo de la hilandera y la aguja del bordado; yo sólo sé rodar la mano sobre la piedra para moler el maíz y palmar la tortilla hasta hacerla fina como una hoja, para llevarla al *comatl* que arde; todo mi arte es cantarle a mi Señor mientras mezo su hamaca para que duerma después que llega fatigado del bosque. Hijo del sol, nada puedo decirte, pero deseo que tus cosechas sean prósperas y tengas muchas plumas, muchos granos y mucho oro, y que regreses a tu pueblo y halles tu casa en pie y tus hijos sanos y tu mujer fuerte y que llueva sobre tus siembras y el sol caliente tus campos",

El castellano la veía como sobrecogido por una misteriosa fascinación. Se repuso. Avanzó hacia ella, la tomó en sus brazos y la arrastró al cuarto vecino donde estaba el *tapeshco* en que dormía, cubierto con mantas de colores vivos y dibujos raros.

Entre tanto el desgraciado esposo, enloquecido por el dolor, buscaba sus joyas de más precio para llevarlas al extranjero audaz y suplicarle, teniendo derecho a exigirle, que le devolviera a su esposa, el tesoro más amado de sus tesoros. Entró a la presencia del vencedor y expuso su demanda con lágrimas de desesperación y de angustia a la vez que ofrecía sus donativos. Los presentes fueron aceptados, pero la prenda cara no fué devuelta. Hubo más. Como viera el conquistador que de las orejas del indio colgaban unos aros salpicados de hermosa pedrería, se abalanzó al príncipe y se los arrancó a viva fuerza, desgarrando con tal crueldad los lóbulos, que de ellos quedaron pendientes como aretes de coral dos hilos de sangre. Al punto de los labios del iracundo Capitán se escapó un silbido y de un salto estuvo junto a su amo un inmenso perro de presa, uno de aquellos canes que tanto temían los primitivos, porque destrozaban sus carnes con más fiereza que las bestias salvajes de la montaña. La presencia del terrible animal anunciaba al indio que era preciso retirarse y huyó dejando a su paso las notas dolientes de sus gemidos y sollozos.

Pasó el tiempo y la hermosa cautiva volvió al hogar abandonado. El príncipe la amaba y la recibió con cariño y bondad. Pero corrieron siete lunas y la princesa fué madre. El recién nacido no tenía el sello de su raza; ni la piel era cobriza, ni el cabello negro y lacio. Su cuerpecito era blanco como la nieve que diadema el volcán, y rosado como el hueco del caracol y era rubio como el maíz amarillo y sus ojos eran claros y azules como un día soleado y sereno.

El príncipe lo miraba hosco y sombrío, pero no sin cierto temor supersticioso. La princesa lo adoraba. ¿Qué flor de recuerdo hacía más hondo su amor de madre? ¿Pasaba por su mente como en desfile, a un tiempo mismo doloroso y amable, la figura soberbia del *hijo del sol* y los días pasados con él? Fuera de su retoño no la preocupaba otra cosa, y al saber que se acercaba la fiesta de la siembra y la ceremonia del bautizo del maíz, había temblado, besando con desesperada angustia a la preciosa criatura, porque en los brazos del hombre de lejos había aprendido a besar.

El día augusto de la consagración del grano se acercaba. Había vuelto el Sacerdote Máximo de la *casa verde* y se recuperaba un poco para poder asistir a la gran solemnidad. Entre los niños marcados iba a verificarse aquella tarde la elección definitiva. Los sacerdotes convertidos en tribunal de arte examinaban a los niños. El uno pesaba siete manos de cacao, tenía la ventaja en el peso; el otro tenía la frente más huida y la carne más recia; el de más allá, parecía reproducir en su rostro las líneas terribles del dios Tohil. Era difícil resolver el problema. En ese momento, cosa no vista nunca, un hombre se presentó con un niño en brazos. Era el príncipe Xuchil. El pequeño venía cubierto con un manto de algodón ricamente bordado y no se podía verle.

—La princesa mi esposa, dijo el recién llegado está enferma, muy enferma, puede morir, pero antes moriría de pena que de enfermedad, si no mandara su hijo para ofrecerlo a los dioses, y arrancó el manto que cubría al niño.

Un grito se escapó de todas las bocas. No podía haber nada más bello. Lo pesaron y llegó a siete manos de cacao. No se parecía a los ídolos, muy al contrario, pero tenía algo de sobrenatural que subyugaba. Sin una sola discrepancia quedó electo para el sacrificio que debía tener lugar al día siguiente. Se le entregó a una sacerdotisa, y el templo poco a poco fué quedando vacío. La princesa, que había ido en busca de orquídeas para tejer una corona que debía ceñir la frente de Abrakán, al regresar a su casa, buscó inútilmente a su hijo. Despedazó entre sus manos nerviosas las flores admirables, se mesó los cabellos con rabia y ya se disponía a echarse a la calle como una poseída, cuando entró su esposo.

—Mi hijo, mi hijo, ¿donde está, devuélveme a mi hijo!

Inmutable, con acento frío como la hoja de un cuchillo de jade, el príncipe respondió:

—En el templo. Era el más hermoso de los niños.

La princesa comprendiéndolo todo, dió dos pasos, vacilantes, y cayó pesadamente en tierra, en esa misma tierra que en los campos, muy en breve, haría reventar el grano rociado con la sangre de su sangre.

El día Coak, o de la lluvia, no respondió a su nombre. Un sol magnífico fué remontando el cielo no turbado por un girón de nube. Desde las primeras horas del amanecer, ambiente de noble regocijo se hacía sentir por todas partes. El pueblo purificado por la penitencia y el sacrificio, se disponía a tomar la comunión. Al pie de la escalera que daba acceso al templo principal, se alzaba una estatua del dios *Huitzilopochtli,* hecha de una pasta compuesta de maíz cocido, semillas de ciertas plantas virtuosas y miel de colmena. La ceremonia denominada *teoqualo,* que quiere decir *dios es comido,* consistía en repartir en porciones pequeñas, pedazos de la figura hecha de esa masa que los fieles ingerían con unción, murmurando: "que sea con nosotros el espíritu de la divinidad y nos libre de la peste y de la caída y del extravío en el camino y nos dé prosperidad y bienestar".

Cuando el astro se encontró sobre la aguja del templo se procedió al bautizo del maíz. Cerca de la ceiba gigante que alzaba su soberbia copa en el centro de una plaza, sobre un sitial adornado con palmas, estaban los sacerdotes, presididos por el gran Hum-an-ax-chil. Llevaba éste una túnica blanca y una dalmática azul; sobre la cabeza una mitra bordada con pedrería; sandalias admirablemente tejidas cubrían sus pies; un cinto de cuero sostenía el cuchillo de obsidiana que debía servir para abrir el pecho de la víctima; en la diestra empuñaba un báculo de oro, en la siniestra una bolsita llena de maíz.

Vibraron los caracoles en lo alto de la torre, y entonces, de los cuatro puntos cardinales, se desprendieron cuatro grupos de doncellas vestidas de blanco, adornadas las sueltas cabelleras con largos tallos de hiedra que bajaban serpenteando por todo su cuerpo. Llevaban en la

mano una cesta llena de maíz y cubierta de flores silvestres. Se aproximaron a la ceiba y en torno del tronco, como una inmensa columna, comenzaron una danza graciosa y sutil animada por las notas de la marimba. A cada vuelta arrojaban una flor al pie del árbol sagrado, a la vez que cantaban alabando sus beneficios y sus dones y los del sol y del agua y de la tierra y de los hombres que cultivan los campos y de las mujeres que muelen en los hogares.

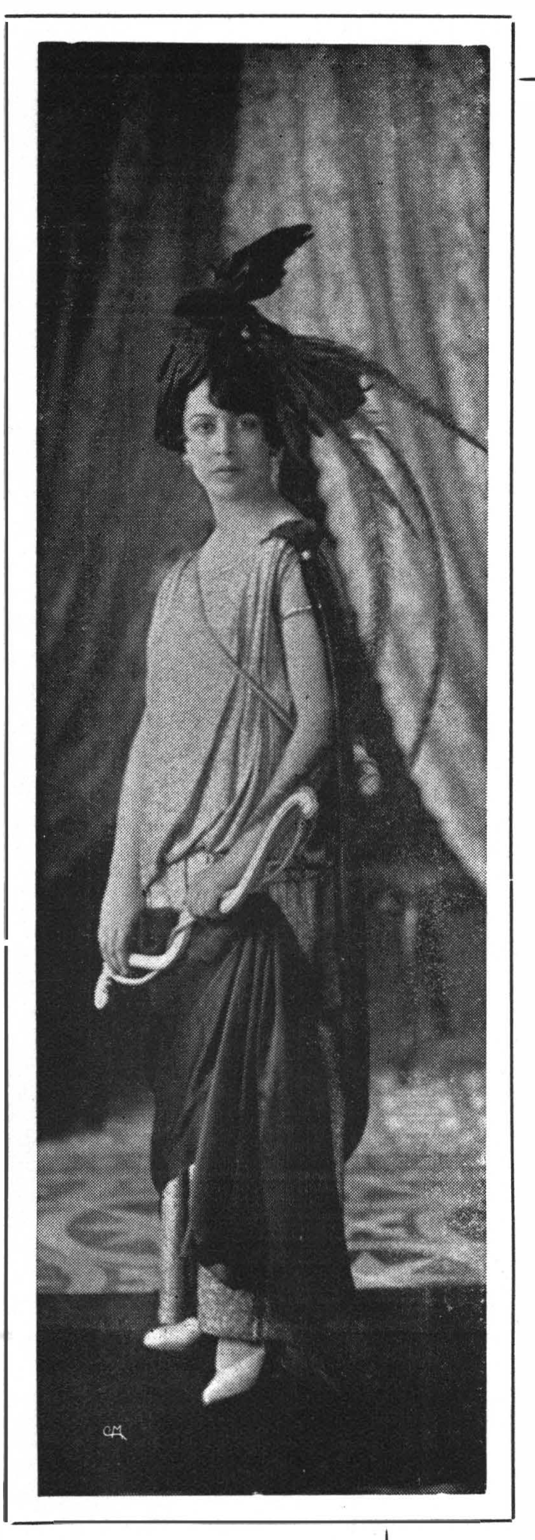
Cuando hubieron arrojado hasta la última flor, formando dos filas entre las cuales iban los sacerdotes, se dirigieron al templo donde debía tener lugar el sacrificio. La sacerdotisa se presentó con el niño en brazos. A la luz de aquel día diáfano y claro parecía más blanco y más bello. Lo recibió el Sacerdote Máximo y lo elevó para mostrarlo al sol. Hizo lo mismo ante la imagen de los Dioses y se dirigió a la mesa sacrificatoria. Lo depositó sobre la dura losa. El pequeño lloraba agitando sus bracitos y sus piernas, desesperadamente, como si presintiera su fin y quisiera defenderse. La multitud permanecía sumida en religioso silencio. De pronto se oyó un grito y una mujer que no se supo de donde había venido, rompiendo todo ritual, se acercó al ara. Era la princesa Xuchil.

—No lo matéis, exclamó, es hijo de Tonahtiú. Si lo matáis nuestros templos serán reducidos a polvo y despedazados nuestros Dioses, esclavos serán nuestros reyes, devastados nuestros campos, cegadas nuestras minas y los blancos pesarán sobre nosotros como la muerte.

El sacerdote la miraba impasible. Un grupo de nobles se había apoderado de la madre que forcejaba entre los brazos que la sostenían. El sacrificador se acercó al niño que lloraba con mayor angustia. Puso su mano sobre la garganta del pequeño y con un movimiento rápido, producto de una vieja costumbre, abrió el pecho de la víctima. La princesa seguía anunciando desgracias. Las doncellas vestidas de blanco se acercaron con sus cestas llenas de maíz. El pontífice recogía en una taza de oro la sangre y rociaba los granos de cada cesta. La simiente quedaba bautizada. Una hora después a los cuatro vientos y en todos los campos, era recibida por los surcos abiertos. Y se cuenta que nunca los anales de aquel pueblo, como en aquel año, fué más abundante la cosecha ni más hermoso el maíz.

MAXIMO SOTO HALL

Solamente desprecian e pasado y no se cuidan de su historia los pueblos que se menosprecian a sí mismos en el presente.



Señorita
MARTA VIELMANN,
en el prólogo
de la ópera
"VINAC QUICHE"

El vestido que luce esta bella y notable declamadora es el de "Guatemala Quiché," tal como fué ésta representada en la Jura de Fernando VII, en 1808.

PROLOGO DE LA OPERA

"QUICHE VINAC"

Varios pasajes de la cual se representaron la noche del 25 de julio de 1924, en el Teatro Abril.

Antes de que el telón se levante voy a descorrer ante vosotros el velo de los siglos. Hace 500 años de la historia que os voy a contar. Aún no se había abierto paso, a sangre y fuego, la civilización de Europa. Nuestras selvas dormían, y sobre los valles florecidos humeaba el hogar del indio y erguíase al cielo el templo que un día el Maya había enseñado a construír. Venid con migo al fondo de la selva. Estamos en las serranías del Quiché, en lo más abrupto de la montaña. La orquesta y la escena nos transportan....

Amanece. La música desgrana ante nuestros oídos los mil rumores del Trópico en la hora solemne en que el Sol se levanta y se escucha el maravilloso canto de los zenzontles. Cuando el preludio de la ópera termina, ha amanecido. Sobre las rocas están los sacerdotes y las vestales en espera del Padre Sol. Ya el Sol asciende. La plegaria, honda y ferviente, brota del corazón del sacerdote. Pide que la luz alumbre los senderos del Quiché, caliente el grano en los surcos y espante de los volcanes a Cabrakán. En seguida el gran sacerdote anunciador deja oír su voz: ha llegado el gran día del sacrificio: pestes, hambres, la miseria y la muerte, se ciernen sobre el Quiché. La estrella de la tarde sigue creciendo, como bola de fuego, fatídica e implacable, y el dios malo no cesa de gritar en los barrancos. Los dioses están coléricos, la ruina del gran pueblo Quiché se anuncia por todas partes, y para aplacarlos, se inmolará ese día ante el altar de Tohil a la princesa Alitza, la flor más bella del Cakchiquel, recientemente tomada prisionera.

Y el coro de los sacerdotes y las vestales repite:

Se aplacará el dolor
del gran dios del Quiché,
al caer la princesa
de Iximché,
como una flor....

Resuena el estruendo de los caracoles, atabales y chirimías anunciando el despertar del pueblo y emerge del fondo de los árboles el grupo de las vestales indias que saludan al Sol y anuncian y se prosternan ante el inevitable sacrificio de la princesa Cakchiquel.

Esto es lo que esta ópera os mostrará en su primera parte. Meses más tarde, cuando yo pueda ofrecérosla completa veréis que a continuación aparecen, entre los sones de la marcha guerrera, los Reyes del Quiché, ascendiendo por la montaña, para presenciar el sacrificio. Vienen después los grandes señores trayendo en doradas andas al fiero dios

Tohil y por último, rodeada de los cakchiqueles prisioneros, la Princesa Alitza, la flor más pura de los valles, que va a ser inmolada para aplacar a los Dioses. Pero he aquí que en el momento en que el puñal del Sumo Sacerdote se levanta para hundirse en el corazón de Alitza se oye rugir en el fondo de los barrancos la terrible voz del dios malo, que anuncia la destrucción del Quiché. Todos quedan en suspenso, presos de horror y espanto; y entre el estupor general el príncipe Amalchi, gran murciélago y señor del volcán, aparece en lo más alto, y cantando la profecía llega hasta los quichés, liberta a la princesa Alitza y se la lleva y desaparece con ella entre lo más agreste de la serranía. Los brujos quichés se congregan de nuevo para comentar el espantable caso. Pero cuando están más perplejos un prisionero cakchiquel hace traición y descubre el secreto del príncipe robador de Alitza. No es el demonio sino un Motz, un príncipe descendiente de las estrellas, quien, por la virtud de una flor que lleva sobre el pecho, puede saltar los abismos y transformarse en serpiente, murciélago o tigre. Si se logra arrancarle la flor, perderá su virtud. El más hábil brujo quiché es despachado en persecución de los príncipes fugitivos.... En el segundo cuadro de la escena que os presento, veréis cómo los príncipes fugitivos, Amalchi y Alitza, han llegado a lo más profundo del bosque. Ella está rendida de cansancio, y es en vano que él le pida que continúen, llevándola sobre sus alas. Esas alas, dice ella, queman como el resplandor del volcán. Allí, en el fondo del bosque cantan su idilio. El le dice que a su lado se siente inmortal, como las estrellas sus abuelas, y ella le contesta que estando a su lado no le importa ni la muerte. ¡Qué suerte morir juntos! El brujo quiché, convertido en coyote, avanza cautelosamente, junta fuego, los hace dormir con el humo y le arranca al príncipe la flor.....

Los dos príncipes han caído prisioneros, porque se ha perdido la flor. En el último cuadro presenciaréis cómo los indios bailan al rededor de la hoguera en que ambos príncipes perecerán, la danza macabra y fantástica con que ellos perpetuaron en los siglos la hora terrible aquella en que les fué profetizada la ruina del Quiché. Los dos príncipes están amarrados sobre la hoguera que pronto va a encenderse. Alitza, Alitza, le dice él. No temas estas llamas. Ellas no serán sino el resplandor de las estrellas donde eternamente vamos a arder.

Alitza contesta: nada temo, Amalchi. Yo soy feliz muriendo contigo, entre tus brazos, a la hora en que asoma la estrella de la tarde, la estrella, como bola de fuego, que anunciaron mis abuelos. El prosigue: Alitza, Alitza, ten valor. Las llamas nos desgarrarán, pero no temas, porque nos estaremos convirtiendo en estrellas....

La danza prosigue cada vez más furiosa. Las llamas de la hoguera arden. Los dos príncipes se retuercen entre ellas. Pero, de pronto, en lo más hondo del dolor, sienten que se apodera de ellos, con el vaho de la muerte, el vértigo sublime de sus abuelos: la adivinación.

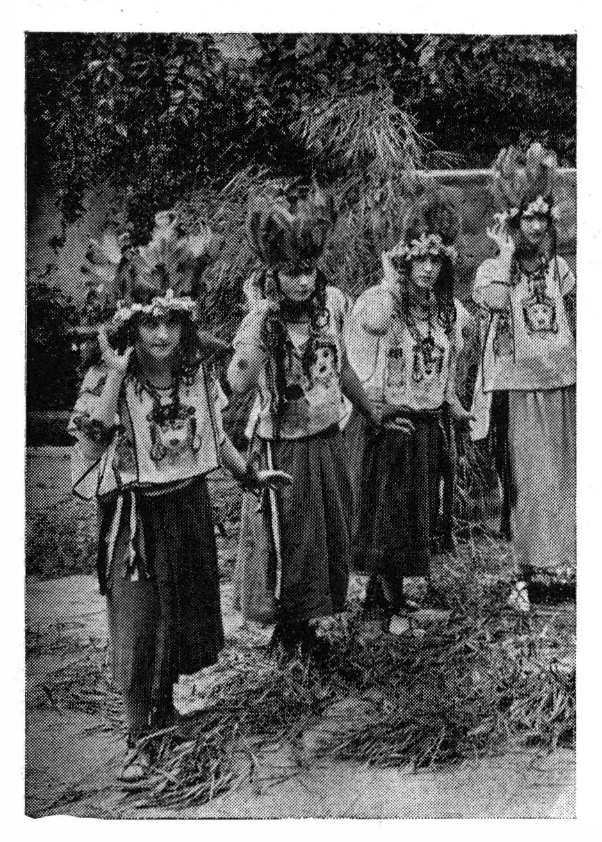
¡Ves, Alitza, Alitza, dice él! Ya dominamos la tierra y el mar y el firmamento, como en las cumbres de Hunahpú. Lee conmigo en la estrella de la tarde que asoma, como bola de fuego.... Y ambos, en el último instante, leen en la estrella y anuncian la profecía:

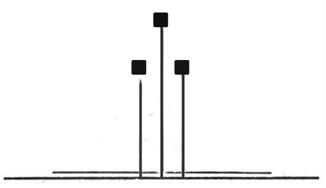
Quiché, Quiché. No quedará ni un árbol en tus campos ni una piedra en tus ciudades. Viene ya del otro lado del mar el hombre blanco, el Hijo del Sol. Viene montando monstruos grandes y veloces como los que había antes de que se hundiera la Atlántida. Traen el rayo en las manos. Leed, quichés, al resplandor de la última lágrima sangrienta de la estrella.

En el fondo del horizonte, ante los espantados ojos de la mulltitud, aparece la visión apocalíptica de los españoles. Aparece el grupo de los conquistadores, alumbrados por la estrella roja, compactos, montando briosos corceles, enristradas las tremendas lanzas, los cañones adelante, refulgentes los yelmos, las armaduras, los escudos, y enhiestos los morriones.

¡Los hijos del Sol, los hijos del Sol! grita la muchedumbre horrorizada. Los dos príncipes se doblegan abrazados. Las llamas envuelven sus cuerpos. La visión de los conquistadores desaparece. La música vibra con una fanfarria castellana fugitiva, y en los aires queda sólo el ululante grito, desgarrador y trágico, de los indios.

Esta es la historia que os convido a vivir conmigo por breves momentos. Abramos el alma a esta evocación de cinco siglos y asistamos aquí, en el seno de la Ciudad adorada, que hoy cumple 400 años de vida, a este grandioso episodio de nuestra pre-historia, cuyas sombras se proyectaron sobre el sol y cuyas claridades repercutieron, con fuerte clarinada de chirimías y atabales, sobre nuestras montañas. La ópera guatemalteca comienza. Levántese el Telón.





Los Vestales escuchan la voz del dios malo, que canta la Profecía de la Conquista

CRONICA

de la excursión organizada por la Sociedad de Geografía e Historia a la Antigua Guatemala y otros sitios históricos, en los días 27 y 28 de julio de 1924, por Francisco Fernández Hall (Haroldo).

El domingo 27 de julio a las seis y media de la mañana notábase en los alrededores del Parque Central inusitado movimiento de automóviles y viandantes. Era que se principiaba la organización del desfile hacia los sitios históricos en los cuales, a iniciativa de la Sociedad de Geografía e Historia, iban a ser colocadas lápidas conmemorativas y a ser pronunciados por algunos de los señores socios los discursos que en este número aparecen.

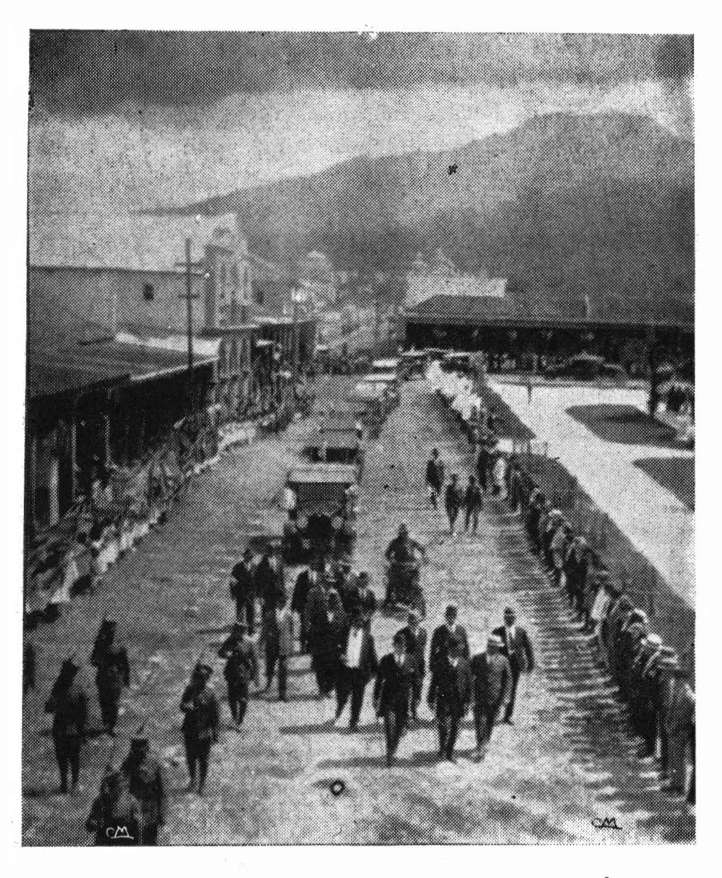
Más de cien automóviles forman ese desfile (sumando los que se le unieron en el camino y en la propia Antigua) hasta ahora sin precedente en Guatemala ya por el número de vehículos que van reunidos, ya por la importancia de la marcha que reune caracteres de solemne peregrinación. Un público numeroso se agolpa en el Parque Central, Plaza de la Concordia y calles por donde el desfile ha de pasar.

Poco antes de las diez de la mañana los excursionistas llegan a la urbe antigüeña, sin que en la marcha haya ocurrido el más leve incidente, apesar del número de carros que marchan reunidos, y gracias a la activa dirección y vigilancia de los miembros del Subcomité de Turismo al que la Sociedad encomendó la organización de este desfile.

Alegre recepción fué la que en la Antigua se hizo a los excursionistas tanto por las Autoridades Departamentales y Municipales, como por el entusiasta pueblo antigüeño, que se esmeró en todo sentido por dar esplendor y solemnidad a la patriótica festividad que fué celebrada allí el día 27. Todos los niños de las escuelas en correctísima formación y portando vistosas banderitas de colores formaban la valla en la calle por donde la excursión se dirigió hasta la plaza central, en la que los edificios públicos habían sido bellamente decorados. Las bandas de música tocaban alegres fanfarrias mientras los señores Ministros, los miembros de la Sociedad y el numeroso público invitado se dirigían al Palacio de los Capitanes Generales, bajo cuyas arcadas fueron saludados los excursionistas con palabras de cordial bienvenida por el Licenciado don Julio Pellecer en nombre de la Municipalidad. La señorita Sofía Midence Durán descorre el velo que ocultaba la placa que dice: *"Palacio de los Capitanes Generales del Reyno de Goathemala. Durante 231 años esta ciudad fué la metrópoli de Centro América."* Habla allí en nombre de la Sociedad el Licenciado don Rafael Montúfar, enalteciendo la obra civilizadora de Las Casas y de otros benéficos varones que se empeñaron por hacer menos trágica para los indios la hora terrible de la conquista. Se tributan aplausos por la concurrencia al orador; y en seguida la comitiva se dirige al monumental edificio donde en los años de la colonia, Guatemala empuñó el cetro de señora intelectual de la América del Centro. La señora doña María Goubaud de

Orive descubre la lápida que ha de recordar al viajero que aquella fué la primitiva y grandiosa Universidad Carolina y el Licenciado Matos pronuncia su alocución en loor de los fundadores de aquel centro universitario.

En seguida los excursionistas vuelven a ocupar los autos y el desfile se inicia hacia San Juan del Obispo, en cuyo Palacio la voz elocuente del señor don Flavio Guillén hace cumplido elogio del munífico prelado don Francisco Marroquín, al descubrirse por la señorita Julia Lazo Rodezno la lápida que recuerda haber sido aquel sitio elegido por el Obispo para su residencia de vacaciones. La belleza de aquel pintores-



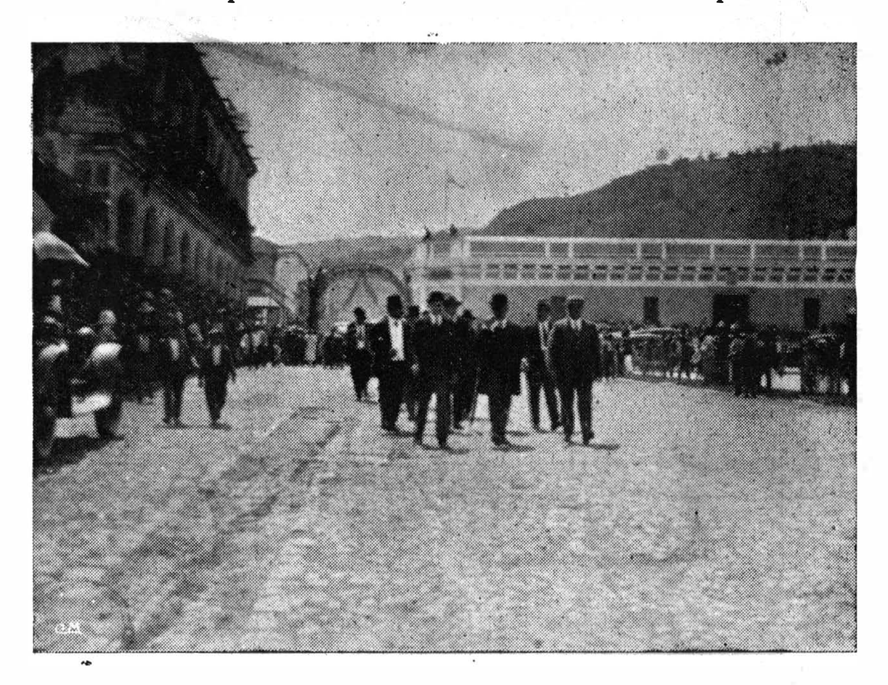
A su llegada, la excursión es recibida por la Municipalidad y Comité organizador, de la Antigua

co sitio, la solidez del Palacio que ha resistido los embates de los terremotos y la maestría con que están ejecutados muchos de los adornos de la iglesia que visitó la concurrencia, hacen prorrumpir a ésta en frases de admiración y de entusiasmo. El espectáculo presentado por la plaza de San Juan del Obispo circundada por ciento y tantos automóviles adornados era realmente inolvidable, al pie del Volcán de Agua y a la vista de un panorama de sin igual belleza. Allí es declamada por el estudiante de Derecho don Alfonso Carrillo la hermosa Salutación de Landívar a Guatemala, su ciudad natal.

Los autos se encaminan veloces al sitio de trágica recordación en el que una avalancha destruyó la segunda capital guatemalteca. Llegados a él resuena la brillante improvisación del Licenciado don José A. Beteta en el Municipio de Ciudad Vieja al descubrirse la placa que dice ser aquella la segunda capital que Guatemala tuvo. Pasan después los concurrentes a las ruinas del Palacio del Adelantado y son allí leídas las líricas frases en las que José Rodríguez Cerna recuerda el funesto fin de la Sin Ventura.

Iníciase después la vuelta a la Antigua, donde los excursionistas se dividen en busca de alojamiento. Son ya las doce y media de la mañana.

A las cuatro reúnese de nuevo la comitiva en la Plaza Central de la Antigua y principian los actos de la tarde con el Discurso pronunciado por el señor Ministro de Nicaragua, al descubrir la lápida conmemorativa que la Colonia Nicaragüense ofrenda como homenaje suyo en el IV Centenario de la primera ciudad de Guatemala. Esa lápida fué colo-



La Excursión a la Antigua hace su entrada a la histórica Ciudad

cada en el interior de la Universidad Nacional. Una salva nutridísima de aplausos acoge las palabras del distinguido diplomático de la hermana República que de manera tan simpática se ha asociado en esta recordación histórica que no es exclusiva de Guatemala, sino de la América Central toda, puesto que ésta durante los días de la Colonia tuvo a la Antigua por su sede central.

A continuación la Comitiva se dirige al sitio donde ha de ser loado el soldado-historiador, el famoso Bernal Díaz del Castillo, por el socio designado para ello, señor General don J. Víctor Mejía.

Después se marcha hacia el sitio en que existió la primera imprenta que a Guatemala trajo el ilustre Obispo Enríquez de Rivera, y allí habla en nombre de la Sociedad el señor Licenciado don Mariano Zeceña.

La concurrencia se dirigió en seguida a la casa en la que había sido colocada la lápida glorificadora del gran poeta Landívar. Se ha hecho esta colocación sin carácter de definitiva, pues pendiente se encuentra aún el determinar cuál fué en verdad la casa en que nació el ilustre bardo que desde la lejana Bolonia saludó a la Antigua en inspiradas estrofas. La lápida es descubierta por la señorita Concha Orellana y el distinguido orador señor Licenciado don Salvador Falla hace en su discurso la apoteosis del autor de la *Rusticatio Mexicana.*

Han concluído los homenajes en la Antigua. Se ha recordado con patriótico fervor a los grandes hombres de la época colonial y fijadas quedan las lápidas que harán perdurable el recuerdo en las generaciones venideras. La Sociedad de Geografía e Historia ha dado cima a su programa de aquel día. Mas, concluído éste, principian los festejos organizados por las Autoridades y Sociedad antigüeña en honor de los visitantes. En el Parque del Centro un concierto de la Banda Marcial reune en alegrísimos grupos a visitantes y visitados. La Antigua parece rejuvenecida en aquella tarde y una linda antigüeña condensa el pensar de muchos pobladores de la vieja ciudad histórica, diciendo a miembros de la Sociedad iniciadora de aquellos festivales: "¡Qué alegre han puesto ustedes a la Antigua esta tarde. Es esto como un despertar de nuestra dormida ciudad.... !"

Por la noche un suntuosísimo baile dado en el edificio de la Universidad congrega a los señores Ministros, Autoridades Departamentales, Municipio y sociedad de la Antigua, miembros de la Sociedad de Geografía y excursionistas guatemaltecos. El más perfecto orden y la más refinada cultura reinan durante toda la noche en ese festival y el entusiasmo es tanto entre los concurrentes que en la madrugada aún se baila a las notas de la Jazz Band llegada de la capital y de las marimbas en el salón y corredores de aquel suntuoso edificio de la colonia.

HACIA TECPAN E IXIMCHE

A las siete y media de la mañana alegres dianas de la banda anuncian a los excursionistas que es hora de emprender la marcha hacia Tecpán e Iximché. Se organiza el desfile y a las diez y media la excursión se encontraba en la plaza de Tecpán, engalanada, y con razón, al ser elevada a la categoría de ciudad por reciente decreto de la Asamblea con motivo de la conmemoración del IV Centenario de Guatemala. La concurrencia se dirige hacia el Palacio Municipal en cuyo salón se desarrolla el programa. Son saludados los señores Ministros del Gobierno por el Representante del Municipio y el señor don Fernando Juárez Muñoz, diputado de la Asamblea Nacional y miembro de la Sociedad, da lectura, en nombre de la primera, al discurso oficial al ser colocada

la lápida conmemorativa que dispuso poner la Asamblea en el Salón de honor. En nombre de la Sociedad es leído por el señor Licenciado Piñol el discurso del Presidente de la Asociación, Licenciado don Antonio Batres Jáuregui, quien por no encontrarse bien de salud no pudo llegar hasta Tecpán, habiéndose quedado en la Antigua Guatemala. Es descubierta también una lápida conmemorativa que ofrenda a Tecpán el Partido Liberal Federalista y después de visitar una interesante exposición de manufacturas tecpanecas, la concurrencia vuelve a los automóviles y se dirige al histórico sitio de Iximché que había de ser el término de aquella patriótica peregrinación.

Espectáculo bellísimo e inolvidable es el presentado en Iximché en aquella mañana luminosa por las multitudes de indígenas que con sus vistosos trajes ponían una nota de vida en los montículos que rodean la plaza de aquel lugar donde cuatrocientos años hace Alvarado fundó a Guatemala. En el centro de la vasta explanada de Iximché se alza el monumento que allí ha sido erigido por el Gobierno en conmemoración de la fundación de la primitiva capital. Un velo cubre el monumento y al ser éste descorrido, aparece una significatva alegoría. Es España rodeada por las cinco Repúblicas Centroamericanas. La señorita Ramira Rébuli representa a la gloriosa Iberia y las señoritas Bertha Pinzón, Joaquina Ovalle, Adriana Pinzón, Ernestina Rangel y Zoila Rosa Porres, representan, respectivamente, a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Nutridos aplausos se escuchan al ser descubierto el monumento y después de una alocución del señor don Manuel Ramírez, dicha en nombre del Comité de Tecpán, asciende a la tribuna el señor Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta, quien pronunció el Discurso oficial en nombre del Gobierno. Lo avanzado de la hora y el excesivo calor que se sentía en aquella plaza, hicieron que el Licenciado don José Antonio Villacorta, en obsequio de las señoras presentes y por temor de fatigarlas demasiado, determinara no dar ya lectura a la alocución que debía pronunciar en aquel sitio en nombre de la Sociedad de Geografía e Historia, alocución que es publicada en este número de los Anales.

Concluído el acto oficial, la concurrencia se traslada a una gran enramada que había sido allí convenientemente preparada y en la cual el Municipio de Tecpán y el Comité designado por él para organizar los festivales, obsequiaron a los concurrentes con un lunch, organizándose después un animado baile.

A las cuatro de la tarde los excursionistas ocupaban de nuevo los autos para tornar a esta capital.

Tal fué en sus rasgos más salientes la expedición que la Sociedad de Geografía e Historia organizó con la cooperación del Supremo Gobierno, Jefaturas Políticas de Guatemala y la Antigua y otras Autoridades para conmemorar en los mismos históricos sitios que ha ocupado la Ciudad de Guatemala, el IV Centenario de la fundación de ésta.

RECONSTRUYENDO HISTORICAMENTE LA ANTIGUA GUATEMALA

LEYENDA DE LAS PLACAS CONMEMORATIVAS COLOCADAS POR LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA EN LA ANTIGUA, CIUDAD VIEJA Y SAN JUAN DEL OBISPO

En el frontis del Palacio de la Antigua:

Palacio de los Capitanes Generales
del Reyno de Goathemala.
Durante 231 años, esta Ciudad fué
la Metrópoli de Centro América.

En el edificio de la Antigua Universidad:

Este es el edificio de la Antigua Universidad de San Carlos, fundada en 1675.
De aquí irradió la cultura a todo el Reyno de Goathemala.

En la casa de la primera Imprenta:

Esta es la casa donde se estableció la primera imprenta que hubo en Centro América. Año de 1660. El Reyno de Goathemala fué la tercer colonia Hispano-Americana que tuvo imprenta.

En la casa donde se presume nació Landívar:

El 27 de octubre de 1731 nació en esta casa el gran poeta de la América Colonial

R A F A E L   L A N D I V A R

En la casa de Bernal Díaz del Castillo:

Esta es la casa donde vivió y escribió el célebre soldado-historiador, héroe de la conquista de México y Guatemala

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

autor de la Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España.

En el Cabildo de Almolonga (Ciudad Vieja):

En este Valle de Almolonga se fundó la primera Ciudad definitiva de Guatemala el 22 de noviembre de 1527. Fué arruinada por una inundación y terremoto en 1541 y trasladada al Valle de Panchoy.

En San Juan del Obispo:

Esta Iglesia y este Palacio fueron construídos por el Licenciado Francisco Marroquín, Primer Obispo de Guatemala, fundador de las primeras escuelas que hubo en el país. Vino a Guatemala en 1539. Murió en 1563. Fué un modelo de mansedumbre y amor al prójimo.

En el Palacio de Doña Beatriz de la Cueva (Ciudad Vieja):

DETENED EL PASO, VIAJEROS!

Esto es lo único que queda del Palacio de los Conquistadores de Guatemala. Aquí perecieron la Sin Ventura Doña Beatriz de la Cueva y once damas de su corte, en la catástrofe de la Ciudad, el 10 de septiembre de 1541.

En el Salón de la Municipalidad de la Ciudad de Tecpam:

La Asamblea Legislativa de la República, mandó colocar esta Placa en el Salón de Honor del Ayuntamiento de Tecpán Guatemala, en conmemoración del día 25 de julio de 1924, en que esta villa fué elevada a la categoría de ciudad y del IV Centenario del establecimiento de la Primera Ciudad de Guatemala en Iximché.

El Consejo Federal del Partido Liberal Federalista conmemora el IV Centenario de la fundación de la Primera Ciudad de Guatemala: Iximché, 25 de julio de 1924.

En el Monumento Conmemorativo de Iximché:

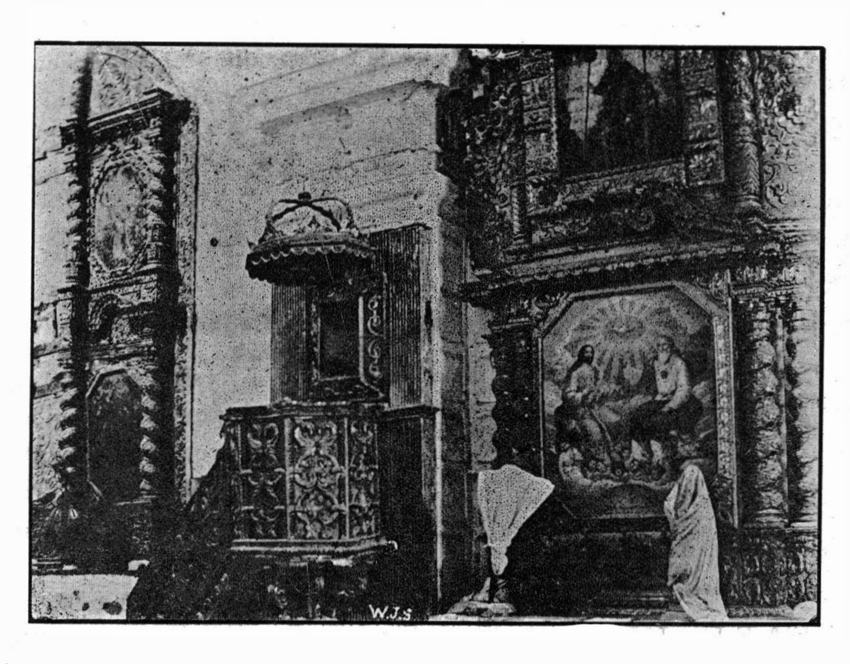
En este lugar fué Iximché, antigua Corte del Reyno Cachiquel y en estas inmediaciones se fundó la Primera Ciudad de Guatemala el 25 de julio de 1524. El Supremo Gobierno de la República erije esta columna conmemorativa en el IV Centenario de la fundación.

En la Universidad, Antigua Guatemala:

1524 — 1924

LA COLONIA NICARAGUENSE en el IV Centenario de la fundación de la Primera Ciudad de Guatemala

HOMENAJE



VOTO DE AGRADECIMIENTO

En la primera Junta General habida después del Centenario, la Sociedad acordó un voto de gratitud por su importante ayuda y cooperación en en las fiestas del IV Centenario, a las personas, instituciones y establecimientos que a continuación se expresa:

Altos Funcionarios del Gobierno

Señor General don José María Orellana, Presidente de la República, señores Licenciado don H. Abraham Cabrera, don Salvador Herrera, Licenciado don Rafael Ordóñez Solís, Licenciado don Francisco Fuentes; Ministros de Gobernación y Justicia, de Agricultura, de Educación Pública y de la Guerra. Señores miembros de la Comisión permanente de la Asamblea.

Ministros y Cónsules Extranjeros

Señor Ministro de Francia, señor Ministro Residente de Nicaragua, señor Ministro de México, señor Cónsul de España, señor Cónsul de los Estados Unidos.

Asociaciones y Colonias Extranjeras

Sociedad Española de Beneficencia y Colonia Española, por el adorno del Parque Gálvez, y su participación en la Excursión automovilística; Colonia Italiana, por el decorado del frontis del escenario del Teatro Abril; Colonia Nicaragüense, por la placa colocada a nombre de la Legación y de la Colonia Nicaragüense, en el edificio de la Universidad de la Antigua; Colonia Americana, por su donativo en efectivo para la celebración de las fiestas; Junta Directiva de la Universidad Popular, por la Velada organizada el 27 de julio en el Teatro Abril; Sociedad "El Porvenir de los Obreros", por la Velada organizada en el Palacio del Centenario la noche del 31 de julio; Empresa Eléctrica de Guatemala, por el Jeroglífico Maya en luces de colores, puesto en la fachada del Teatro Abril.

Municipalidades, Autoridades y Comités Departamentales

Municipalidad de la Capital, General Carlos Jurado, Jefe Político del Departamento de Sacatepéquez, don Manuel Matheu H. y miembros del Comité Organizador, Antigua, don Manuel Marroquín y miembros del Comité Organizador de Tecpán,

Miembros del Subcomité Organizador de Excursión

Don Gustavo Novella, don Ernesto Rodríguez Benito, don Manuel F. Alvarado, don Ricardo J. Paul, don Guillermo Aguirre, h., don Arturo Castillo A., don Irving Sthal, don Luis Urruela y don Jorge Aguirre.

Comisiones para la Velada del 25 de julio

Señor don Francisco Cordón Horjales, por su entusiasta cooperación y su importante ayuda en todo lo relativo a la Velada del 25 de julio; señorita Elisa Padilla, por su ayuda en la dirección de la Danza de las Vestales; don Alberto de la Riva, por la Dirección del decorado de la escena, de los coros y de varios números de la representación; Profesor Alberto Mendoza y miembros de la Orquesta de Guatemala y don Fabián Rodríguez, por la instrumentación de una parte de la música.

Comisión de Señoras, para invitar a las señoritas que tomaron parte en la Velada

Señorita Anita Espinosa, doña Gertrudis Matheu de Piñol, doña Margarita Matheu de la Cerda y señorita Elisa Padilla.

Personas que tomaron parte en la Velada

Señorita Martha Vielmann Vásquez, señorita Clara Andreu, señoritas Chusita Wyld, Margot y Virginia Matheu, Lily Vielman Prado, Rosaura Calderón, Clotilde Dougherty, Rogelia Bermúdez, Lola Palma, Magdalena de Ham, Elisa Treuherz, Elisa Flores, Rosa Diéguez, Elisa Saravia, Mila Geoffroy, Blanca Mercedes Menéndez, Margot y Lotti Brackmann, Margot Penny, Elisa Matheu, Margot Arias, Emmy Mata, Adilia Martínez y Graciela González.

Señor don Augusto Monterroso, don Francisco Brewer y demás personas que tomaron parte en la Danza de la Profecía. Don Raúl Blanco, don Enrique Aguilar, don Vicente Rodríguez y demás personas que tomaron parte en los números de canto y coros.

Clubs Sociales

Señor Director de Turno y socios del Club Guatemala, señor Presidente del Club Alemán.

Otras Personas

Doctor Manuel Y. Arriola, Totonicapán, por diversos e importantes servicios en la celebración del Centenario.

Señorita María Antonieta Matos, por la pintura de un cuadro con el Escudo de la Ciudad de Guatemala, obsequiado para la Velada.

Don Nicolás Reyes O., Director de la Tipografía Nacional y operarios de la misma por la dedicación y esmero puestos en los trabajos tipográficos del primer número de Los Anales de la Sociedad, programas de la Velada, etc.

Don Julio Abril, por los trabajos de preparación hechos en su Teatro para la Velada y por haber cedido éste gratuitamente para la Velada.

Aficionad a vuestros hijos a la historia del país. Tratad de que la comenten con su criterio infantil. Es la manera de acostumbrarlos a pensar con criterio propio en las cosas de más trascendencia.

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

NOMINA DE LOS MIEMBROS

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente................Sr. Licenciado don Antonio Batres Jáuregui
Vicepresidente............Sr. Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta
Primer Vocal.............Sr. Licenciado don Salvador Falla
Segundo Vocal............Sr. Licenciado don Rafael Montúfar
Tercer Vocal............ .Sr. Licenciado don J. Antonio Villacorta C.
Tesorero ....Sr. Licenciado don José Matos
Primer Secretario.........Sr. don Francisco Fernández Hall
Segundo Secretario....... Sr. don Mariano Pacheco Herrarte

SOCIOS HONORARIOS:

Sr. Doctor don Karl Sapper
Sr. Doctor don Sylvanus G. Morley
Sr. Profesor don Willam Gates

SOCIOS ACTIVOS:

Sra. doña Lily de Jongh Osborne
Sra. doña Natalia Górriz v. de Morales
Señorita Anita Espinosa
Sr. Ingeniero don Félix Castellanos
Sr. don Carlos Wyld Ospina
Sr. don Rafael E. Monroy
Sr. Licenciado don Adrián Recinos
Sr. don Víctor Miguel Díaz
Sr. General don Víctor J. Mejía
Sr General don Pedro Zamora Castellanos
Sr. Doctor don Fernando Iglesias
Sr. Ingeniero don Fernando Cruz
Sr. Licenciado don José Rodríguez Cerna
Sr. don Rafael Arévalo Martínez
Sr. Licenciado don Alejandro Arenales
Sr. Licenciado don Mariano Zeceña
Sr. Licenciado don Enrique Martínez Sobral
Sr. Licenciado don José A. Beteta
Sr. Doctor don Ezequiel Sosa
Sr. Ingeniero don Lisandro Sandoval
Sr. Ingeniero don Claudio Urrutia
Sr. Licenciado don Rafael Piñol
Sr. Licenciado don Ernesto Rivas
Sr. don Flavio Guillén
Sr. don Fernando Juárez Muñoz
Sr. don José Castañeda

SOCIO FALLECIDO:

Sr. Ingeniero don Juan Arzú Batres